This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 1608.28

HARVARD COLLEGE LIBRARY

CUBAN COLLECTION

BOUGHT FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN AMERICAN HISTORY
AND ECONOMICS

FROM THE LIBRARY OF

JOSÉ AUGUSTO ESCOTO

OF MATANZAS, CUBA

SA1608, 28

MI PRIMERA CAMPAÑA

COLECCION

DE

ARTÍCULOS POLÍTICOS Y LITERARIOS

POR

FRANCISCO CANTO Y NORES

MARIACHACA Y H. MIYARES
IMPRENTA LA MODERNA
69 COMPOSTELA 69
HABANA
1895

MI PRIMERA CAMPAÑA

MI PRIMERA CAMPAÑA

COLECCION

DE

ARTÍCULOS POLÍTICOS Y LITERARIOS

POR

FRANCISCO CANTO Y NORES

SARACHAGA Y H. MIYARES
IMPRENTA LA MODERNA
69 COMPOSTELA 69
HABANA
1895

HARVARD COLLEGE LIBRARY

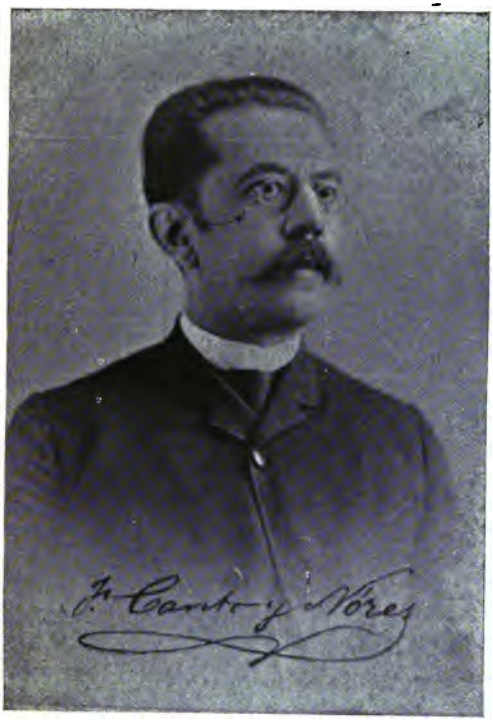
3A 1608.28

MAY 3 1917

LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

Escoto Collection

216-31
9


Fr. Canto y del Rey

A la patriótica agrupación de la **Juventud Liberal de Sagua**, dedica estas páginas

Francisco Canto y Pérez.

AL LECTOR

En diferentes publicaciones periódicas, han visto la luz pública los artículos que, coleccionados, van en este volumen. La mayor parte, de ellos, fué dada á la estampa en «La Voz del Pueblo», semanario político que, por el año de 1887 se publicó en Sagua la Grande, y del cual era yo, á la sazón, redactor en jefe.

Ha llegado á mi conocimiento que un compañero de redacción en dicho periódico los reprodujo, más tarde, en el extranjero, suscribiéndolos con su firma, y como yo tenía el propósito de publicarlos, coleccionados en un volumen, me reservé, para este momento, el protestar, en la forma en que ahora lo hago; es decir: reproduciéndolos

MI PRIMERA CAMPAÑA

MI PRIMERA CAMPAÑA

COLECCION

DE

ARTÍCULOS POLÍTICOS Y LITERARIOS

POR

FRANCISCO CANTO Y NORES

SARACHAGA Y H. MIYARES
IMPRENTA LA MODERNA
69 COMPOSTELA 69
HABANA
1895

HARVARD COLLEGE LIBRARY

SA 1608.125

MAY 3 1917

LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

Biscoto Collection

216-31
9

J. Canto y d'Orey

A la patriótica agrupación de la **Juventud Liberal de Sagua,** dedica estas páginas

Francisco Canto y Vóres.

LA POLITICA Y LA POLITIQUILLA

La Política, como todos sabemos, es el arte de gobernar los Estados.

La Politiquilla, es la pedestre, la rastrera parodia de la Política.

La Política, bien entendida, más que arte es una ciencia.

Es una ciencia difusa que necesita del auxilio de otras ciencias.

La Filosofía es la maestra de la Política.

El Derecho es hijo de la Filosofía y hermano gemelo de la Política.

Por lo tanto la Filosofía es madre también de la Política.

Madre y maestra.

La Política, inspirada en puras fuentes, nobles propósitos é ideas progresivas, conduce á los pueblos á la perfección relativa.

Mal encauzada, y peor informada, los arruina, embrutece y esclaviza.

Tan esclavo es el que la infamia del hombre priva de la libertad material, para venderlo en los mercados de carne humana, como aquel á quien se amordaza moralmente para adscribirlo á los ignominiosos pendones de la Tiranía.

Todas las nobles causas se bastardean por la ambición y la maldad del hombre.

La Política bastardeada, no es la Politiquilla, nó.

La Politiquilla es á la Política lo que la farándula bufa es al arte dramático.

Una parodia, una caricatura, una degeneración, una excrecencia.

Como á la Política la informa la Filosofía, á la Politiquilla la inspira y preside lo que el vulgo llama gramática parda.

La Política seria, habla el noble y levantado lenguaje de los grandes oradores, de los grandes publicistas, de los grandes historiadores, de los grandes legistas, de los grandes filósofos.

La odiosa Politiquilla farfulla la abigarrada jerga de esa «triología de las pasiones más ponzoñosas para el alma: la ambición, la venganza y el amor propio exagerado».

Y ora se embosca como la zorra, se arrastra como la serpiente y arrulla como la paloma, cuando la ambición la domina.

Ora imita la sirena de la fábula, ó llora como el cocodrilo ó se esconde y acecha como el tigre, si la mueve la venganza.

Ora se iergue infatuada, como tarasca horrenda,

y se impone á la Verdad, á la Justicia y á la Libertad, llevando, en una mano, el sable del Despotismo, y, en la otra, la mordaza de la Tiranía, cuando el amor propio la ciega y la desconfianza la conjura.

La Politiquilla berrea con la concupiscencia y comercia con el patriotismo.

La Prensa honrada es el heraldo de la Política.

Los pregoneros de la Politiquilla son esos inmundos papeluchos, deshonra y aborto del arte de Guttenberg.

La noble tribuna de las asambleas públicas es el pedestal de la Política.

El tenducho y la bodega son la tribuna de la Politiquilla.

En Cuba, por desgracia, todavía priva la política al menudeo, la política de pandillaje, la política de delaciones y celadas.....

En una palabra: la odiosa Politiquilla.

Ella sube de las tabernas á los palacios de la burocracia, y, desde allí, pasa los mares á refocilarse en el Ministerio de Ultramar y convertirse en legisladora, en redactora de decretos..... reales (?).

Ella, por boca de sus prohombres, se mofa de las nobles aspiraciones del pueblo cubano.

Ella apura, noche y día, la paciencia de los hijos de esta tierra, arrojándoles á la faz el sambenito de su supuesta desafección á España.

¡Siempre la vil calumnia en los labios, el odio en el corazón, y el rencor en el alma de la patriotería! ¡Y se llaman españolísimos! ¡Ah!

El español noble, digno y honrado jamás inju-

ria, jamás calumnia, jamás difama á su hermano en la Patria, como esos asquerosos *politiqueros* sin pudor, sin fe, sin virtud, sin patriotismo.

La canalla siempre ha de ser la canalla.

La hez no puede subir á la superficie, sin enturbiar el vaso que la contenga.

El que nació miserable, miserable ha de morir.

Al pueblo español habladle el lenguaje de la franqueza, aunque sea rudo.

Y os escuchará.

Habladle el lenguaje de la verdad, aunque sea enérgico.

Y os concederá vuestro derecho.

Habladle el lenguaje de la razón, aunque lastime sus intereses.

Y accederá y aplaudirá.

Pero no le hableis nunca, con cobarde boca el lenguaje de la falsía.

Del español puro á los traficantes de la honra de España, hay tanta, hay tanta distancia, como de lo bueno á la protervidad!

Jamás el ciudadano digno, táchesele como se le tache, debe callar la verdad.

Callen los tibios, disimulen los falsos, enmudezcan los cobardes.

Jamás el hombre honrado que tenga la conciencia y el valor de sus convicciones debe titubear ni ceder en la adquisición de sus derechos.

Si por reclamar con virilidad la consagración de nuestras libertades en todos los órdenes sociales, se nos llama desafectos á España; si somos malos hijos porque pedimos el cumplimiento de un deber sacratísimo para toda nación liberal con

su colonia civilizada; si en todos nuestros actos políticos se procura ver siempre una «ponzoña», una segunda intención perjudicial á la Metrópoli, no os quejeis, politiqueros sin conciencia, si algún día se agota el sufrimiento y os arrojamos al rostro, con el zurrón de ingentes calamidades, la responsabilidad de vuestra injusta provocación y de vuestros desafueros sin tasa.

Que «los pueblos en el dilatado ejercicio de la paciencia suelen perder el sentimiento de su dignidad», si se dejan dominar por el temor ó la apatía.

Y, para no perder ese sentimiento ha llegado la hora de poner diques á las provocaciones infames, á la pérfida calumnia de la desafección y reclamar con energía lo que por todo derecho nos corresponde, aunque ruja contra nosotros la procaz Politiquilla.

Hora es ya de que entremos de lleno en los dominios de la Política seria, de la Política sensata, sin aplazamientos ni distingos, ni vacilaciones.

¡Harto tiempo nos hemos dejado supeditar por los ignaros patrioteros y la tabernaria Politiquilla!

¡Harto tiempo hemos soportado con sonrojo sin disculpa que se desvirtuaran nuestras aspiraciones y torcieran, en la interpretación, nuestros propósitos, por el pueril temor de dar incentivo á la calumnia!..... Inútiles contemplaciones!

¡Harto tiempo hemos sufrido con paciencia sin igual!

Pero todo tiene su límite.

Ha llegado el instante supremo de romper con todo miramiento estúpido y de proclamar alto,

muy alto, con honradez y sinceridad, con entereza é hidalguía, cual cumple á hombres íntegros y leales, ha llegado el momento de proclamar muy alto nuestros deseos, nuestras aspiraciones y nuestros propósitos, para la futuro, en caso de aplazamientos injustificados ó de inmerecida rotunda negativa.

Y que blasfeme, que insulte, que amenace y que berrée «la canallocracia con toda su asquerosa fealdad».

Que con la conciencia y la razón por juez, la experiencia histórica por maestra, la verdad por norma, el derecho por guía y, por toda arma, el valor de nuestras convicciones, avanzaremos por la senda del Progreso, pese á quien pese, trine quien trine y califíquesenos como se nos califique.

Que «los pueblos, en *ilimitado* ejercicio de la paciencia, suelen perder el sentimiento de su dignidad».

Y el pueblo cubano prefiere antes morir con honra á vivir sin dignidad.

EL NACER DE LOS PUEBLOS.

El nacimiento de los pueblos es como el nacer de la criatura humana.

El primer vagido del niño es su primera protesta.

Su primera sonrisa es su primera satisfacción.

Su lágrima primera es su primera amargura.

Sus primeros pinitos son sus primeros traspieses.

Su caída primera es su primer contusión.

Como si dijéramos su primer componte.

Su primer ayo es su primer tirano.

Sus primeros hermanos son sus primeros explotadores.

Sus primeros amigos son los embaucadores primeros.

Como si dijéramos los primeros políticos y gobernantes primeros.

Su primera nodriza, no siendo su madre, es su primera envenenadora.

Su primer confesor es su primer farzante.

Su primer pedagogo es su primer guardia civil.

Sobre todo si es aquél de los que dicen que la letra con sangre entra.

Sus primeras pedreas son sus primeras batallas.

Su primer descalabro es su primera derrota.

Su primera novia es su primera opinión política.

Su primera calabaza es su primer fiasco.

Su primera esposa en su primera Asamblea.

Sus primeros cuñados son sus primeros ejércitos indisciplinados.

Su primera suegra es su primera anarquía; su primer epidemia; su primer terremoto; su primera guerra civil; su primer tirano; su primer verdugo.

. . . . . .

Llora el niño al nacer, por la primera impresión del aire que recibe.

Llora el pueblo al nacer, por la primera impresión de Libertad.

Las primeras sensaciones desagradan al principio, si son fuertes y desconocidas.

Rie el niño por vez primera, cuando goza de salud y tranquilidad.

Rie por primera vez el pueblo, cuando disfruta de libertad y bienestar.

Vierte lágrimas de dolor el infante, cuando su organismo no funciona con regularidad, cuando sufre, cuando está enfermo.

Los pueblos lloran, cuando padecen hambre y sed de Justicia; retortijones de ilegalidad; congestión de exacciones; anemia de recursos; lepra de

fraudes; cáncer de inmoralidad; tisis de libertades y cólera morbo de tiranías.

En una palabra; cuando el organismo popular no funciona con normalidad.

Titubea, y se hace de cuanto alcanza, y tambalea al andar el niño, en sus primeros pasos, después de haber caminado á gatas un largo tiempo.

También los pueblos suelen andar á gatas y tambalear al pisar por vez primera el santo suelo de la Libertad.

Las primeras caídas del rorro se evitan con chichoneras.

Las primeras caídas de los pueblos se precaven con libertades.

Los primeros educadores del niño deben ser sus padres, no su ayo.

Los primeros educadores del Pueblo, ser deben sus legisladores, sus sábios, no sus tiranos.

Los primeros hermanos, los primeros amigos, los primeros confesores del niño, debieran ser sus mejores consejeros, sus mejores defensores, sus mejores guías, no sus explotadores y embaucadores.

Como los primeros ciudadanos de un Pueblo, debieran ser los más interesados en su prosperidad y civilización, no en su descrédito y ruina.

El pedagogo es el componteador, el inquisidor del niño.

Los componteadores, los inquisidores del Pueblo son los llamados á velar por su seguridad.

Las primeras batallas á pedradas de los muchachos, son las primeras iniciaciones para las guerras á tiros, andando el tiempo, entre pueblos ó entre conciudadanos.

El primer chichón del chicuelo guerreador, es más tarde el *væ victis* de los pueblos derrotados, las horcas caudinas de los vencidos.

La primera novia del mozalvete es como el primer cuerpo consultivo y legislador de un Pueblo; ó es su República ó Monarquía.

La primera calabaza del enamorado doncel es como el aborto de la primera Revolución de un pueblo.

La primera esposa del galán Tenorio es como la primera conquista en tierra vírgen de un pueblo aventurero y batallador.

Los primeros cuñados son como las tropas indisciplinadas y siempre pronunciadas para derrocar la dinastía.

La primera suegra que tiene el hombre es como el primer desembarco de un Pueblo en tierra de antropófagos, después de quemar las naves; es como el establecimiento de una Inquisición; una anarquía furiosa perpétua; un desquiciamiento general; el apaga . . . . y vámonos que dijo el otro. Cataclismo nacional!!

LA JUVENTUD CUBANA

El progreso y la ilustración de los pueblos están en relación directa con la conducta de sus hijos.

El retroceso ó el incierto avance de la Libertad, indicio seguro es de enervamiento moral y de física depauperación.

El estancamiento de las ideas, es señal inequívoca de larga noche de ignorancia y de esclavitud.

Las ideas gobiernan al mundo, dijo Augusto Conte.

El desafecto á la Pátria es la peor de las ingratitudes.

La indiferencia en política es un crímen.

La apostasía, una aberración odiosa.

La deserción al bando de los enemigos de la Pátria, no hay palabras bastante duras con que calificarlas.

Todos los crímenes pueden encontrar disculpa; menos el *patricidio*.

Juventud indiferente, juventud versátil, juventud encenagada en los vicios y goces pueriles ó embrutecedores, es indigna de respirar el aura embalsamada de la Libertad.

Juventud, que duermes á pierna suelta en el inmundo hogar de la barragana, olvidando el honrado lecho de la casa paterna ó matrimonial.

La Pátria te rechaza y estigmatiza!

Juventud, que te arrastras insomne en el garito infamante ó te aduermes en brazos del ócio embrutecedor, con olvido de tus deberes:

El pueblo honrado y trabajador te desprecia!

Juventud que á los reclamos, que á los clamores de la Patria respondes con la histriónica carcajada de la despreocupación y del vicio ó el asqueroso eructo de la ahitería de los placeres brutales:

La sociedad te maldice!

Juventud cubana; juventud Liberal, juventud democrática; juventud inteligente y brava:

¡Alza la frente al cielo; extiende el brazo nervudo y maldice á aquellos que te denigran, rechaza á aquellos que se niegan á seguir tu noble ejemplo y abomina con justa indignación, aquellos miserables de tus hermanos que te deshonran!!...

El envilecimiento de un individuo relaja los vínculos sociales.

El envilecimiento de una colectividad desdora á toda una sociedad.

El desdoro de una sociedad deshonra á un país.

Y la deshonra de un país afecta íntimamente á la humanidad.

Así, pues, todos estamos interesados en que los pueblos avancen, sin desdoro, ni envilecimiento, por la senda del Progreso.

Y, partiendo de lo particular á lo general, rechacemos los miembros gangrenados de nuestro cuerpo social.

Salvemos á aquellos que aún están en vía de curación moral.

Y, bajo el lábaro santo de la Democracia, abracémonos, al dulce nombre de la fraternidad, viendo alborozados trasponer las montañas del error al radiante sol de la Justicia; al astro esplendente y hermoso de la Libertad!

Pasaron ya los días de ignominia, de oscurantismo y de abyección.

Pasó ya el tiempo infando de ahogar las más nobles aspiraciones del alma buscando torpe consuelo é innoble distracción en los placeres.

El crimen de la esclavitud nos deshonraba.

Que «la esclavitud crea dos esclavos: el que sujeta la cadena y el que la lleva».

La mordaza del tirano nos embrutecía.

La férula del Despotismo constriñó nuestra virilidad.

La atmósfera envenenada, en que respirábamos, enervaba nuestro organismo y nuestra alma.

Que el esclavo no era digno de respirar el aire oxignado de los pueblos libres!

Y, para colmo de desdichas, ¡ay! la arrulladora brisa de los mares, traía á nuestros oídos los dulces murmurios de Libertad, de

las vecinas y democráticas repúblicas americanas....!

Ah! Ya pasó la noche obscura del despotismo!

Ya pasó la noche infanda de la tiranía!

Hoy comienza á arrebolar los cielos de la Patria la anhelada aurora de engrandecimiento.

El pueblo español ha reconocido nuestro derecho á sentarnos en el banquete de los pueblos libres.

Ayer despertamos á nueva vida.

Hoy aspiramos ya en la atmósfera de la Libertad.

El esclavo se ha convertido en hombre.

El hombre en ciudadano.

El ciudadano ha de hacerse digno de la Patria.

Y la Patria de la humanidad....

Ah! la Patria! la Patria es lo primero!

Sin Patria no hay personalidad social.

La Patria impone deberes; sí.

Pero el cumplimiento de esos deberes ha de ser indefectiblemente grato para todo aquel que tenga conciencia de su personalidad.

Que la mayor gloria es llamarse ciudadano de un pueblo libre.

La satisfacción mayor de todo ciudadano, es ser hijo de un pueblo honrado, de un pueblo trabajador.

Juventud cubana, la Patria comtempla, regocijada, tu trasformación!

Los higiénicos y atléticos ejercicios robustecen el cuerpo.

Y con la fuerza del cuerpo se desarrolla la energía del alma.

El salaz y contínuo bailote, sustitúyase por la gimnástica y la esgrima

Que brazos firmes, corazones serenos y ojos certeros son temible antemural de toda imposición liberticida.

Las nunca bastante lloradas horas, perdidas en *dolce farniente*, conságrense al estudio, en lo sucesivo, con aprovechamiento y vocación.

Que el desarrollo del cerebro trae consigo el desenvolvimiento intelectual.

Y éste los dones benéficos que de una inteligencia clara se desprenden.

Juventud cubana; juventud liberal; juventud democrática; juventud inteligente y brava:

¡Alza la frente al cielo, extiende el brazo nervudo y maldice á aquellos que te denigran; rechaza á aquellos que se niegan á seguir tu noble ejemplo y abomina, con justa indignación, á aquellos miserables de tus hermanos que te deshonran!

Juventud cubana!: la Patria es lo primero!

Vivamos por ella y para ella; ó con ella muramos antes que se apague el sol de la Libertad en esta tierra española.

Juventud cubana, salud y fraternidad.

CATALEPSIA MORAL

Los pueblos son tanto más libres cuanto más moralizados están.

La libertad sin moralidad no es libertad, es licencia.

La moralidad es tan necesaria á la vida de los pueblos como la misma libertad.

Pueblo moral, pueblo virtuoso: ¡pueblo libre!

Pueblo inmoral, pueblo vicioso; ¡pueblo esclavo!

La esclavitud es hija de la inmoralidad.

La inmoralidad es, á su vez, hija de la ignorancia.

La ignorancia es fuente de vicios; enjendradora de tiranías; productora de abyección.

Pueblo ignorante, pueblo embrutecido, es escabel de los ambiciosos, juguete de los malvados y siervo de los audaces.

La relajación de las costumbres trae consigo la relajación de los vínculos sociales.

La relajación de los vínculos sociales trae consigo la prostitución de la conciencia humana.

La prostitución de la conciencia, el completo desquiciamiento de la sociedad.

Para ser libre se necesita ser honrado.

Para ser honrado se requiere tener conciencia de la honradez.

Para tener conciencia de la honradez es forzoso estar en el pleno uso de su razón, es preciso desprenderse de preocupaciones absurdas, de insanos prejuicios, de bastardas pasiones, y de parasitarias imposiciones sociales.

Es necesario gozar de completa salud moral.

Tanto más claro es el cristal cuanto más limpio está.

Tanto más pura es la conciencia cuantos menos errores la empañen.

Corazón viciado: conciencia impura.

Conciencia impura: entidad social prostituída.

Entidades prostituídas: sociedades desmoralizadas.

Sociedades desmoralizadas: pueblos esclavos.

De deducción en deducción venimos siempre á parar al mismo punto.

Pueblo virtuoso; pueblo honrado; pueblo moral, es inaccesible á las tiranías.

Y si los pueblos saben que por el camino de la moralidad y del trabajo se llega á la Libertad y al Progreso, ¿cómo no depuran sus costumbres en el crisol de las virtudes sociales?

¿Hubiese pasado el pueblo de Cuba por el bal-

dón de la esclavitud, si no hubiera pasado antes por el aduar de la ignorancia y la mancebía de la inmoralidad?

Hubiesen visto los cubanos conculcados todos sus derechos inalienables, menospreciada su personalidad social, contreñida la libertad de su conciencia, tiranizado su pensamiento, aherrojada su individualidad insular al poste del servilismo metropolitano, si hubiesen sacudido á tiempo ciertos resabios de la inmoralidad y errores de la ignorancia?

Mientras más se afane el pueblo de Cuba por depurar sus costumbres, más digno se hará de la Libertad.

Con la luz de la ilustración se ahuyentan las sombras del odioso pasado.

Con la ilustración se suavizan las asperezas sociales.

Con la ilustración se contrarresta la inmoralidad.

El pueblo ilustrado puede siempre hacer valer su derecho á gozar de progreso y libertad.

A vivir la vida de los pueblos cultos.

A administrarse y gobernarse por sí propio.

El pueblo cubano debe curarse de la lepra que vicia su organismo y depaupera su energía vital.

Y eso se consigue con repeler todo elemento nocivo que invada su cuerpo social; purgar de *microbios* su entidad colectiva; deponer en aras de la moralidad añejas prácticas y costumbres y tener fuerza de voluntad.

No hay poder humano en la tierra capaz de imponer á un pueblo, ávido de moralidad, la transacción con todo lo que no sea honrado y digno.

Pueblo que quiere ser moral lo es, aunque le arrojen, como lobos hambrientos, todas las concupiscencias humanas encarnadas en las burocrácias más disolutas.

Y no nos vengan con que las circunstancias se imponen, y que hay que ceder siempre á la fuerza de la necesidad y, en determinadas ocasiones, á la necesidad de la fuerza.

Porque los pueblos son lo que quieren ser, y nada más.

Todo es cuestión de tiempo.

Todo es saber esperar.

PATRIOTAS Y PATRIOTEROS

El amor patrio es la sublimación del amor.

Cuando el amor patrio es puro, ennoblece, dignifica la personalidad social.

Cuando el amor patrio es falso, ficticio, híbrido enjendro de la pasión y del mezquino interés personal, obceca la razón, prostituye el alma y solivianta las sociedades sobre las que quiere imperar.

El verdadero amor patrio conduce al templo de la Libertad y del Progreso á las naciones.

El falso patriotismo acalla con su estulta vocinglería, la persuasiva voz de la Razón.

El verdadero amor patrio conduce á los pueblos valientes al alcázar del heroismo y á la cumbre de la Gloria.

¿Coexistiría el falso patriotismo con el verdadero amor patrio en pueblo donde no haya cobardes?

Nó. Solamente la odiosa cobardía puede consentir, tolerar tan estúpido maridaje.

La patriotería es la hez; la podre corrosiva de las sociedades civilizadas.

Si la unión estrechase compacta á una colectividad cualquiera, jamás las exiguas minorías se impusieran descaradamente.

Si el miedo á lo desconocido no sobrecogiese á los corazones cobardes, no gobernarían al mundo el Error y la Tiranía.

Querer es poder.

Pueblo que quiere ser libre, lo será si merece serlo.

Sociedad que quiere el progreso, lo conseguirá si sabe conseguirlo.

Colonia que quiere ser autónoma ha de tener hijos que sepan cumplir con sus deberes de ciudadanos.

Ciudadanos que desean ser dignos de la libertad y cultura universal, han de empezar antes por ser patriotas en toda la extensión de la palabra.

No basta pregonar, á todos los vientos, alardes de pretenso patriotismo.

No basta llenarse públicamente la boca con exclamaciones ó censuras extemporáneas.

No basta decir que se ama á la Patria, que se ama á la Libertad, que se ama al Progreso, que se ama á la Civilización y á cuanto dignifica al hombre.

Es preciso combatir al error aún en sus mismas trincheras.

Es necesario perseguir, sin tregua ni descanso, á la proterva patriotería.

Es conveniente alentar á los buenos en sus censurables desalientos.

Es de todo punto util regar la semilla del patriotismo en terreno fertil y esperar las grandes lluvias de la expansión liberal, para recolectar á su tiempo, las mejoras políticas, económicas y sociales.

Es imprescindible demostrarle á la Patria, con hechos, que somos dignos hijos de ella y que sabremos llevar nuestro amor hasta el sacrificio, cuando las circunstancias lo exijan.

Solo así daremos pruebas de verdadero patriotismo y podremos, en más ó menos tiempo, acallar la ronca voz de la patriotería.

Solo así podremos merecer el dictado de patriotas, que es el que más enorgullecer debe á todo ciudadano.

Solo así podremos sacar de su triste postración á la Patria empobrecida.

Solo así podremos gloriarnos de haber cumplido con nuestro deber, como hombres, como ciudadanos y dignos hijos del más innovador y reformista de todos los siglos.

Que el amor patrio no solo enaltece al individuo, sino que exalta á la sociedad en que aquél alienta y hace respetada á la tierra que lo sustenta.

Porque el amor patrio es la síntesis, el sumun, la sublimación del amor.

Y la patriotería es la explícita negación de cuanto hay de sagrado, digno y glorioso en las sociedades constituídas para vivir la vida de la Libertad, del Progreso y de la Civilización!

LOS FARSANTES

No hay error que no no haya tenido defensores.

No hay injusticia que no haya merecido la alabanza de los malvados.

No hay sinrazón que los sofistas no hayan sostenido.

No hay crimen, por protervo que sea, que no tenga paliador.

Los delitos más infandos, cometidos á la sombra de una bandera política, han pasado á la historia como actos dignos de loa y de eterna remembranza.

Los hombres más inícuos, los hombres más perversos, si han sabido encumbrarse, fueron siempre ídolos de los pueblos cobardes y embrutecidos.

La farsa ha vivido bien holgada á expensas de la ignorancia y alentada por la mala fe.

Los farsantes sólo medran entre idiotas y pusilánimes.

El pueblo miserable, que á los farsantes soporta, es como el labrador estúpido que deja su sembrado lleno de víboras y cizaña.

El pueblo idiota, que á los farsantes alimenta, es como el pastor salvaje que cría lobos con la leche de sus ovejas y entre ellas los deja desarrollarse en libertad.

El farsante, en política, es el hombre más infame, el ser más abyecto que cabe en la humanidad.

Todas las ideas maquiavélicas y todas las armas innobles son de su dominio peculiar.

No hay valladar honroso que no trasponga por llegar á la meta de su ambición.

No hay obstáculo para él.

Su objejo es medrar!

Su única, su exclusiva misión, es conseguir su objeto, aunque para ello tenga que arrojar el fardo de su dignidad.

¡Su dignidad! No; dije mal. Jamás la tuvo el farsante.

Desgraciada sociedad aquella sobre la cual caigan, como voraces langostas, esos seres misérrimos, abortos del odio y de la procacidad.

Cuba! pobre Cuba! Cuba desgraciada! en tu nobilísimo seno no puede haber paz, ni orden ni moralidad, mientras los miserables farsantes chupen la sangre de tus venas, como insaciables vampiros, y, como brutales amos, pisotean tu seno virginal.

Atrás canallas, miserables! Lejos de aquí á morir de hambre entre salvajes, donde solo debiérais alentar!

Españoles y cubanos, honrados y valientes, ¡guerra! guerra sin cuartel á los pérfidos farsantes que dividen y vilipendian nuestra mísera sociedad!

Peninsulares dignos y sensatos: ¡alerta! que los farsantes os tratan de embaucar para explotaros mejor!

Nobles hijos de la liberal España: ¡ojo previsor con los que comercian con el patriotismo, por que carecen de amor patrio, de vergüenza y dignidad!

Españoles todos los que NO venís á ultrajar á los cubanos; á mancillar la inmaculada honra de nuestras madres y á robarnos el fruto de nuestro trabajo;

Españoles todos los que aquí venís á trabajar honradamente, sin menospreciar á nadie, sin quitar á nadie lo suyo y tendiendo los brazos al hijo de Cuba, como á vuestro hermano;

Españoles honrados, dignos y liberales: en nuestros corazones encontrareis el más puro y fraternal amor para vosotros.

El cubano aprecia al español sensato y justiciero, tanto como á su hermano en la Patria el virtuoso insular.

Nuestra antipatía, toda nuestra antipatía; nuestro odio, todo nuestro odio, es para el malvado, para el inícuo vividor de la política, que, huyendo del trabajo honrado y oliendo á carcel y presidio, invoca el nombre de España para mejor dividirnos y subyugarnos mejor.

Nosotros no hacemos la guerra á la España con honra, que invocaron los héroes de Alcolea.

Nosotros no ultrajamos á los Castelares, á los Salmerones, á los Pí y Margalles, á los Zorrillas y

á toda esa gloriosa pléyade que son honra no solo de España, sino honra de la humanidad.

Mienten, como soeces rastreros, los encanallados farsantes que en todos nuestros actos pretenden ver un embozado ataque á la nación española ó á los hermanos de ultramar.

Mienten, como cobardes y miserables, los que de la farsa viven, y nos pintan á los ojos de España como hijos ingratos é indignos de la Libertad.

Mienten, mienten una y mil veces, los que afirman que deseamos la guerra y que á ella no vamos por cobardía.

El cubano es valiente, y nadie dudarlo puede, y si la guerra quisiera, porque España, se olvidase de sus deberes de madre, á la guerra iría, sin vacilaciones, ni subterfugios, ni ambajes.

Pero el pueblo cubano, el verdadero pueblo cubano, el valiente pueblo cubano, no quiere la guerra, porque ama á España tanto como odia á los malos españoles que vienen á insultarnos y á explotarnos como á país conquistado, como á tierra de salvajes.

El pueblo cubano no quiere la guerra, ni le conviene la guerra, y pierden su tiempo miserablemente esos estúpidos farsantes que á todas horas del día nos llaman mambises solapados.

Nosotros, sí, declaramos guerra á muerte á todos los farsantes que comercian con la política; que comercian, como hijos espúreos, con la honra de España; á todos esos miserables que no tienen más ley ni patria ni honor que la ambición del dinero y que por oro se venden, como se vende la

ramera hedionda ó el asesino enmascarado, al miserable corruptor.

Nosotros, sí, declaramos guerra sin cuartel al farsante ladrón del fisco.

Guerra al farsante escribidor estúpido!

Guerra al farsante sacerdote que injuria á nuestros hermanos é insulta á nuestras mujeres!

Guerra al farsante defensor pretenso del orden!

Guerra, guerra, en fin, á todos, á todos esos miserables que hacen de la política un escabel, para subir y medrar en esta revuelta sociedad cubana.

REFLEXIONEMOS

Nacer, crecer, gozar de la plenitud del desarrollo físico, para morir en interminable agonía, suerte es vitanda!

La evolución de la vida es la evolución de la muerte.

Pero el morir sin haber llenado los fines para que hemos anhelado la existencia, no es morir: es la anulación completa de toda lógica que haga aceptable la permanencia del hombre sobre la tierra.

Vivir en eterna noche de desventura, de oprobio y de ignominia, es la muerte moral en el goce de la vida.

Vivir con la luz de la inteligencia y de la razón en el cerebro y el grillete de la esclavitud colonial sobre el tobillo, es vivir la asquerosa vida del es-

clavo, indigno de gozar de la libertad que al hombre sublimiza.

La tutela eterna es el eterno baldón.

Los pueblos tienen su mayor edad como los hombres.

La nodriza y el ayo quédense para la infancia.

La guía y los consejos de la madre, para la edad de la inexperiencia.

Los hombres, todo se lo deben á su esfuerzo propio: *self-hep* que dicen los ingleses.

Los pueblos, á su esfuerzo colectivo: *self-government.*

Desde el momento en que el niño deja de ser niño y se convierte en hombre, las trabas de la infancia no tienen razón de ser.

Personifiquemos.

Cuba ha pasado de la incipiencia á la madurez de la vida.

Cuba es digna de gozar de libertad.

Cuba es merecedora de mejor suerte.

Cuba, para medrar, necesita del *self-government.*

Sin renegar de la madre, sin emanciparse de la familia, Cuba ha menester de más expansión.

Las trabas de la imposición, son fáciles de romper.

Las del amor y la gratitud no se quebrantan jamás.

Las naciones colonizadoras no deben ser nunca esclavizadoras.

Porque la colonización por las buenas, afirma la unión.

La colonización por las malas, la destruye.

Y no hay poder que detenga siempre al que tiene la razón y desea tenerla.

El poder de la fuerza es efímero.

Solo el del amor es duradero.

Si Cuba y España han de estar unidas por lazos indisolubles, toda idea de fuerza es perjudical á esa unión.

Si la madre y la hija quieren caber bajo un mismo techo, han de obviar todo inconveniente.

Y esos inconvenientes son los tiranuelos del hogar.

Los despotuelos de la familia.

Más se gana, á veces, cediendo que venciendo.

No es vencedor el que sabe dominar, sino el que sabe conservar.

Ganar perdiendo no es ganar.

El mucho cohibir enjendra el mucho anhelar.

Y las metrópolis que se imponen, coartando libertades, recojen odios.

El mejor medio de conservar la paz no es vivir siempre en pie de guerra.

España para conservar á Cuba no ha menester de bayonetas.

Las bayonetas no sostienen nada estable.

España para conservar á Cuba no necesita más que de libertad, moralidad y verdadero amor maternal.

Que es solo con lo que las Metrópolis pueden conservar sus colonias.

EL PANCISTA

No encontramos en castellano palabra más expresiva, aunque vulgar.

No hay ente más despreciable; no hay ser más abyecto y más nauseabundo que el *pancista*.

Para él no hay patria.

Porque su patria es el bolsillo.

Para él no hay partidos políticos.

Porque no tiene opinión.

Para él no hay dignidad.

Porque no tiene vergüenza.

El pancista dice, como «El Mendigo» de Espronceda:—«Mío es el mundo, como el aire libre,—otros trabajan porque coma yo.....»

Lo mismo vive del conservador que del liberal.

Lo mismo adula al uno que al otro.

Lo mismo se le dá el engrandecimiento de la tierra en que nació, que su prostitución y su ruina.

Viva él caliente y ríase la gente.

El pancista es el eterno adulador de todos los déspotas y despotuelos.

El pancista es el parásito de la sociedad.

Es una verruga cancerosa.

Nació para deshonra del hombre.

Vive para la explotación de la sociedad en que sienta sus reales.

El, atiza la discordia entre hermanos, azuzando á los unos y á los otros.

Es el lleva y trae de todas las chismografías.

Comercia con todo.

Hasta con su honra, si le reporta beneficio.

El, ingresa en todas las sociedades que inspiran fines políticos, y de ellas se separa cuando conviene á sus fines particulares.

Tan pronto le oiréis gritar entusiasmado: «¡Abajo la tiranía»!; como atronar los aires al estentóreo grito de «¡Vivan las caénas!»

Es ministerial de todos los ministerios.

Si gobierna Sagasta, es sagastino.

Si sube Cánovas al poder, es canovista.

Si viene la República, nadie, como él, trabajó y se sacrificó por su advenimiento.

Si logra un destinillo de algún Gobierno, no hay, en público, encomiador más entusiasta y agradecido.

Así como, en privado, no hay maldiciente y detractor más soez de los que le protegieron.

¡Arrojarle, ¡á él!, un mendrugo, para taparle la boca, mientras otros menos dignos se comen las tajadas!.....

Si es periodista (que, por desgracia, también

hay pancistas en la Prensa) tendrá siempre palabras de miel para los que quiera explotar y palabrotas huecas, súcias y rimbombantes para todo lo que no presente turrón en perspectiva.

Comienza por atacar «los espectáculos asquerosos, procaces y corruptores» de los partidos políticos en el poder ó la oposición, y concluye por ser un explotador encomiasta de esos partidos, si puede él sacarles el jugo á tutiplén.

¿Qué le importa que la patria se arrastre en el cieno de la degradación?

Si él es un paria.

Y los parias no tienen patria.

No se afilia á ningún partido político, para especular con todos.

Se declara enemigo de la honradez, de la dignidad y del talento, porque no se dejan explotar.

Para el pancista parece escrita la odiosa máxima jesuítica de: «el fin justifica los medios».

Es digno discípulo de Maquiavelo y de Loyola.

Cuando la virtud lo rechaza, afila su lengua mordaz en la piedra de la calumnia, para herir á la virtud.

Es cobarde por naturaleza, por convicción y por egoismo.

Jamás dá la cara cuando ofende.

Rehuye siempre todo lance personal.

Al que cree capáz de cruzarle el rostro, le respeta, en público, y le muerde con el envenenado diente de la envidia y la calumnia, en privado.

Si no encuentra tacha que imputarle, la inventa, aunque tenga que apelar á las más ruinas imputaciones.

Para él todos los medios son buenos.

Su divisa es comer y vivir á costa del prójimo.

Roerle los zancajos á todo bicho viviente que le desprecie.

Comerciar con todo.

Su dios es su egoismo.

Y, fuera de su *yo*, no hay para el pancista más que záfios competidores suyos y sandios papanatas explotados.

La humanidad es un filón, para el pancista.

Y el que no la explota, según él, es un loco, un pelafustán, un mentecato....

Ah! Cuando el hombre, como el pancista, pierde la noción de su dignidad, no es hombre!

Es un aborto asqueroso y horripilante de la naturaleza!

Es la personificación de todo lo protervo é inmundo que puede caber en el alma humana!

POR ESTO SE VA A LO OTRO

Las pequeñas causas suelen, algunas veces, producir grandes efectos.

Un fosforillo puede ocasionar un incendio.

Un ser microscópico puede destruir la existencia del humano ser.

Un átomo puede infectar una molécula.

Un loco puede hacer ciento.

Y, un minuto de flaquezas y contemplaciones, puede minar los cimientos de una sociedad.

Precaver á tiempo y atajar con tino, evitan grandes males y grandes sufrimientos.

Si no queremos que por el principio se vaya al fin, sacrifiquemos el fin en aras del principio.

En otros términos: si no queremos que á la paz suceda la anarquía, sacrifiquemos la anarquía á la paz.

Lo que se concede á la idea de las armas, concédase á las armas de la idea.

Si queremos que se nos ame, empecemos por amar.

Si deseamos la unión, no nos descuidemos en vivir unidos.

La desconfianza engendra la antipatía.

El desprecio produce el desprecio.

El odio enjendra el odio.

Y el que siembra vientos, recoge tempestades.

Si vamos á casa de otro, no menospreciemos su morada.

No ridiculicemos ni reneguemos de su familia.

El hermano que va á casa de otro hermano, no debe olvidar que cada cual en su casa es un rey.

Por más que la casa materna sea la casa de todos.

El hermano que va á casa de otro hermano, á llevarse cuanto puede sin derecho ni permiso, comete una mala acción.

El hermano que á va casa de otro hermano, á desprestigiar á la mujer y á los hijos de su hermano, falta á los más sagrados deberes de familia.

El hermano que va á casa de otro hermano á convertirse en dueño é imponer por la fuerza su voluntad, se espone á que lo pongan de patitas en la calle.

Sin miramientos ni consideraciones de familia.

Que una cosa es el consejo ó la fraternal reconvención, y otra cosa es la imposición porque sí y punto redondo.

Lo que se sufre con paciencia y humildad de los padres, no se suele tolerar de los hermanos.

La expeculación de padres con sus hijos y de hermanos con sus hermanos, produce las discordias de familia.

Las cargas paternas han de ser por igual, si no se quiere que la desproporción produzca el descontento.

El más afortunado y el más trabajador no han de ser siempre los más recargados.

Que los abusos suelen conducir á los abusos.

Y el mucho apretar rompe la cuerda.

Nada más bello que una familia bien unida.

No hay espectáculo más edificante que el de una colectividad compacta, sin explotadores ni explotados.

Porque la explotación conduce á la recriminación.

Y la recriminación al entibiamiento del cariño.

Y el entibiamiento del cariño á la relajación de los vínculos fraternales.

Y la relajación de los vínculos fraternales, á la corta ó á la larga, lleva al rompimiento completo de la familia.

Sin imposiciones se marcha unidos.

Sin restricciones se llega á la consolidación.

Sembrando moralidad se cosecha moralidad.

Con igualdad de derechos y deberes, se tapa la boca á la exigencias.

Con respetar en la casa de otro lo que queremos que se respete en la nuestra, se consigue la solidaridad del mutuo afecto.

Con una sola ley y una misma interpretación para todos, se logra la igualdad, lazo de unión.

Con ésto se va al progreso en dulce paz y compañía.

Con falsas promesas y burladoras dilatorias;
Con libertad para unos y tiranía para otros;
Con vencedores y vencidos;
Con expoliadores y expoliados;
Con déspotas y autómatas;
Con amos y criados;
Con ésto se va lejos, muy lejos.

Con esto, sin remisión, se va á las soluciones extremadas.

Con ésto, sin duda alguna, CON ESTO, SE VA A LO OTRO.

MEDITEMOS

Meditemos, meditemos que es, á las veces, un consuelo el meditar.

¡A qué tristes reflexiones se presta nuestro presente defectuosísimo modo de ser social!

¡Cuántos dolores se agolpan al alma!

¡Cuántos suspiros van ahogados al corazón!

¡Cuántas furtivas lágrimas se desprenden ¡ay! de los ojos!

¡Y no hay solución posible en perspectiva!

No hay, á seguir así, más desenlace que la muerte moral ó el rompimiento con todo lo pasado.

Que una completa regeneración.

Que una nueva encarnación en la vida de la viciada entidad moral.

Que una transformación en la materia atómica de las partes contributarias á nuestra deseada entelequia social.

Perdido el derrotero, se navega á la ventura.

Y los mares de la vida están sembrados de mil escollos peligrosísimos:

De sirtes y bajíos.

En el mundo moral, como en el mundo físico, la descomposición se anuncia paulatinamente.

Y no hay modo de evitarla, si no se apela á los remedios heróicos.

Si la gangrena comienza por los piés, ampútase por el tobillo.

Si el cancer invade las manos, ampútase por el antebrazo.

Lo esencial es salvar el cuerpo, aunque se pierdan las extremidades.

El mal olor se combate con los desinfectantes.

Desinfectemos, pues.

Ay! del paciente que confiado en torpe galeno, deja á la enfermedad tomar incremento y á la naturaleza por sí sola obrar!

A grandes males, grandes remedios.

Y á cirujanos ineptos, ágiles operadores nuevos.

Y á la ciencia infusa de fuera, la intuitiva ciencia de casa.

Que, á menudo, el empirismo triunfa y dan mejor resultado los remedios caseros.

Empirismo por empirismo, vale más el propio que el ageno.....

Meditemos, meditemos que es, á las veces, un consuelo el meditar.

UN VIOLIN, UN GALLO Y UNA BARAJA

Cuéntase que O'Donell—hijo ilustre de la tierra de «Pan y toros»—cuando estuvo de Capitán General de Cuba, solía decir que á los cubanos se les manejaba fácilmente con «un violín, un gallo y una baraja».

Esto, que en aquella epoca ominosa, pudo pasar por una verdad admisible, era, no obstante, un grosero insulto arrojado al rostro de un pueblo sufrido hasta la saciedad.

Insulto bien merecido, no por los puntos que de verdad tuviera, sino por la paciencia del pueblo que lo soportaba, sin hacer méritos para mejor dictado.

La esclavitud había de tal modo rebajado los caractéres en esta tierra y en esa epoca, que el pueblo se adormecía entre placeres, como el asiático se adormece con su ópio embrutecedor.

El pensar era un artículo de lujo que el tirano trataba siempre de estancar.

El hablar y ocuparse de política solo estaba permitido en las oficinas del Estado.

El murmurar de los actos de los gobernantes era atrevimiento que solía pagarse caro.

El enérgico censurar de las arbitrariedades y extralimitaciones de los bajaes que el Gobierno metropolitano nos imponía, ¡oh! eso era ya el colmo de la audacia!

Hablar de Justicia, de Progreso, de Libertad y derechos de las colonias á ser libres, ¡ah! quitad allá, hombre! eso era el súmun de la desfachatez y del atrevimiento! ¡Cuánta avilantez!

Al patíbulo, al presidio ó al destierro con el audaz. ¡Filibustero!....

Pues no faltaba más, sino que el siervo de la gleba se le subiera á las barbas al señor feudal!

A bailar! á jugar y á pelear gallos!

Y chitón! Cuidadito con chistar!

Que demasiado benévolo era el gobierno que *hasta* divertirse permitía....

De dos cosas han abusado siempre los tiranos, para dominar á su antojo: del vicio y la desunión.

Divide y vencerás, fué la divisa de la reacción en todas épocas.

Prostituye y dominarás, fué el lema de la Tiranía.

Pero los pueblos aleccionados por la experiencia, para ser libres, han declarado guerra sin cuartel al vicio y los placeres embrutecedores, á la ignorancia y al servilismo.

La unión constituye la fuerza; esto hasta los perros lo saben.

La moralidad es fuente de virtudes; ojalá lo supiera todo el mundo.

Y con unión y moralidad, ¡adiós las tiranías!

La juventud necesita placeres; norabuena.

Pero en las épocas de dolorosa transición y amargas pruebas porque pasan los pueblos, no es patriota ni digno ciudadano quien no se acuerda más que de divertirse.

Padres que tenéis hijas, separadlas, por favor, del salaz y contínuo bailoteo.

Que bailen, si les gusta, bailes menos lascivos y de tarde en tarde.

Que al calor del santo hogar de la familia se forman y conforman los puros corazones.

Y entre las bujías y los explendores del baile se pervierten con frecuencia.

Acordaos de que esas hijas han de ser mañana madres, productoras de ciudadanos, madres de Gracos.

Si quereis conocer los grados de inteligencia é ilustración de un padre ó de un pueblo, preguntad si sus hijos son *extremadamente bailadores.*

Si quereis saber los grados de moralidad de ciertos bailes, preguntad á los que han bailado mucho, por qué, al casarse más tarde, no dejan bailar á las que eligen por esposas.

Jóvenes sensatos, no deis jamás vuestros corazones á la joven que ha sido muy bailadora.

Baile la Juventud, pero de tarde en tarde; baile en buenhora.

Pero no pise jamás, ni por curiosidad siquiera, el deshonrante garito.

Pero no pise jamás, ni por exajerado espíritu

de mal entendido provincialismo, la abigarrada valla de gallos, mi la sanguinaria plaza de toros.

Absténgase la Juventud patriota, de todo aquello que la enerve, de todo aquello que la distraiga de sus deberes de ciudadano, de todo aquello que la prostituya, de todo aquello que la rebaje, que la debilite, que la embrutezca y la haga indigna de la Patria é indigna de la Libertad.

Hijos de Cuba, si no quereis que el mismo déspota que, para rebajaros, y embruteceros, y dominaros á su antojo, os abre las puertas del vicio y los placeres, si no quereis que os arroje al rostro vuestros defectos morales, no deis jamás lugar á que se diga, con fundamento ó sin él, que al pueblo cubano se le maneja fácilmente con UN VIOLÍN, UN GALLO Y UNA BARAJA.

¡AL PUEBLO!

Hermanos nuestros en el LIBRE PENSAMIENTO:

La ignorancia y la osadía imponerse quieren á la razón y á la verdad!

« Stultorum numerus est infinitus».

(El número de los ignorantes es ilimitado).

Y á combatir la estulticia y la protervia de los mal habidos con la Civilización y la Libertad, aprestémonos denodados y resueltos.

Hermanos nuestros en la Patria:

La Desmoralización y el Despotismo levantan, con cínico descaro, la hórrida cabeza.

«Video lupum»: (al lobo veo).

El lobo se disfraza con pieles de cordero.

Moralidad, Justicia y Libertad, sea nuestra divisa.

Hermanos nuestros en la República:

Enarbolemos el triunfador y santo lábaro de la Fraternidad, de la Igualdad y de la Libertad!

Tremolemos el pendón de Paz y Justicia!

Democracia universal!

«Sufficit cuique diei sua malitia».

(A cada día su penar).

Presto llegará el término de nuestros males, republicanos.

Hermanos nuestros en el sufrir:

Toda pena tiene su límite.

Todo dolor su extinción.

Toda esclavitud su libertad.

Toda noche su claro día.

Todo vencido, en buena lid, puede mirar, sin sonrojo, cara á cara á su vencedor.

«Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni».

(La causa de los vencedores place á los dioses; la de los vencidos á Catón).

Hermanos nuestros en el Pueblo:

Los mandamientos de nuestra religión política, escritos están en las tablas de nuestra Ley sacrosanta.

Predicados los han los Esdras de nuestras creencias, desde «el Sinaí de la Tribuna».

Desde el Calvario de las barricadas;

Desde el Getsemaní de la Plaza pública.

Nuestros mandamientos políticos serán los mandamientos de la humanidad.

Son los mandamientos de los oprimidos.

Son los mandamientos del Pueblo.

«Sint ut sunt aut non sint».

(Que sean lo que son ó que no sean).

Hermanos nuestros en la salud de la Patria:

Ya pasaron los días de opresión y obscurantismo.

La Razón se abre paso á través de las densas nieblas de la Tiranía.

«La razón acabará por tener razón».

La Justicia triunfa del Despotismo.

El Error es reemplazado por la Verdad.

«Hoc volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas»....

(Lo quiero, lo ordeno; que mi voluntad sustituya á la razón):—dijo ayer la Tiranía.

El Pueblo, el cuarto estado es todo;—ha dicho un soldado de la Idea, un héroe de la Revolución Francesa: Sieyés.

El Estado soy yo,—dijo un tirano: Luis XIV.

¡Viva el Pueblo soberano!—gritó la Revolución....

Y el pueblo triunfará.

Y cesarán las retrógradas preocupaciones.

Y la razón del Pueblo sustituirá á la razón de la Fuerza.

Y entonces la razón tendrá razón.

Y la justicia bajará á la tierra.

Y la bondad anidará en los corazones.

Y los vencidos de ayer serán los vencedores de mañana.

Y del Sinaí de la Tribuna bajará el rayo que aniquilará las Tiranías.

Y el ave negra de la ignorancia huirá de la explendorosa luz de la Ilustración, para esconderse en los antros de lo pasado.

Y el vampiro de Lozoya, y el mochuelo de campanario, y el murciélago de sacristía, se albergarán para siempre, en los antros del no ser.

Y la hedionda sotana pasará á podrirse á las apolilladas arcas de los Torquemadas, en las lóbregas cavernas del infierno del Error.

Y la bruja de la Intransigencia cogida del brazo de la Bruja de la Reacción, montadas ambas, como las brujas de Macbeth, en las escobas del Despotismo, se esconderán en el aquelarre de los países bárbaros.

Y el Pueblo proclamará sus derechos al relampaguear de la Idea, al fragor de los truenos de la controversia y entre las broncas tempestades de su reconstitución.

Y el sol de la Fraternidad alumbrará á los humanos.

Y el sacro lazo de la Igualdad ligará estrechamente el hombre al hombre.

Y la austera Democracia nos nivelará á todos con su rasero igualador.

Y sobre los cimientos de la Libertad se levantará el majestuoso templo de nuestro engrandecimiento, de nuestra regeneración social.

Que la salud del Pueblo así lo exige.

Que la salud del Pueblo así lo espera.

Y la salud del Pueblo es ley suprema.

«Salus populi suprema lex est».

LA CLASE DE COLOR

Las aves del espacio; los brutos de las selvas: los peces de los mares y hasta los microscópicos seres del mundo de lo invisible, pregonando están la fraternidad universal.

El hombre es hermano del hombre.

El hombre no puede ser enemigo de su hermano.

La color de la piel y lo hirsuto del cabello no pueden ser parte á que el hombre rechace al hombre.

A que el hermano niegue al hermano.

A que el ciudadano menosprecie á su conciudadano.

A que el ser consciente por excelencia se erija en amo de otro ser consciente.

A que el ser consciente por excelencia se desdeñe de estrechar los fraternales vínculos con otro ser consciente: con el hombre negro.

Porque el hombre negro es una entidad física, una entidad moral, una entidad intelectual, como el hombre blanco.

Porque el hombre negro es una personalidad social.

Porque el hombre negro es una personalidad humana.

Personalidad que siente, piensa y quiere, como el hombre blanco.

Personalidad que raciocina, y tiene voliciones, y libre albedrío, como el hombre blanco.

Porque el hombre negro tiene conciencia de su personalinad.

Porque el hombre negro tiene conciencia de su misión, como ser pensante y volitivo.

Porque el hombre negro tiene conciencia de su misión, como ser social.

Porque tiene su cerebro organizado para pensar y raciocinar, como organizado está el cerebro del hombre blanco.

Porque el hombre negro puede ser susceptible de alcanzar en lo físico, en lo moral y en lo intelectual, los mismos grados de perfección que el hombre blanco. Porque el hombre negro es el mismo hombre blanco, con diferente coloración de piel y la misma conformación de su masa cerebral.

La anatomía lo confirma, la fisiología lo comprueba; la filosofía lo asevera.

En vano la ciencia antropológica probará con la razón de los hechos, el menor volumen del cerebro y la menor cantidad de sustancia gris, y de materia fosfórica encefálica del negro.

Que el volumen del cerebro está en proporción del ejercicio intelectual.

Y si el hombre negro de ayer no pensó mucho, el hombre negro de hoy pensará algo más y el de mañana pensará como el hombre blanco.

Cerebro muy pensante, cerebro muy voluminoso.

Y por lo mismo que el cerebro del hombre negro puede pensar, no está exento, de perfectibilidad, de aumento de volumen.

El cerebro de la mujer blanca, según los antropólogos, guarda desproporción con el cerebro del hombre blanco.

Y, por ésto, ¿se le ha ocurrido á álguien negar á la mujer blanca las consideraciones que, en buen hora y con aplauso, le concede la Sociedad?

¿Por qué, pues, el hombre blanco se ha de erigir en amo, en juez, en proporcionador de honras de su hermano en la naturaleza, el homqre negro?

Todos somos iguales ante la Ciencia; todos somos iguales ante la razón; todos somos iguales ante la naturaleza; todos somos merecedores de las mismas libertades y prerrogativas ante la Sociedad; todos debemos tener los mismos derechos y deberes.

Y que no venga el estrecho egoismo: y que no venga la rancia preocupación á contrarrestar la lógica de la Verdad.

Porque lo que debe ser se impone, mal que pese á lo que es.

Porque lo que debe ser triunfa uno ú otro día del egoismo, de las preocupaciones y de las injusticias humanas; de los errores del ayer.

El criterio de razas es disolvente, injusto, antigualitario, egoista.

La preponderancia de derechos basada en los colores de la piel, es antipolítica, antisocial, inhumana.

El altruismo se sobrepone á todo concepto de desigualdad entre hermanos; á todo criterio mezquino; á toda usurpación de derechos.

Porque el altruismo brota de los inexhaustos manantiales de los sentimientos inmanentes en el corazón del hombre.

Porque el corazón del hombre civilizado está educado para sentir y amar, no para esclavizar y aborrecer.

Porque el aborrecimiento y la esclavitud son la implícita negación de la fraternidad, de la moralidad y del progreso de las sociedades.

El hombre negro debe ser nuestro igual en la Sociedad, en las Leyes, en la Patria, y, al fin, lo será, como lo es ante la naturaleza y ante la conciencia.

Querer lo contrario es defender con la tiranía.

Querer lo absurdo por lucrar con lo absurdo.

Queler la desigualdad por medrar la desigualdad.

Querer que persista la sinrazón por sustentar la mal llamada razón de la conveniencia.

Querer la desigualdad es hacerse solidario de un crimen de lesa-humanidad, que pesará en la conciencia de los pueblos, como pesa en la conciencia del hombre, todo crimen de enorme monstruosidad.

Si un mismo sol radiante nos alumbra, si bajo

un mismo cerúleo dosel nos cobijamos; si una misma hermosa Patria nos sirvió de cuna; si unos mismos ondulosos mares nos arrullan; si nuestras solícitas madres crecieron y jugaron bajo unos mismos techos; si somos hermanos en la Patria, hermanos en la humanidad, hermanos en la naturaleza: ¿qué razón hay para negar al hombre negro el conspícuo puesto que por derecho le corresponde en nuestra sociedad, en nuestras leyes y en nuestros corazones?

¡Benemérita raza de color: LA VOZ DEL PUEBLO te saluda con orgullo! LA VOZ DEL PUEBLO reconoce tus derechos inalienables y los defenderá con su energía habitual y la satisfacción íntima que produce el cumplimiento de un sagrado deber! El paria se ha convertido en ciudadano, y el ciudadano se ha hecho acreedor á ocupar un puesto en el banquete de la democracia universal! Salud, raza de color, salud y fraternidad!

GUERRA A LA INMORALIDAD

Cuando la densa niebla de la duda cubre los anchos horizontes del alma pensadora y ni aún con el catalejo del optimismo se divisa, al través, la anhelada tierra de mejores días, la dulce tierra de promisión; cuando la mísera fragil nave de la Patria se ve combatida por los furiosos rugidores vientos de la anarquía sorda y el traidor mar de fondo de la inmoralidad; cuando todo parece desquiciarse y obscurecerse todo; cuando vamos á sepultarnos en el lóbrego abismo de eterna noche de desgracia ó de eterna vida de prostitución; cuando clamamos con desgarradores ayes, y todo permanece sordo y mudo todo, á nuestra voz, en la natura: surjan, surjan, como por ensalmo, los grandes caracteres, y únanse como en apretado haz, los hombres de energía, los hombres honrados de todos matices, y exclamar podremos en-

tonces alborozados, como en la tragedia del clásico Quintana:—*¡Aún hay patria Veremundo!*

Unámonos todos, españoles y cubanos, conservadores, autonomistas é independientes, unámonos todos en amor y concordia, para combatir decididos y sin contemplaciones de ninguna clase, la inmoralidad en donde quiera que se esconda, ya en los churrigueresco palacios de la burocracia, ya en la humilde covachuela del aliado ó encubridor inconsciente, ya en sus lóbregas guaridas por los intrincados bosques, ya en sus cómodas ladroneras en populosas ciudades.

Arranquemos la careta al que, pregonando moralidad, vende su lengua y su pluma, y su silencio al oro del criminal, su compinche; expongamos á la vergüenza pública á todo aquel que desierte del campo de la honradez, para afiliarse á las hordas del bandidaje de levita y al amparo de elevada posición; guerra sin tregua, guerra sin cuartel al vicio, al crimen, á la desmoralización; á los bandoleros mansos y á los salteadores de camino; á los secuestradores de honra y á los secuestradores de hombres. ¡Abajo la falsa virtud; abajo la falsa honradez; abajo el falso patriotismo! ¡Guerra, guerra sin cuartel al ladrón!

Tú, empleado de alta categoría; tú, burócrata sin conciencia, y sin patriotismo, que llegaste ayer á Cuba, en la más desolada inopia y, hoy, te paseas, cargado de brillantes, por las calles de la coronada Villa, y te rozas con los encopetados ministros, y comes en « Fornos » ó en « Los Cisnes » con los reyes de la Banca, ven, ven á probar ante el tribunal de la opinión pública y ante los

tribunales de Justicia, ven aquí á probar que no has robado; tú, mísero empleadillo de poco sueldo, que, ayer, en la corte servías de lacayuelo á algún empigorotado personaje político, y hoy, sostienes allí con el *fruto de tus ahorros en Cuba*, el faustoso tren y afiligranado hotel de lasciva preciosa «horizontal», y la torpe cohorte de amigos aduladores, ven, ven á probar ante el tribunal de la opinión pública y ante los tribunales de Justicia, ven aquí á probar que no has robado; tú, gobernante imbecil y despótico, que vivías, allá en la villa del Oso y del Madroño, en destartalada casa de huéspedes de seis reales, vistiendo raída levita y mugrienta chistera, y hoy, gracias á los *ahorrillos de Cuba*, eres Senador vitalicio del Reino, caballero de varias cruces, nacionales y extranjeras, y hasta título nobiliario.....¡ah! ven, ven á probar ante el tribunal de la opinión pública y ante los tribunales de Justicia, ven aquí á probar que no has robado; tú, orador elocuentísimo, político insigne, caudillo afamado, camaleón de todos los partidos, que siempre te arrimas al sol que más calienta, y, ora sirves á la República como á la Monarquía, el dedo de la opinión te señala como copartícipe en los fraudes y demás expolios cometidos aquí por altos burócratas tus ahijados; prueba, prueba que, para tí tus protegidos no han robado; tú, periodista sin escrúpulos, á quien tus colegas dicen, que te has vendido al oro del ladrón del Fisco, por un plato de lentejas, prueba, prueba, para acallar la opinión pública, prueba, en tu diario, tu inocencia ó si nó creeremos todos que tú has sido por el oro del ladrón burócrata, descaradamente sobornado.....

Hombres honrados de Cuba, peninsulares y cubanos, conservadores, autonomistas é independientes, unámonos todos, para declarar guerra á muerte al contrabando, guerra sin cuartel al ladrón, donde quiera que se oculte; guerra sin tregua al vicio y sus alentadores; guerra á los que quieren encubrir sus crímenes ó depredaciones con una bandera política; guerra al farsante embaucador y expoliador del pueblo, ya vista la negra inquisitorial sotana, ya el brillante uniforme de los generales, ya el bien cortado frac y el flamante sombrero de alta copa.....

Guerra, guerra sin cuartel á la desmoralización en cualquiera de sus manifestaciones, ya en el palacio del aristócrata, ya en la cabaña del pordiosero!

EL CACIQUISMO

Una de las muchas plagas que hacen difícil la vida del hombre digno, en esta abigarrada sociedad cubana, es el absorvente, el estúpido, el embrutecido CACIQUISMO que tanto, en Cuba, impera.

Cualquier ignorante advenedizo elevado en brazos de la fortuna, gracias á su despreocupación sin tasa, á su desvergüenza sin límites, á su poquísima conciencia, se erije, de la noche á la mañana, en finchado personaje ante el cual doblan la cerviz los miserables aduladores, siervos degradados, al brillo del oro se prosternan, como la prostituta envilecida á recojer la sucia moneda que le arrojára al suelo el libertino borracho, saltimbaqui del placer.

Cuando los hombres no tienen dignidad, ni pudor, ni conciencia, ni nociones siquiera de sus deberes de ciudadanos y viven contentos, como parias misérrimos, en una sociedad viciada, donde

todo se vende, con todo se comercia y á los defensores valientes de todas las libertades y de las ideas todas, que ennoblecen al ser humano, se les llama, en son de sorna, *quijotes* y *utopistas*; cuando todo se adjudica, en la almoneda idiotesca de esas sociedades encanalladas, al mejor postor, al que más dinero tiene, aunque carezca en absoluto de méritos personales y morales; cuando los asesinos, los borrachos, los ladrones y los antiguos comerciantes de carne humana, á fuerza de osadía y merced al envilecimiento de sus conciudadanos lo dominan todo y á todos doblegar quieren á su ruda, grosera imposición; cuando á los propagadores de la santa igualdad, de la noble Justicia y de las sublimes libertades que son vida de la vida de los pueblos, se les ultraja, se les acorrala, se les acosa, se les persigue, se les apalea, se les asesina, se les envenena, se les unitiliza, en una palabra; decirse puede, sin temor á equivocarse, que esas prostituídas sociedades están bajo la férula del odioso, del insoportable CACIQUISMO rastrero y embrutecedor.

Tiemblen, tiemblen en mal hora, los infecundos sibaritas y cobardes; dobléguense, dobléguense, hasta romperse la dorsal espina en genuflexiones bufónicas, esos blancos esclavos de los becerros de oro; caten, caten alabanzas, entonen ditirambos y rompan lanzas, por el salvajismo entronizado, esos ruines adalides de las malas causas, esos perversos *condottieri* que lo mismo manejan el puñal envenenado, que la pluma difamadora, que la lengua viperina; rujan, rujan como fieras atenaceadas, los estúpidos *caciques* ensoberbecidos, que el hombre digno, que el escritor valiente, que el desinteresa-

do y recto defensor del Pueblo, seguir debe impertérrito, desafiando de frente el peligro, y tremolando enhiesta la santa bandera en cuyos pliegues escritos están los mágicos lemas de LIBERTAD, JUSTICIA, DERECHO, FRATERNIDAD, DEMOCRACIA, IGUALDAD Y REDENCIÓN.

BANDOLERISMO

Las sociedades, cuando son centros putrefactos de miserias morales, deben purificarse, como se purifica la atmósfera cuando está impregnada de miasmas deletéreos.

Los miembros gangrenosos del cuerpo humano, como del cuerpo social, amputarse deben indefectiblemente antes de que contágien el resto del organismo.

Toda dilación es criminal cuando pudiendo aplicarse el remedio no se emplea oportunamente.

El desquiciamiento social provinente es de basamentos contaminados y podridos.

El crimen es hijo de la ignoracia y del vicio; de la impunidad y del soborno; de la ambición y del padrinasgo.....

No tan criminal es el descarriado que roba, secuestra y mata, como el que á la sombra de la im-

ridad, interesadamente suministra al bandolero el libre pase y el arma homicida.

¡Cuántas fortunas se han hecho con oro, amasado con lágrimas y sangre, que debieran escaldar las conciencias de sus poseedores, sino tuvieran ellos las conciencias encallecidas!

Bandolero que roba, que mata, que secuestra, es menos bandolero que el infame que desde alta posición lo *apadrina*, á mansalva.

Aquel expone su vida y éste no aventura más que parte del botín infando arrebatado á las víctimas.

No se destruye el bandolerismo con bayonetas y patíbulos: solo se acaba con él persiguiendo y castigando á sus encubridores.

La sociedad entera los conoce, todos los señalan con el dedo; pero nadie se atreve á denunciarlos, porque la denuncia ha costado, en más de una ocasión al denunciante, la vida.

El encubridor del bandolero tiene validos y protectores, tiene arraigo y preeminencias, y suele ejercer algún mando ó autoridad que paraliza la acción de la Justicia.

El encubridor del bandolero se codea con los más empingorotados señores.

El es, á su manera, un señor de horca y cuchillo.

El padrino del cuatrero y del secuestrador suele ser el potrerero que ampara su cabeza con la nacional escarapela que el deshonra y esconde su rufianesca persona en el sillón de aparatosa concejalía.

El padrino del criminal aleve, que mata por la

espalda, afila los puñales homicidas en la ensangrentada piedra de alguna carnicería.

El padrino del ratero y del estafador se encuentra á todas horas luciendo su oro y sus brillantes por juzgados y escribanías.

El anónimo, la calumnia y el veneno, son las reservadas armas á que suele apelar el que á los bandoleros apadrina.

¿De qué sirve la persecución incesante por bosques y malezas y suburbios, si el bandolero sabe de antemano, por su padrino, la marcha y contramarcha de la tropa y los lugares por donde es más activo el husmear de la policía?

¿Qué resultado dá el atemorizar y, á veces, casgar al mísero campesino por encubridor, si el verdadero encubridor vive lejos de las maniguas?

En la intrincada soledad de los bosques no se fraguan los crímenes; úrdense y prepáranse, por lo general, en las confortables mansiones de los bandidos de levita.

La sed de oro apaga todas las afecciones más nobles del alma y mata al hombre para dejar al ser sin conciencia en libre ejercicio de sus piraterías.

La embriaguez por los alcohólicos envenena, idiotiza, produce el *delirium tremens:* la embriaguez del oro produce al híbrido de hombre y fiera peor mil veces que la fiera misma.

Nada espereis del hombre á quien avasalla la ambición, la avaricia, el afán de atesorar riquezas; porque la ambición del dinero mata la conciencia y el hombre sin conciencia es el peor enemigo del hombre honrado, del hombre digno.

Los lazos más santos, los que más ligan el hombre al hombre, los rompe, los conculca la avaricia del dinero..

El amigo explota al amigo; el hermano despoja al hermano; el padre..... ah! hasta el padre se olvida de que es padre cuando la avaricia lo domina!

No pregunteis al ambicioso acaudalado por el origen de sus riquezas; como las formó el despojo, con la mentira os engañaría.

Cuando el hombre, en un acceso de cólera, mata al hombre, huye á lo intrincado de los bosques y se convierte en bandolero, para esquivar la persecución de la justicia;

Si roba, lo hace para sustentar su vida y para comprar al protector que lo pone á salvo de purgar sus crímenes en un presidio ó en un patíbulo;

Cuando la ambición del oro mata la conciencia del hombre, no hay valladar que contenga su avaricia y, medrar, hasta el crímen apadrina.

El ladrón de los bosques tiene afecciones; tiene amigos; tiene familia.

El ambicioso, el ladrón de levita, no tiene más afecciones que la del sórdido interés que lo domina.

El bandolero de los bosques es menos bandolero que el bandolero de las ciudades, que el miserable que el bandidaje apadrina.

Para acabar, pues, con el bandolerismo, hay que empezar por el bandido de levita.

¡ESTO SE VA!

¡Esto se vá! (Nos referimos á todo lo malo.)

Queremos decir que el viejo edificio se derrumba.

Lo destruyó la carcoma de la inmoralidad.

Y lo desmoronan el soplo de la elocuencia y de la Prensa honrada.

¡Ay! de los que coja debajo.

¡Sálvese quien pueda!—gritarán los que tienen la bolsa llena.

¡Esto se vá!

Y lo peor es que, como siempre, pagarán justos por pecadores.

¡Ah! El despertar de los pueblos suele ser también amenazador como el de las fieras;

Cuando ese despertar sucede á la larga noche de desgobierno y tiranía.

Nacer para no gozar de libertad y vivir en eterna tutela, no es nacer ni vivir; es morir viviendo; es la muerte moral en pleno goce de la materialidad de la vida.

Más claro:

Es vivir con el eterno sonrojo de tan triste vida.

Todavía más claro:

Es nacer hombre y vivir la vida del bruto.

Todo deber supone un derecho.

Todo derecho presupone libertad.

Y la Libertad y el Despotismo son antagónicos.

La Libertad es el sol que alumbra y da vida.

El Despotismo es la noche con sus miasmas, horrores y tinieblas.

La Libertad dignifica, sublima al hombre.

El Despotismo lo prostituye, lo rebaja, lo embrutece.

Amemos, pues, la Libertad, que es fuente de vida.

Odiemos, pues, la Tiranía, que es antro de perversidad.

Pueblo, ¡despierta!

El viejo edificio se derrumba.

Pueblo, prepárate á reedificar sobre cimientos y terrenos sólidos.

¡Esto se vá!

Pueblo, ¡alerta! que « el crimen vela cuando duerme la virtud ».

Esto se va; y con esto se irá todo lo nocivo; todo lo que apesta; todo lo que degrada; todo lo que envilece.....

La desaparición del Mal es siempre fecunda para el Bien.

Pueblo, ¡alerta! que en el alcazar del prevenido no hay sorpresas posibles.

Pueblo, ¡alerta! Que el crimen vela cuando la virtud duerme!

Y esto se va.....para no volver.

¡POBRE CUBA!

Como doncella garrida, llena de juventud, de riquezas, de encantos y de hermosura, ostentábase á la vista de los extraños, la tierra más hermosa que jamás ojos vieron. Hoy triste y abatida, como escuálida virgen devorada por el hambre y la miseria, da compasión y pena profunda el ver á la pobre Cuba! En vano implora remedio para sus males; en vano clama contra tantas exacciones como agotando están la poca savia que aún sostiene su vida; en vano se agita y ruega, y suplica, y exige que la dejen, por sí sola, aplicar el remedio á tantos males; todo es inutil: nadie la escucha; nadie acude en su socorro; nadie le tiende una mano compasiva.

Oh! Cuba ¿dónde están tus hijos? —Los unos medrosamente ocultos en el oscuro rincón de su indiferentismo, viendo impasibles, como agobian

tu azarosa vida las más ingentes calamidades; los otros agitándose en el vacío de inútiles declamaciones, de gastados recursos y de medios infantiles; los menos, siempre en la brecha, atacando de frente todos los males que á la patria afligen, y concertándose para poner coto eficaz á tan largo sufrimiento y á tantos atropellos y mistificaciones.

Ya no es solo la miseria, sino el más descarado bandolerismo con todo sus ultrages, homicidios y violaciones; ya no es solo la amenaza inminente del hambre desoladora, sino los procedimientos inquisitoriales con toda su horrible impunidad y su repugnante imposición por torpes pretextos fútiles y á sangre fría; ya no es solo la postergación del cubano con menoscabo de su dignidad y de sus méritos personales; nada de esto es tan doloroso ya y se presta á tan tristes reflexiones, como el afán ciego y desmedido de compulsar á un pueblo ansioso de paz, orden y moralidad, por el peligroso sendero de las aventuras bélicas, para cazarlo como á bestia montaraz, ó enjaularlo, apalearlo y expoliarlo como á paria misérrimo, como á ilota malaventurado.

Oh! ¡Pobre Cuba! Abandonada de la suerte, tu porvenir se ennegrece cada vez más, y no hay para tí, esperanza de salvación, si no vuelves sobre tí y no reflexionas que los pueblos, como las individuales, todo lo han de esperar de sí propio, si quieren ser felices, y prosperar y gozar de paz y libertad.

COSAS VEREDES.....

Pues, señor, vivir para ver.

Hasta ahora la caballería había servido para segar cabezas, rebanar pezcuezos y dar lanzadas, en las guerras á moros y cristianos.

El señor general Marín, á quien deben gustar las sorpresas, la ha destinado á.....poner cerco al contrabando!

A atajar el fraude, convertido en empleado!

A prestar servicio de Aduana!

Lástima que no haya caballería de marina.

¡Cómo temblarían los burócratas de conciencia elástica y anchas tragaderas, al verse rodeados de sable por doquier!

—Fea se pone la cosa! — dirían para sus adentros.

—Pues no veo la tostada,—exclamaría alguno, haciéndose el inocentón.

—Ah! Pícaro diputadillo autonomista, origen y causa de esta cruzada!—gritaría otro, cogido con las manos en el pandero.

—¿Quién ha dicho que robar al Estado es robar?.....

Y aunque así fuera.

Ladrón que roba á otro ladrón.....—exclamaría un burocratuelo desvergonzado.

Pero el señor general Marín no lo entiende así.

Y dirá dirigiéndose á sus subordinados:

—Ladrón que roba....á quien quiera que sea, á la carcel con él.

El robar es malo, y, mientras yo mande, aquí no roba ni el mismo Guango Romero que volviese á la vida.

Hombre! á propósito de..... *Guango* ¿dónde estará, á estas horas Matagás?

Pero volviendo á la caballería:

Sólo al general Marín podo ocurrírsele semejante idea.

Paso á los que siempre han creido que á los capitanes ó gobernadores generales de Cuba, no se le ocurrían ideas.

El general diría, para sus adentros:

—La infantería no sabe correr: la artillería no puede por sus cañones, y con la caballería no se me escapa ni un ratón contrabandista.

Pero por mucho que corra el señor general Marín, y por mucho que corra la caballería, más corre un burócrata famélico.

Y bien apadrinado.

Y que los hay tan.....corridos, que ya no corren, sino vuelan.

Se suelen perder de vista!

Y á burócratas tan corredores, corridos y correntones, écheles usted galgos, queremos decir: caballería.

Luego es tan grato eso de tener chalet en Pozas, Argüelles ó Salamanca (léase barrios de); arrastrar coche en el Retiro y la Castellana; tener palcos en el Real y la Plaza de toros; y fumar puros habanos ministeriales y tutear á Cánovas, Sagasta y Castelar; y, en fin, todo lo demas que, se consigue con un buen destino en Cuba y un padrinito en la Corte.

Pero el señor general Marín dice:

—Aquí estoy yo con mi caballería para que, el que quiera todo eso, que lo gane sudando la camiseta y exprimiendo su meollo.

Y si non, non.

Que no se cojen truchas á bragas enjutas.

Como no se cojerán á los que tengan buen padrino.

A pesar del honrado deseo del general Marín.

Y si no, vivir para ver.

EL MIEDO

Hasta ayer, como quien dice, pocos se atrevían, en Cuba, á cantar las del barquero al Gobierno nacional, á los encopetados mandarines y demás tiranuelos de baja estofa, porque era tan grande el pavor que dominaba en los corazones, que hasta las mayores arbitrariedades pasaban sin el debido correctivo.

Trabajo y no grande, va costando hacerle comprender al Pueblo sus derechos inalienables y la perfectísima razón que le cabe para censurar y reprimir extralimitaciones y abusos de los que mandan, y hacer que prevalezca la Justicia y la Verdad sobre el Error y la Tiranía.

Ni aún los actos más punibles, ni siquiera aquellos que eran patentes en la conciencia de todos y que merecían la más agria reprobación, podían atacarse públicamente, sin que enseguida se

sacara el Cristo de la integridad, y al censor osad se le aplicase el sambenito de separatista y enem go furibundo de la madre España, y por lo tanto se persiguiese y castigase con cruelísimas pena infamatorias. *¡O tempora, ó mores!*

La inmoralidad administrativa, la descentralización en casi todas las esferas del Gobierno, el desbarajuste, el desorden, el atropello, el predominio de la fuerza sobre la razón; en fin, todo aquello que autoriza la impunidad, dominaba en Cuba, mientras tanto el pueblo sufría, con cobarde resignación, la explícita y odiosa negativa al goce de sus derechos.

La palabra Libertad era para los déspotas sinónimo de Independencia; el atacar á los malos españoles era, para los que no querían obligar á no encontrar españoles malos, era, decimos, un ataque indirecto á la nación Metropolitana; el llamar ladrón á los que robaban con credenciales por salvo conductos; el llamar asesinos y verdugos á los que mataban y atormentaban por causas políticas, ya eso era un ataque de lesa nacionalidad, que se purgaba yendo á podrirse á un calabozo ó presidio, si se tenía la gran fortuna de salvar la pelleja del banquillo del patíbulo. Así estaba el pobre pueblo cubano sobrecogido de pavor! Así dominaban á su antojo los bajaes de siete colas que nos enviaba la Metrópoli, trayendo por séquito toda una cáfila de sabuesos y falderillos de la Tiranía.

Hoy el miedo, menos que nunca, no tiene razón de ser; hoy el miedo solo alienta en esos seres desprovistos de patriotismo, de todo decoro, de

toda dignidad. En el estado actual de la Patria; en el estado de civilización en que nos encontramos; en el momento histórico en que vivimos, no es buen patriota, ni digno ciudadano, ni hombre merecedor de tal vocablo, el que calle por miedo ó se esconda cobarde en el momento del peligro.

El cubano que oiga con calma, que sufra con resignación cualquier grosero insulto á su Patria, es tan miserable y vil como vil y miserable el detractor; el cubano que escuche en boca del descarado enemigo de esta tierra, la infamante calumnia de la desafección á la Metrópoli, del odio á nuestros padres y tantas y tantas otras imputaciones bastardas y mezquinas y no le grite al difamador: mientes, canalla, estúpido; mientes ingrato animal; el cubano, en fin, que por miedo, todo lo soporte, todo lo tolere y preste aquiescencia, con su silencio, no sólo es un mísero cobarde, sino que también es indigno de toda consideración y está incapacitado, por esa misma cobardía, para vivir en toda honrada sociedad.

El miedo es el peor enemigo de toda libertad: el miedo es el auxiliar más eficaz que tiene el despotismo para imponerse y dominar.

Los pueblos cobardes son indignos de gobernarse por sí propios; son indignos de todo derecho, de toda justicia, de toda libertad.

Los pueblos cobardes son acreedores á todas las groseras imposiciones de la Tiranía.

ZAMBRANA

No hay duda qne los conservadores españoles, de allá y de acá, son los elementos más á propósito para que los partidos extremos consigan sus fines. El quijotismo, la intransigencia, la exajeración, el ensañamiento y demás armas de mala ley que emplear suelen los reaccionarios de España, en sus ataques á los liberales todos, cualesquiera que sean sus procedencias, exacerban de tal manera los ánimos de los adversarios en política, que, al fin y á la postre, se colmará la medida de la paciencia del manso pueblo y... adiós conservaduría. En puridad, que son, á las veces, incomprensibles los retrógados que entre nosotros viven.

Si se le antoja á algún cubano decir que no quiere ser español y se hace ciudadano de otra nación, ¡ay de los ayes! ¿quién aguanta la vocinglería y el atajo de insultos y de improperios que

llueven sobre el malaventurado cordero que del pátrio redil se separó? ¡Cómo se agota entonces el diccionario de las palabrotas del uso particular de la patriotería...! Pero viene un hombre de talento clarísimo, conspícuo, orador afamado, literato distinguido, político insigne, viene á Cuba y dice:—Yo estuve, hasta ayer, frente á España y la combatí en el campo de batalla, y en el palenque de la idea, y en el «sinaí de la tribuna», porque los gobiernos españoles nos tiranizaban, y subyugaban como á tierra de bárbaros; hoy torno al seno de la Pátria, reconociendo tácita é implícitamente la soberanía de la Metrópoli: el insurrecto de ayer no tiene inconveniente en volver á llamarse ciudadano español.

El pueblo cubano, el verdadero pueblo cubano, le acoje con regocijo, con amor y orgullo; el otro pueblo que impropiamente se llama cubano, el pueblo tránsfuga, le recibe con recelo, pero al fin le acepta. El genuino pueblo cubano le dá sus sufragios para que le represente, en unión de otros distinguidos compatriotas, en las Córtes de la Nación, y él acepta, con cuya aceptación reconoce paladinamente la soberanía de la nación española; vá á la Corte y se presenta en el Congreso con su acta de Diputado, con cuya presentación demuestra que acepta gustoso la ciudadanía española, y los intransigentes españolísimos que tanto ántes se enfadaron, porque el ilustre cubano no quiso reconocer la soberanía de España, hoy que quiere ser español, hoy que quiere hacer resonar su palabra elocuentísima desde los escaños del Congreso nacional, le rechazan, le expulsan; al no aceptar

su acta le expulsan de la familia española... ¿Han pensado los políticos serios de España en la gravedad de semejante inconsecuencia? ¿No comprenden los intransigentes de Cuba, que por ese camino se va fatalmente á lo desconocido? Pero aún tenemos esperanza de ver al distinguido diputado Sr. Zambrana sentarse en los bancos del Congreso español, por el acuerdo unánime de los representantes más sensatos y agenos á toda mezquina pasión de banderías; aún tenemos esperanza de oir de boca del Sr. Zambrana, grandes verdades dichas en las Cortes españolas.

LA NEGRA HONRILLA

No hay nada más funesto, en política, que aferrarse á un error.

Todo error es mal informador de la conciencia.

Y, toda conciencia mal informada, es juez pésimo de nuestras acciones.

El sostener por prurito, principios y leyes arbitrarias, da pábulo á las extralimitaciones y á los procedimientos de fuerza.

Y los procedimientos de fuerza no son hijos solamente del afán de los pueblos por romper las cadenas de la tiranía.

Nacen las más de las veces, de la imposición á la conciencia y de la conculcación de los sentimientos y derechos más caros al hombre.

Los que se arrojan á la vorágine de las rebelio-

nes, son menos censurables que aquellos que las provocan.

Oponerse á la corriente de las ideas es tan funesto como oponerse al ímpetu avasallador de los torrentes enfurecidos.

«No hay tirano capaz de matar las ideas»!

El Sagrario de la conciencia es inviolable!

El santuario de las ideas es inaccesible al mónstruo del Despotismo.

Podrá un tirano quebrar nuestra pluma, cortar nuestra lengua, arrancarnos el corazón;

Pero nunca podrá imponernos que amemos la Tiranía.

Pero nunca podrá amputar las alas á nuestro libre pensamiento.

Que el pensamiento es sutil como el éter, y una vez dado á la publicidad, no hay poder humano que lo contenga.

Querer encadenar á un pueblo, que tiene hambre y sed de Libertad y Justicia, es provocar un cataclismo.

Querer desvirtuar las nobles aspiraciones de una Colonia, por retrógadas miras ó por miedo á lo desconocido, ó por conservar lo que mal se adquirió, es querer sacar de madre al río caudaloso, y que no se desborde por los terrenos de labradío.

Una de las virtudes primordiales de los que mandan, es conocer y acceder oportunamente á las exigencias de los tiempos.

La peor ceguera de los gobiernos y sus inspiradores, es querer sostener á la fuerza lo absurdo, lo detestado, lo provocador, lo absorvente; en una palabra, lo que rechazan las mayorías.

Y, el consejero más funesto, sin duda, el que se opone, las más de las veces, al reconocimiento de la verdad y de la justicia, é informa la prosecución no el error y la reacción es, lo que llamamos en castellano: LA NEGRA HONRILLA.

SALVEMOS A CUBA

¡La noche de la miseria avanza tenebrosa y fría!
Ya ha invadido los campos.
Ya invade las ciudades.
La emigración aumenta.
Ya nadie viene á Cuba.
El capital emigra ó se esconde.
El bandolerismo afila, en la soledad de los bosques, el puñal homicida.
¿Qué será de Cuba el día de mañana si la Discordia, con airado empeño, corta el nudo gordiano de esta azarosa situación?
¡Oh! Triste porvenir de un pueblo honrado!
¡Oh! Aciaga condición de un pueblo digno!
Breguemos, breguemos contra la suerte.
Luchemos, luchemos contra el indiferentismo, la apatía y la explotación.

Cuba sufre! Cuba tiene hambre! Cuba se muere!

Salvemos á Cuba!

Y para salvar á Cuba es preciso de todo punto la unión de todos los que amen la Libertad, de todos los que amen esta mísera tierra tan rica otro tiempo, hoy tan pobre y desgraciada!

Nada de temores pueriles.

Nada de absurdas vacilaciones.

Nada de contemplaciones estúpidas.

Es preciso decir á España la verdad, toda la verdad de lo que aquí pasa.

Es preciso hablar claro, muy claro.

Es preciso hablar fuerte, muy fuerte.

Es preciso hablar á la madre, como á madre.

O la madrastra, como madrastra.

Es preciso hablar al hermano, como á hermano.

O á el enemigo, como á enemigo.

Cuba sufre! Cuba se muere!

Y antes que se muera Cuba, muramos nosotros mil veces, si morir mil veces se puede.

¡Cuba es nuestra cuna!

¡Cuba es nuestra madre!

¡Cuba es nuestra patria adorada!

Cuba es y debe ser lo que más amemos sobre la tierra los que nos honramos con el nombre de cubanos!

—«Que el que no ama á la Patria ¡oh Cuba mía—no tiene corazón!»

Cada cual en su esfera; cada cual según sus fuerzas; cada cual según su talento, y todos abrasados de un mismo amor, el amor á Cuba, trabajemos

por el bien de ella y por su completa regeneración social.

Que el que á la Patria sirve, sirve á sus intereres.

Que el que á la Patria levanta, exalta su propia personalidad social.

Que el que á la Patria ama, ama á su familia.

Que el que á la Patria honra, se honra á sí mismo.

Y Cuba es digna de que sus hijos la quieran, de que sus hijos por ella se desvelen, de que sus hijos por ella se sacrifiquen.

El cubano que no ame á Cuba, no es cubano; es un miserable idiota, sin amor, sin corazón, sin conciencia, sin honradez, sin virtud y, si decirse puede, es una *bestia humana*.

Pero ¿puede haber cubano que no ame á Cuba?

¿Puede haber hijo que no ame á su madre siendo ésta toda belleza, toda dulzura, toda virtud, toda honradez, toda mansedumbre, toda santidad, toda resignación y amor?

Pues no puede haber cubano que no ame, que no adore á Cuba.

Y el amor se demuestra con hechos.

No solo con palabras.

Cuba sufre, Cuba tiene hambre, Cuba se muere; es preciso devolver la salud á la Patria; es preciso salvar á Cuba.

Salvemos, pues, á Cuba!

LA PATRIA

El que no ama á la Pátria, oh Cuba mia,
no tiene corazón!

LUISA P. DE ZAMBRANA

I

Sin pecar de modestos y jactanciosos, nos atrevemos á aseverar que los cubanos somos los más cosmopolitas y, quizás, los más patriotas de todos los hombres. Esto que, á primera vista, parece una parodoja, es una verdad irrefragable que la experiencia puede muy bien comprobar.

Nosotros, los nacidos en esta tierra, incomparablemente bella, nos allanamos á vivir en todas las latitudes donde el hombre encuentre condiciones de subsistencia, y nos asimilamos, por decirlo así, al medio ambiente en que habitamos,

sin grandes dificultades, ni esfuerzos superabundantes de esa mal llamada dualidad humana. Bajo las eternas nieves polares; en la cuasi asfixiante atmósfera de esas africanas tierras que caldean los abrasadores arenales del desierto; en las elevadas cumbres de los Andes donde los hombres, como las águilas y los condores forman sus nidos; en las subterráneas viviendas groelandesas ó en las ciclópeas de esos pueblos del Africa setentrional; donde quiera, en fin, en que no encuentre la naturaleza incompatible con la vida humana, allí vereis al cubano habitar, sin que su organismo se resienta grandemente. No sucede así á todos los hombres.

Las condiciones etnológicas son, para ciertos séres, indispensables condiciones de existencia; y á esto se debe el que las trasmutaciones de localidad, acompañadas de radicales cambios climatológicos y geográficos, suelan ser, en ellos, causa de funestas afecciones en lo físico y moral. Registrad la historia de todos los pueblos, antiguos y modernos, y vereis razas enteras desaparecer del haz de la tierra, al verse compelidas á traspasar las naturales fronteras de su patria, por no poder resistir las condiciones de vida del medio á que se vieron constreñidas á habitar.

La civilización bienhechora uniformando las costumbres; arrasando las fronteras; poniendo al servicio del Progreso, la electricidad y el vapor; trabajando incesantemente por llevar la unidad á la variedad, conseguirá en el trascurso de luengos, muy luengos años, hacer universal el cosmopolitismo; pero la idea de patria persistirá tanto como persistan los humanos corazones.

Antes dejarán de fulgurar en el alto firmamento esos miles de soles, fuentes de luz y vida; antes dejará de murmurar, con su eterno flujo y reflujo, ese jigante líquido que lame incesantemente nuestras riberas; antes dejará de gemir entre las hojas de árboles y plantas, de acariciar las pintadas florecillas, de rizar las cristalinas linfas de ríos y arroyuelos el mitológico dios Eolo; antes, en suma, desaparecería la vida de la materia cósmica, que la idea de patria desarraigara de nuestras almas.

¡Patria...! ¿Hay palabra más dulce, más armoniosa, que electrice más súbitamente las fibras todas de nuestro ser; que conmueva con más facilidad nuestras almas y reconcentre en nuestras entrañas toda la ternura, toda la energía que cabe en la humana naturaleza...?

No existe en el lenguaje de los hombres, como no existen en la fuente de sus sentimientos, vocablo ó afecto que nos haga sentir la inexplicable emoción que produce en nosotros la palabra Patria.

El corazón se inflama con inextinto fuego; hierve la sangre en sus vasos, la mente se exalta; la imaginación deslumbra; todo nuestro ser, en fin, se conmueve, se electriza, se agiganta, cuando la voz de la Patria llama á nuestros corazones!

El amor de la Patria es superior á todos los amores. En él se sintetizan todos los afectos, porque él es compendio de todas las afecciones. La Patria es madre de nuestras madres; parte integrante de nuestros organismos, sustancia de nuestra sustancia; ser de nuestro ser... Para ella y por ella son nuestras virtudes y nuestros afanes,

nuestras obras y nuestros desvelos, nuestros amores y nuestras solicitudes, todo cuanto somos y poseemos, porque ella es absolutamente indispensable á nuestro modo de ser, porque ella es, en una palabra, vida de nuestra vida.

La Patria es la tierra en que nacemos, el aire que respiramos, la sagrada bóveda que nos cobija, la Flora que nos encanta, las madres que nos llevan en sus entrañas, los padres, hermanos y amigos que nos aman, los conciudadanos que hablan nuestra propia lengua, tienen nuestras propias costumbres, se han desarrollado en las mismas comarcas, y viven nuestra propia vida, como las yemas, como las hojas, como las flores, como los frutos de un mismo arbol. Esta es la Patria!

II

Nosotros somos partidarios del cosmopolitismo, así como de todas las ideas grandiosas que tienden á estrechar los lazos de unión entre los individuos de esa gran familia humana. La Civilización y el Progreso, lejos de anular la idea de Patria, tienden á su engrandecimiento, y á hacerla más general, y converger á un solo foco, como los radios van á parar á un centro común, cuyo centro, cuyo foco es, en este supuesto, la Humanidad.

Siempre hemos creído que los exclusivismos son poco compatibles con la evolución expansiva de los sentimientos, y que se debe optar en bien del amor recíproco y universal, por ensanchar la idea de Patria, partiendo naturalmente de lo particular á lo general.

Insensato sería quien tratase con más solicitud y apego de la morada agena que de su propia morada, pero egoista fuera quien después de lo suyo, viese con menosprecio y apatía todo lo ageno.

Hecha esta salvedad, para que no se nos confunda con esas gentes de principios tan estrechos, como sus cavidades craneanas, de miras tan bastardas y antiprogresistas que amalgaman los generosos ideales con sus incipientes aspiraciones, siempre que su egoismo salga ganancioso en ello; seres moralmente tan pequeños; que de pequeñeces viven y entre pequeñeces mueren; pusilámines detractores de cuanto hay grandioso y sublime, tanto en el orden físico como en el orden moral; que de todo se asustan como histéricas mujeres; del progreso y sus ideas salvadoras huyen con invencible miedo cerval; hecha esta salvedad, decimos, pasemos á manifestar la influencia notabilísima que ejercen las costumbres en nuestra modalidad, como dicen los escolásticos.

Arráiganse de tal manera en el alma las primeras impresiones que experimentamos al comenzar la senda de la vida; nos hablan con tan arrobadora elocuencia las dulces ilusiones que nos forjamos en la primaveral edad de las pasiones; grábanse tan indeleblemente en nuestra imaginación los mil objetos que nos rodearon al alborear de nuestra existencia, los gustos y placeres que halagaron nuestros sentidos y se infiltraron en nuestra alma durante ese poético lapso que media entre la infancia y la edad viril; recuérdanse con tal encanto y hay tal tendencia á saborearlos siempre nuevamente, que ensánchase y regocíjase el ánimo á

cada repetida satisfacción, después de largo tiempo de abstinencia mortificadora.

Aquellos que, por voluntad ó mal su grado, dejaron los patrios lares por extranjeros países, donde los céfiros no susurran tan melodiosamente como los que embelesaron sus oídos en la tierra natal; donde el cielo no brilla con tanta magnificencia y diafanidad; donde las flores tienen menos perfumes y encantador colorido; donde los pájaros de pintadas y brillantes plumas, no surcan los aires, ni pueblan las frondas, ni alegran con sus suaves trinos; donde, en fin, no se percibe aquella palpitante encantadora poesía del lugar en que nacieron á la vida de la antropomorfia, á la vida de las sensaciones, á la vida del amor.

Nosotros que, por espacio de trece largos años, hemos vivido ausentes de esta Cuba tan querida, como la errante golondrina forzada á invernar lejos del paterno nido, nosotros ¡ay! hemos conllevado en el alma la nostalgia abrumadora de la Patria, y esa nostalgia no menos abrumabora del amor!

¡Cuántas veces en extranjeras tierras con lágrimas en el corazón, en esas eternas noches del tétrico invierno, cuando silbaba, como horrenda sierpe enfurecida, el cierzo en los cristales del balcón de nuestra alcoba; cuando la lluvia azotaba fuertemente las puertas y ventanas de nuestra morada y el alma parecía helarse, como se helaban algunas de las sustancias líquidas expuestas á la intemperie; cuántas veces, ah! en esas frías y eternas noches invernales, volaba la imaginación, con vertiginoso vuelo, hacia estas tierras de Cuba, donde vimos

la luz primera y donde habíamos dejado todo, todo lo que hemos querido más cordialmente en nuestra vida. ¡Cómo se representaban á nuestra fantasía las conmovedoras y dulces escenas de nuestros primeros años, de nuestros primeros placeres, de nuestras ilusiones, de nuestros primeros amores!...

La imagen venerada de la santa mujer que nos llevó en sus entrañas, y que la Parca nos arrebató en los primeros años de nuestra existencia; de aquella madre cariñosísima y previsora que nos enseñó, con sus consejos y máximas, y ejemplos, á cruzar el áspero sendero de la vida con la honradez por norma, la luz de la razón y de la inteligencia por norte, y el amor al trabajo, al estudio y á todo lo digno y bello por aliciente, la imagen adorada de aquella madre que amábamos con un amor sin límetes, rayano de la idolatría, nos acompañaba siempre y nos alentaba en esas amargas horas de desconsuelo y desfallecimiento!

¡Cuántos suspiros se escapaban de nuestro pecho al evocar algún dulce recuerdo de nuestros venturosos primeros años pasados en este bellísimo y poético rincón del mundo, donde corrieron fugaces nuestros risueños días infantiles, y donde todo parecía sonreirnos y hablarnos de amor!..... En alas de la imaginación nos trasportábamos á aquellos tiempos deliciosísimos y, ora corríamos por la verde y enmarañada *sabana*, llevando en una mano, untada á su extremidad, la traidora liga, la dorada vareta de *güin*, y en la otra mano, la rústica jaula de engañadora trampa; ora cogíamos silvestres florecitas, ó la sabrosa guayaba, la

astringente *pitahaya*, el lechoso *caimitillo* ó la áspera y melosa *guásima;* ya, armados de primitiva flecha, á semejanza de aquellos infortunados primeros pobladores de esta tierra, corríamos afanosos y crueles, tras el cernícalo lagartijero, el mayador *zorzal-gato* ó la inofensiva *aura tiñosa;* ya por las amenas y antes floridas orillas del anchuroso Sagua, en alegres excursiones íbamos, con otros compañeros de la infancia, buscando los escondidos nidos, los áureos *güines* de esbelto penacho, la cáustica *picapica*, ó nos zabullíamos alborozados en las cristalinas y bullidoras linfas; ya, caballeros en escuálidos jamelgos, visitábamos los pintorescos pueblecitos jurisdiccionales, no lejanos; ya, en pintado botecillo, bogábamos, con bulliciosa algarada y pueril ardor, río arriba, río abajo, ignorantes del peligro; ya... pero ¿por qué aún, al evocar tan dulces recuerdos, sentimos el pecho opreso, y una como indefinible sensación de pena, mezclada de placer, que nos conmueve con gratísima é inefable conmoción...?

Ah! Porque sentimos palpitar en nuestras entrañas, en todo nuestro ser ese amor de los amores, ese sentimiento matriz de todos los sentimientos, ese fluído magnético que corre por nuestros nervios, esa sensación indefinible que afecta á todos nuestros sentidos, el amor á la Patria, en fin, latente en sus múltiples manifestaciones.

No, no es posible olvidar la Patria por muy grande que sea la distancia que de ella nos separe, y largo el plazo de nuestra involuntaria ausencia. El amor patrio es imperecedero y superior á todos los amores. ¡Cuba! ¡Adorada Cuba!: ¿quién,

que haya nacido en tu materno seno, no ha de amarte con un amor purísimo ardiente, inmenso, avasallador?... Oh! tú, «sirena de los mares», poético edén americano, delicioso oasis tropical, cuna de mis amores, Patria adorada, yo te saludo con la misma ardiente efusión con que te adoro!!

NO DEBE MORIR

¿Qué fuera del individuo sin el instinto de conservación?

¿Qué fuera de la sociedad sin el amor á sus instituciones salvadoras?

¿Qué sería de la familia sin la mútua y fiel consagración á conservar inmanente el lazo de solidaridad de abnegadoras afecciones?

Las individualidades como las colectividades tienen el ineludible deber de velar por todo lo que las enaltece, las dignifica, las proteje, las sostiene, las humaniza, si vale la palabra.

Toda institución justa y noble es hechura del mejoramiento social.

Es engendro del Progreso.

Es una manifestación evidente de toda la depuración de la humanidad.

Toda institución digna y valerosa es un plantel docente de abnegaciones y heroismo.

Toda institución del hombre para protejer al hombre, es la sublimación de la bondad.

Y, por ende, todo aquel que sacrifica su reposo, sus comodidades, sus intereses y hasta su vida, en provecho de sus semejantes, ha bien de la humanidad.

Las instituciones creadas para fines humanitarias *no deben morir.*

La muerte de ellas sería la deshonra de los pueblos que tal consintieran.

Si institución generosa, digna y valiente existe en los países civilizados, es sin dubitación alguna, la de los beneméritos bomberos.

Bombero! Moral sinónimo de amor al bien; de abnegación; de honradez; de escepcionales virtudes.

El lema del bombero es: ¡todo para la humanidad y por la humanidad!

Su bandera es la bandera del Progreso.

Su lábaro, el lábaro de la civilización.

Su premio.... ah! su premio es la dulce satisfacción de su corazón generoso y valiente.

Y ¿deben morir instituciones vaciadas en el malde del heroismo, de la abnegación y de la virtud?

Respondan los pueblos cultos.

Pueblo de Sagua: el indiferentismo es un crímen, cuando afecta al amparo y bienestar de la sociedad.

El indiferentismo es un baldón, cuando mina la vida de nobilísimas instituciones; más claro, cuando las mata.

¡Pueblo de Sagua, tu Cuerpo de Bomberos no debe morir!

Su muerte sería tu permanente intranquilidad, tu desamparo; quizá tu ruina!

Tu deshonra.

El bombero es el más generoso de los heroes de la humanidad.

Pueblo que no proteje y honra al bombero no es pueblo agradecido; no es pueblo digno; no es pueblo culto.

Pueblo corroído por la ingratitud y el indiferentismo, tarde ó temprano recibirá su condigno castigo.

La muerte de sus instituciones será su muerte.

Y la muerte del ingrato es la más ayecta de las muertes.

Es la muerte del fruto.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN UN MEETING, EN CIFUENTES

Señores, señores: Agradezco con toda el alma esos aplausos, aunque no los merezco, y nunca, como en estos momentos, he sentido tanto no saber hablar para hacerme digno de ellos. No voy, pues, á pronunciar un discurso, porque, ya os lo he dicho, no soy orador; no voy á herir susceptibilidades, con mis conceptos, porque tengo entendido que los partidos políticos son la representación genuina de las individualidades que los componen é informan y mal podrían éstas adoptar procedimientos y expresiones que no estuvieran en harmonía con la educación social y política que han recibido.

El partido autonomista, como todos saben, está compuesto, en su inmensa mayoría de lo más cul-

to y educado del país y, aunque tiene grandes agravios y rencores que perdonar y eternos, implacables detractores y expoliadores que combatir, no puede olvidarse del respeto que á sí propio se debe y de que lleva escrito en sus banderas el honrosísimo lema de que *la tolerancia es la ley suprema del liberalismo.*

Seamos, pues, tolerantes; pero en todo aquello que no afecte nuestra dignidad ni aminore la energía de la propaganda por la reivindicación de nuestros derechos conculcados; por la justicia que nos asiste para exigir que se nos reintegre en la plena posesión de las libertades á que tenemos absoluta facultad de aspirar como pueblo digno de sentarse en el banquete de los pueblos cultos.

Pero una cosa es la tolerancia y otra cosa es la paciencia. No os aconsejaré yo que extremeis la paciencia, como os aconsejo que extremeis la tolerancia, porque, según el sentir de un pensador ilustre, con el que estoy de completa conformidad, «los pueblos en dilatado ejercicio de la paciencia suelen perder las nociones de su dignidad».

Si hemos heredado de nuestros padres todo el amor, toda la constancia, toda la fe, para saber luchar y vencer en las contiendas políticas, ¿qué mucho, pues, que nos hagamos dignos de nuestros progenitores?

Señores: ha diez y seis largos años que venimos subiendo el escabroso calvario de nuestra propaganda autonomista; ha diez y seis largos años que venimos apurando, hasta las heces, el amargo caliz de las decepciones; ha diez y seis largos años que venimos soportando que se nos arroje al ros-

tro la fea tacha de desafección á España, de enemigos solapados de la integridad nacional, de que queremos la Autonomía para que nos sirva de *puente de plata* para la independencia..... Ah!, señores, qué triste desconocimiento de nuestro modo de ser! El partido autonomista es un partido viril, es un partido honrado, un partido digno y tiene derecho á que se le crea. Nosotros no defendemos la independencia; nosotros queremos vivir felices y tranquilos á la sombra de la bandera española; si quisiéramos la independencia, no la defenderíamos en la tribuna, ni en la prensa, ni en la plaza pública, ni en el hogar de la familia; la defenderíamos allí donde única y exclusivamente se puede defender: en los campos de batalla con el machete en una mano y el revolver en la otra.

Pero, os repito, señores: nosotros no defendemos la independencia; nosotros no queremos la independencia; más claro, á nosotros no nos conviene la independencia.....

Los españoles—diré apropiándome y aplicando á mi propósito una gráfica y oportuna expresión de un distinguido poeta inglés—los españoles que vienen á Cuba, son, en política: «como esas aves medrosas que empollan huevos de águila, para después espantarse de sus crías». Ellos, que, allá en tierras de España, son grandes, exaltados, fanáticos patriotas, tan amantes y celosos de sus derechos y libertades pátrias, vienen á esta hermosísima tierra, que inflama y fecundiza con sus rayos de fuegos el reverberante sol de los trópicos; aquí donde bulle y abrasa los corazones la idea de libertad germinadora y cada pecho es un volcán de puro inextingui-

ble sentimiento patrio; vienen aquí se unen con indisolubles vínculos de amor á las incomparables cubanas... á esas mujeres tan bellas como el risueño alboreal de un hermoso día de primavera, á esas mujeres tan tiernas y castas como las tortolitas que viven entre las frondas; á esas mujeres tan candorosas y puras como los ensueños de un niño; á esas mujeres, en fin, que ni en lo físico ni en lo moral, ni en lo intelectual, tienen comparación con ningunas de las otras mujeres del mundo entero, por que son superiores á todas las mujeres de la tierra.....

Vienen aquí,os decía,se unen con los indisolubles vínculos del amor á las incomparables cubanas, y enjendran hijos tan exaltados y patriotas, como ellos, para luego, cual aquellas aves medrosas de que os hablaba, *espantarse de sus crías!...*

Mas, ah!, señores, que los cubanos, á pesar de nuestra exaltación, de nuestro fanatismo patrio, si así me permitís llamarlo, somos amantes y agradecidos y sabemos pagar con amor inmenso y eterna gratitud á aquellos, también fanáticos, que nos dieron el ser; pero sin dejar, por eso, de adorar con toda la efusión de nuestros corazones, con todo el ardor de nuestras entrañas, con todas las energías de nuestras potencias vitales á esta tierra bendita, tan bella como desgraciada, en que vimos la luz primera; á esta hermosísima tierra tan digna de mejores destinos; porque, ah!, señores, el amor á la patria es superior á todos los amores; el amor á la patria es la sublimación del amor!....

Èl es, él es el que exalta nuestras mentes; él es el que inflama nuestros pechos; él es el que corre y se

difunde, como chispa de eléctrico fuego, por nuestras venas, por nuestros nervios, por nuestro ser todo!.. y, para concluir, exclamaré con la dulcísima poetisa Luisa Pérez de Zambrana:

El que no ama á la patria, ¡oh Cuba mía,
No tiene corazón!

CARTA DE UN GUAJIRO

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR GOBERNADOR GENERAL

Excelentísimo señor: Perdone Vuecencia que un pobre campesino, nacido y criado junto al terruño y sin más instrucción que la del manejo del lazo y del machete, de la azada y del arado, se permita molestar la muy ocupada atención de Vuecencia, con esta desaliñada epístola.

En la dulce soledad de los campos y en la íntima comunión con la hermosa naturaleza, el alma se conserva pura, inmaculada, y dispuesta á expontanearse y explayarse con la más ingénua sencillez y la más cordial franqueza. El campesino es el único hombre que lo que tiene en el corazón lo asoma á los lábios á las menores incitaciones, sin parar mientes en las gerarquías sociales ni en el alcance que darse pueda á sus palabras. El

contacto íntimo con el terruño le democratiza y el mudo coloquio con la madre Naturaleza le acostumbra á hablar siempre el franco lenguaje de la verdad. Porque—como dijo el poeta:—«Porque, en estas soledades—donde la lisonja es muda,—solemos decir verdades,—sin freno en la lengua ruda—ni miedo á las..... *vaciedades.*»—Como V. E. comprenderá el poeta no dijo *vaciedades*, sino otra palabra en *ades* que yo no me atrevo á estampar aquí, porque no viene á cuento y por que me lo prohibe la Ley de Policía de Imprenta, vigente. Pero entremos en materia:—Según un *literato muy leído y escribido*, que viene de vez en cuando á enseñármele la cartilla á los chicos, leyó en un papel de esos que llaman periódicos, leyó que V. E. ha sido, al fin de tantas vacilaciones del Ministerio, nombrado Gobernador, en propiedad, de esta mísera Insula que ha visto pasar por su Gobernación tantos Sanchos como Quijotes la han explotado. Ojalá que Vuecencia posea el sentido práctico, recto y justiciero del escudero famoso Gobernador de la Barataria, que aplausos, no le faltarán; así como censuras llovérán sobre Vuecencia si sigue las funestas huellas de sus antecesores. Y en puridad de verdad que ya me van entrando comezones de aplaudir á Vuestra Excelencia, aunque no sea más que por aquello del descubrimiento del escandaloso fraude en esa Aduana. La pasión de partido no priva del aplauso que siempre tributarse debe á la honradez y recta energía de los que mandan.

Créame Vuecencia, Excelentísimo Sr.: á los cubanos hay que comprenderlos, y, una vez com-

prendidos, se saca de ellos por las buenas, cuanto se quiere: hasta que aplaudan lo que aplausos no merece; hasta que amen á aquellos que se permiten el *lujo* de aborrecerlos y denigrarlos. ¿Qué quiere Vuecencia? nosotros somos así, á la buena de Dios; á la pata de llana! Y nuestro capital defecto es enseñar hasta los más ocultos rinconcitos de nuestros corazones, en cuanto se nos agasaja con verdadero ó falso cariño, ó se nos provoca, y pica el exajerado amor propio que nos domina. Yo siempre lo he dicho, Excelentísimo Sr.: los gobiernos de la Metrópoli no saben ni esto (perdone Vuecencia el modo de señalar) en lo que respecta á Cuba y los cubanos. ¿Quiéren los gobiernos españoles saber cuanto pensamos en pró ó encontra de España? Pues libertad absoluta de imprenta y de palabra. El cubano no entiende de falsía; ni de diplomacia; ni de ocultar sus sentimientos favorables ú hostiles; ni de pasar la mano con fingido cariño para clavar mejor el puñal por la espalda; ni de poner cara risueña al que ódia; ni de aparentar lo que no siente; ni de fingir lo que le desagrada. Si quiere la paz, porque la paz le conviene, se desgañita gritando: ¡Viva la Paz! Mas si tanto se le fuerza; si tanto se le aprieta, si tanto se le veja; si tanto se le coarta; si tanto se le denigra; si tanto se le esclaviza; si tanto se le COMPONTEA, se subleva su dignidad de hombre, su dignidad de ciudadano, su dignidad de padre, hijo, hermano, esposo ó patriota y comete la inconveniencia anti-política de anticiparse en palabras á sus supremos designios futuros.

Porque el cubano tiene el corazón de niño y el

alma poco reflexiva cuando la pasión lo domina. Yo siempre lo he dicho, Sr. Excelentísimo: si las Excelencias de España nos comprendieran á fondo, sería cosa de ver á los cubanitos, á la menor coyuntura, por esas calles de Dios, al són del himno de Riego, dando gritos de ¡Viva España!

Pero ¡ah! que si los cubanos se quejan de que algunos burócratas roban cínicamente, se encausa á los que..... se quejan y cada vapor correo viene cargado de más ladrones.

Si se quejan de que los secuestradores y bandidos campean por sus respectos, en vez de exterminar á los bandidos y secuestradores, se da á los hombres honrados COMPONTE por todo lo alto y por todo lo bajo.

Si gritan ¡Viva España!, son unos malos hijos, hipócritas, falsos, embusteros, que invocan el nombre de España, para mejor ocultar sus negros designios.

Si no se acuerdan, para nada, del nombre de España, ¡ah! son unos ingratos, infames patricios, hijos espúreos, bivoreznos, mambises solapados.

En fin, Sr. Excelentísimo: Ya esto es demasiada tirantez y abuso. No hay situación más triste que la nuestra. Si elogiamos, malo; si censuramos, malo: si callamos, malo; y siempre malo, y malo, y malo. Y hasta del aire se nos quisiera privar, porque el aire corre con libertad. Yo quiero que V. E. me diga ¿qué pueblo del mundo, por sufrido que sea, puede compararse en paciencia con el pueblo cubano? Y aún se quejan algunos descontentadizos! ¡Ah!

Pero ya ésta carta se va haciendo demasiada

larga; Vuecencia debe estar muy ocupado en reprimir el fraude y poner coto al COMPONTE, (que ya es hora) y no quiero importunar más por hoy. Con el debido respecto á la autoridad.

B. L. M. á V. E.

Pedro Pérez Perera.

Potrero del «Desengaño», 24 de Octubre de 1887.

(CARTA SEGUNDA)

Excelentísimo Señor: No sé si Vuecencia habrá leído mi anterior epístola; pero con las muchas ocupaciones de Vuecelencia y la insignificancia de mi persona, casi casi asegurar puedo que nó. Sin embargo, no es ese motivo para que yo desista de escribir á Vuecencia por segunda vez, porque si bien abrigar debo la seguridad de que tampoco leerá ésta, cábeme la satisfacción de que otros la leerán y formarán los comentarios que tengan por conveniente.—¿Quién había de decirme, cuando escribí mi primera epístola, que hubiera de desarrollarse de tan desaforada manera, la *epistolomanía?* Ya nadie se escapa de que le endilguen su correspondiente cartita. Y hasta á mí, pobre é insignificante guajiro, metido en este Potrero de

mis pecados, hasta mí, señor Excelentísimo, se han dignado, algunos escribidores de cartas, distraer con sus lucubraciones pidiéndome... qué se figura Vuecencia que me piden? ¿Sin duda gollerías? Pues nó, señor Excelentísimo. Me piden nada menos que «ya que estoy en comunicación epistolar con Vuecencia....»; que «ya que soy amigo de Vuecencia...» (Esto lo dirán sin duda por aquel simulacro de elogios á Vuecelencia, por lo de la Aduana; porque en puridad de verdad, yo ni he visto á Vuecencia en mi vida, ni conozco á Vuecencia más que para servile, como decimos por estos campos.) Pues como iba diciendo: me piden señor Excelentísimo, los unos que suplique á Vuecencia que rebaje las contribuciones, como si Vuecencia pudiera hacerlo; los otros que ruegue á Vuecencia que expurgue los campos de tanta sabandija que cae sobre los pobres labradores á chupar el fruto de su sudor, como pulgas á viejo perro flaco, aunque sea mala la *comparanza*; los de más allá, que impetre por los clavos de Cristo (por aquellos clavos que invocaba un colega de Vuecencia en las armas, tratando de la inmoralidad administrativa en el Congreso español), que impetre, digo, de la rectitud de Vuecencia que la ley sea igual para todos, tanto para el grande como para el chico, y que el caciquismo absorbente no se imponga con cínico descaro, en detrimento del pobre trabajador; los de acullá me piden que ¡haga valer mi influencia para con Vuecencia!... (Y al llegar aquí no puedo menos de recordar con disgusto que cada vez que leo á mi mujer estas cosas, me dice con retintín y acompañamiento de tosecilla satírica:—«¡Ejem

¡Ejem! Date tonelete, Periquillo!....» Como si yo fuera culpable de la ignorante interpretación de mis escribidores! Ay! Excelentísimo señor: son tantas y tales las majaderías de los que me escriben, que hay con ellas más que suficiente para darse á todos los diablos inventados por los curas. Y perdone Vuecencia esta vulgaridad.

Pero lo que sí quiero decir á Vuestra Excelencia, y esto de mi cosecha, es que no dé de mano á la cuestión aquella de los fraudes en la Aduana y que el día que se presente oportuna ocasión, sin decir oste ni moste, y sin que lo sepa ni la misma camisa que Vuecencia viste, ponga Vuecencia sobre las armas su caballería y sorprenda á los *chocolateros* asando maíz, como decimos los guatíberos.

Pero que esta vez no se escapen y vayan á dar de rondón á la carcel pública, para escarmiento de ladrones, gloria de Vuecencia y satisfacción del pueblo honrado. Yo prometo regalarle á Vuecencia, si tal hace, el mejor potro que pára la yegua más hermosa que hay en toitíco el orbe terrenal. Ah! Ya estoy relamiéndome de gusto al ver á Vuecencia haciendo escarceos y caracoleando en el fermoso corcel, caballero á la gineta, y aclamado por el pueblo de la Habana, como al héroe vencedor de la inmoralidad administrativa en Cuba! Ya me parece oir el entremezclado acento de mil voces roncas de tanto gritar:—¡Viva el General Marín!—¡Abajo los ladrones!—¡Fuera los *chocolateros!*—¡¡Fueraaa!!—¡¡Fueraaa!!...

Ah! Carambolita! (Perdone Vuecencia esta guajirada.) Ahora caigo en la cuenta de que si bien

soy tardío en cojer la pluma, en *cuantico* me entusiasmo, allá van renglones donde vá mi gusto, y desembucho más palabras en un momento, que un diputado de oposición: pongo por caso el verboso orador antequerano don Francisco Romero Robledo.

Hasta otra oportunidad se despide de Vuecencia su s. s. q. b. s. m.

Pero Perez Perera.

Potrero del "Desengaño," Nbre. 28 de 1887.

CUBA Y SUS JUECES (1)

RECTIFICACIONES OPORTUNAS

POR

R. CABRERA

Habana.—Imprenta "El Retiro" Concordia

núm. 41.—1887

Impreso en magnífico papel, con elegantes caracteres elzevirianos y esmeradísima impresión, hemos leído con gusto, con verdadera fruición el precioso libro del señor Cabrera (D. Raimundo), libro de más de trescientas páginas y cuyo signifi-

(1) Accediendo á los deseos de algunos amigos, reproducimos aquí este juicio crítico.

cativo título sirve de encabezamiento á estas líneas. No sabemos qué admirar más en dicha obra, si el estilo facil, sencillo, galano y castizo, ó la alteza de miras, la concreción de las ideas ó la elevación y oportunidad de los pensamientos. Ni la pasión ofusca la mente del autor, ni la mente del mismo deja de concebir con precisión y calor las cláusulas más adecuadas que inspirar debe la pasión. Todo dicho y bien dicho sin apelar á dicterios y chocarrerías ó palabras mal sonantes impropias de quien, con razón, se estima en mucho y no se olvida, aún lastimado en lo más profundo del alma, no se olvida por un momento de que colocarse en el terreno del infame provocador que, tras el guante de la procacidad, arroja el cieno de la difamación á todo un pueblo hospitalario, es igualarse á aquel indigno difamador. El miserable cuyo nombre no seremos nosotros los que aquí estampemos, para no manchar nuestra pluma, el que ridiculiza, que injuria, que calumnia á un país donde se recibe con los brazos y el corazón abiertos á todo el que á él llega, y que, al calumniarlo tan villanamente, lo hace á 1,600 leguas, poniendo en cobro su persona, ni sabe lo que es gratitud ni sabe lo que es honor. Por lo tanto es incompetente para juzgar de la honra de otros. A escribidores de ese jaez no se les contesta, á críticos de esa calaña, no se les honra con la impugnación de sus groseras calumnias. Honrándoles mucho todavía, se le desprecia y si están á mano se les arranca la lengua difamadora.

El cubano que tolera que á las cubanas se las injurie grosera é impunemente, ni es patriota ni co-

noce la decencia; ni corre por sus venas la pura y noble sangre española: la sangre de aquellos caballeros y paladines para quienes el culto á sus damas era tan grande y santo como el culto á su Dios. El indigno escribidor peninsular que en ese asqueroso libelo difamatorio, en ese librejo "Cuba y su gente", mancilla á la mujer cubana, debe, antes de venir al mundo, haber tenido por claustro materno el vientre de una gitana.

Injuriadnos á nosotros, ahondad el puñal de la calumnia en nuestro seno, saciad vuestra sed de odio y venganza en nuestra honra de hombres, pero, por Dios, que no toqueis á la inmaculada reputación de nuestras mujeres, porque hasta las piedras de Cuba se levantarán contra vosotros, para aplastaros la cabeza, como á reptiles inmundos de babosa lengua corrosiva. Porque, para nosotros, por encima de cuanto hay en el mundo, están y estarán siempre las cubanas.

Calumniad, difamad, maldecid de nosotros, pisotead nuestro amor propio, heridnos con las armas más rastreras que querais, todo os lo perdonaremos si respetais á nuestras paisanas, si las ensalzais como se merecen ó si á lo menos vuestra lengua difamadora no se acuerda de ellas jamás para nada. Porque más las honrais no nombrándolas, que acordándoos de ellas aún para encomiarlas.

La hija de Cuba está muy por encima de cuanta calumnia, de cuanta difamación invente la saña de los malvados que muerden por morder, que hiren por herir, que denigran por denigrar y que, si no tuvieran el corazón de cieno, no se olvidarían de que para arrojar el fango putrefacto al rostro de

otro es necesario antes enlodarse las manos. La cubana está muy alto en el concepto de los hombres honrados en todas partes, diga lo que quiera el canalla que las insulta. Y si no, contestad por nosotros, españoles probos y dignos que aquí vivís, que aquí os habeis casado, y que amais á Cuba por ser cuna de vuestros hijos, y á las cubanas por ser las más santas, las más fieles, las más dulces, las más cariñosas y llenas de abnegación de cuantas mujeres pueblan la tierra.—Doblad, doblad, miserables detractores, doblad, las rodillas, que á mujeres tan superiores no se les habla de pie, porque venerándolas cumplimos con nuestro deber y honrándolas nos honramos á nosotros mismos.

Españoles decentes, ya seais, catalanes, gallegos, vascongados ó andaluces, etc.; españoles decentes, os conjuramos á que nos digais, con la mano sobre el corazón: ¿consentirías, impunemente, que un cubano atrevido calumniase y vilipendiara á vuestras madres, á vuestras esposas, á vuestras hijas, á vuestras hermanas, como vosotros también ellas peninsulares?—Nó y nó, de fijo contestareis. Pues—¡ira de Dios!—¿cómo quieren algunos mal llamados órganos de vuestra comunión política, cómo quieren que callemos con evangélica mansedumbre, cuando se injuria tan villanamente á las cubanas? Malhaya mil y mil veces el hijo de Cuba que no se revuelva airado contra el que denigra á nuestras hermanas, y no le arranca con el rastrero corazón cobarde, la hedionda lengua calumniadora.—Hijas de Cuba, despreciad, despreciad al cubano que, pusilámine y despreocupado, no salga siempre á vuestra defensa, y no de, si es ne-

cesario, la mísera existencia en aras de vuestro honor inmaculado.—Malhaya mil y mil veces el nacido en esta tierra, que oiga con cobardes oídos la odiosa difamación contra la honra de la cubana; malhaya el hijo de Cuba que lea sin exaltarse y enrojecer de coraje la más leve menguada calificación contra el puro honor de nuestras compatriotas; malhaya el hijo de Cuba cuyas manos permanezcan quietas al tener al alcance de ellas al vil detractor que os injuria y denigra y no lo desgañota como á un pato, ó le aplasta la cabeza como á la víbora, para que no haga más daño con su lengua difamadora. Ojalá que á los que tales cosas hagan, la Patria los rechace con desdén, el patricio digno les escupa el rostro y lo que, aún es peor, que vuestros labios de rosa, que vuestros labios de miel, si supieran maldecir,—hijas de Cuba —con enojo los maldijese y con desprecio los tratase. Que el cubano que no defiende á sus paisanas, maldito por siempre, maldito por siempre sea!.....

Pero ahora caemos en que nos hemos dejado llevar demasiado del entusiasmo que en nosotros despierta nuestro acendrado amor por nuestras compatriotas, amor que nos complacemos en afirmar que raya en idolatría y que es superior á cuantos amores pudieran halagar nuestro corazón. Sin ellas, las cubanas, no queremos riquezas, ni gloria, ni honor, ni vida. Todo por ellas y para ellas, y nuestra gloria y satisfacción mayor sería morir á los piés de una cubana, defendiendo denodados el inmaculado honor de todas ellas.

Perdónennos nuestros lectores si nos dejamos

llevar de nuestro apasionamiento justísimo y nos hemos olvidado que nos habíamos propuesto dar una idea sucinta del magnífico libro del señor Cabrera, titulado "Cuba y sus Jueces".—*Cuba y sus detractores* lo hubiéramos intitulado nosotros de tener el claro talento del señor Cabrera y habérsenos ocurrido la idea de impugnar á quien, más que otra cosa, se merece el más profundo desprecio por toda contestación.

Analicemos aunque sea someramente, con la debida calma la importante obra que nos ocupa. No seguiremos al autor en orden ni método, porque nuestro objeto capital es dar á conocer con verdadero encomio y como se merece la obra del señor Cabrera y recomendarla á nuestros lectores.

Tiempo hacía que no habíamos leído una tan cumplida defensa de Cuba y sus moradores como la que hace en su bello libro el señor Cabrera. Sin apelar á efectismos trasnochados, ni á frases de relumbrón, ni á pomposos atavíos de estilo, sino con el sencillo lenguaje de la honradez, con la lógica contundente de la verdad y el irrebatible argumento de los hechos que en su día registrará nuestra historia imparcial y justiciera, pone en evidencia las causas de que han derivado todos nuestros cruentos males y nuestras más acerbas decepciones. El libro del señor Cabrera debe ser leído por todos, españoles y cubanos, y especialmente por nuestros hermanos de la Metrópoli, que desconozcan ó no tengan un claro concepto de lo que es nuestra adorada Cuba. Hoy más que nunca, hoy que las pasiones políticas se des-

bordan con facilidad y la rivalidad é inquina de partido ofusca la razón y acalla á veces los nobles sentimientos del alma, hoy más que nunca es necesario, de absoluta necesidad, que el pueblo español, el genuino pueblo español, conozca al pueblo cubano tal como en la realidad es y no como se lo han pintado cuatro míseros burocratuelos despechados por haberles aquí descubierto su miserable rapacidad y torpe concupiscencia. Hoy más que nunca debemos los hijos de esta tierra hacer que nuestros hermanos de allende los mares sepan la verdad de lo que aquí pasa y que so color de integrismo y al grito de ¡Viva España! se trata de atemorizar á los tímidos y amordazar la prensa honrada, para que no descubra á la faz de la nación, el descarado latrocinio de la ingente y famélica turba de explotadores. Es preciso que en España no se repita la conocida cantaleta de que *á Cuba viene lo peor de cada casa*, como allí se dice; que aquí hay españoles dignos, nuestros padres, aquellos que nos dieron el ser y que con nosotros rechazan á esos prostituídos mercaderes de la honra, á esos ladrones del fisco, á esos hambrientos farsantes sin patriotismo ni pudor que hacen bueno el aserto de nuestro hermano de ultramar.

El libro del señor Cabrera debe ser con detención leído por todos cuantos se interesan de buena fe en conocer los asuntos de Cuba y las verdaderas causas originarias de su actual decadencia y postración. El libro del señor Cabrera es al historiador, al publicista y al periodista de suma necesidad para recordar á tiempo ciertos hechos y ciertos

datos que escapan á la memoria de sucesos recargada. Allí se registran en pocas páginas todo aquello que puede gloriarnos ó entristecernos, ya nos recuerde nuestro elevado nivel intelectual y moral, ya la odiosa saña con que se ha tratado de rebajarnos ante los ojos del mundo civilizado. ¡Cómo se espacía el alma al ver que, á pesar de los obstáculos con que la Tiranía y la mal querencia han tratado de detener nuestra marcha en el Progreso, no le va Cuba en zaga á ninguna, á ninguna de las provincias metropolitanas, en ninguno de los órdenes sociales, ni en ninguna de las esferas del saber. En las letras, en las ciencias, en las artes, en la política, en la industria y la agronomía hemos tenido y tenemos notabilidades que pueden enorgullecer al pueblo más avanzado de la tierra. La primera poetisa del mundo fué cubana; uno de los agrónomos más notable de América es cubano; algunos de nuestros *virtuosos* alcanzan honra y aplausos en París y Londres, en Berlín y Viena, en Madrid y San Petersburgo: el estadista más notable de la América latina, fué cubano; nuestros oradores distinguidos han arrancado aplausos en la tribuna más gloriosa y más grande de la tierra: la célebre tribuna española.....Pero á qué cansaros con nuestra torpe pluma? leed, leed en el libro del señor Cabrera y de seguro que nos dareis las gracias, agradecidos por el buen rato que habreis de pasar. Libros como ese se escriben pocos en Cuba y sus autores, por ende, merecen el aplauso y la consideración de todos sus compatriotas.

La Voz del Pueblo, desde este humilde rincón, envía su más cordial parabién al distinguido

cubano señor Cabrera, y se pone á sus órdenes para la mayor circulación de su preciosa obra tan encomiada. Porque obras de esa clase es preciso que las lea todo el mundo.

LA CONCIENCIA EN EL BOLSILLO

Hay seres tan misérrimos, que todo lo posponen á su medro personal!

A llenarse el estómago y el bolsillo!

Las ideas de Patria y Libertad son, para ellos, ideas vanas; palabras huecas: monadas que solo sostienen los cerebros hueros y corazones utopistas.

Ante un estómago lleno, se adormece el pensamiento.

Ante una bolsa repleta, calla la conciencia.

Lo esencial, para la vida, es el dinero.

Aunque obligue á arrastrarse por el lodo de la deshonra, para su adquisición.

¿Qué importa que se trafique con la virtud y el patriotismo, si, al fin y á la postre, se hace uno rico?

¿Qué importa la rechifla de la Sociedad?

. . . . . .

Miserables reptiles, cuya baba inmunda quiere manchar al hombre digno; rastreros esclavos de la degradación; seres adyectos, sin conciencia, sin pudor ni virtud: ¡fuera! ¡fuera de la sociedad!

Id á los bosques á habitar con los brutos y las alimañas.

Que el dinero que no se adquiere con el trabajo honrado, prostituye, infama.

Que el que se vende á las sotanas es un farsante!

El que comercia con su conciencia es un miserable!

El que desconoce sus deberes de ciudadano, es un ilota!

El que trafica con los derechos de su País es un parricida!

El que deshonra á su Patria es un bandido!....

Miserables reptiles, cuya baba inmunda quiere manchar al hombre digno.

¡Fuera! ¡Fuera de la sociedad!

LA GENTE NUEVA

Con este título nos proponemos publicar una serie de artículos crítico-biográficos sobre algunos de los jóvenes que más se distinguen en Cuba, en las ciencias, las letras y las artes.

La entusiasta falange de esa juventud ilustrada que, para honra de la patria, inmola sus bellos años en aras del saber, merece el aplauso de cuantos amen con sinceridad al país y su progreso en todas sus legítimas manifestaciones.

Consuela en medio de nuestras adversidades, ese movimiento de avance que, en la república de las letras, hemos observado en estos últimos años. El renacimiento literario de nuestra patria, debe llenar de júbilo nuestros corazones, y arrancar del alma ese pesimismo enervante que solo conduce al estancamiento de nuestra civilización.

Todos aquellos que sientan en su cerebro la lla-

ma bullidora del talento, deben refrenar algún tanto sus mundanales deseos, y consagrar su juventud al estudio, para bien de la patria, que ha menester de hijos pensadores é ilustrados, no de sibaritas, libertinos y danzantes.

La notable pléyade donde brillan los Varonas, los Cortinas, los Montoros, los Figueroas y otros ciento, bien puede servir de modelo á los rezagados amantes del saber, que, por fortuna, forman en nuestra tierra una escasa minoría. En fútiles diversiones y vanos amoríos se pierde un tiempo precioso que la patria llora con llanto de madre. Los placeres prostituyen el alma, el estudio la fortalece y purifica; la holganza relaja los sentimientos más nobles, el amor al trabajo, levanta al ánimo de su postración y al cuerpo de su decaimiento vergonzoso.

No negamos nosotros que la juventud necesite de distracciones; pero lo que no podemos ver sin indignación, es que, cegados por torpe y venial egoismo, nos entreguemos en cuerpo y alma á los placeres, olvidando lo util por lo agradable.

Si lográsemos conseguir despertar la emulación en nuestros jóvenes compatriotas con los modelos que, en desaliñado estilo, pondremos de relieve á sus ojos, satisfechos quedarán nuestros más nobles deseos y nuestro acendrado amor patrio.

Enrique José Varona.

Colocamos el primero en esta galería de retratos literarios, al más concienzudo, al más profun-

do y al más ilustrado quizás de nuestros modernos escritores cubanos.

Nació Varona en la simpática ciudad camagüeyana, capital de la provincia que ocupa el centro de nuestra Isla. Desde muy jóven se dedicó á la literatura y á la filosofía. Cábenos á nosotros la honra de haber dado á conocer algunos de sus primeros escritos en una revista de ciencias, literatura y artes, que en unión de otros compatriotas, fundamos y dirijimos en Barcelona, allá por los años del 74 al 75.

Sin temor de ofender susceptibilidades, podemos decir que es Varona el más profundo y castizo de nuestros prosistas. El corte clásico de sus períodos, la galanura de su estilo, que por lo atildado pudiéramos compararlo con el del autor de «Pepita Jiménez» y «Las ilusiones del Dr. Faustino», son comprobantes de nuestro anterior aserto.

En sus versos encontramos muchas bellezas de forma y fondo. No es la imaginación de Varona, fogoza como la de la mayor parte de los que han nacido bajo el reverberante sol tropical, ni soñadora como la de los que entre las nieblas han venido al mundo en los confines germánicos ó en la patria de Milton y de Moore. Sus poesías encierran algo de la profundidad de Goethe, del exquisito gusto de Heine y de la tersura que á nuestro Heredia elevó á la cumbre del Parnaso. Con todas estas cualidades bien podría Varona ocupar uno de los primeros puestos entre los que hoy cultivan el lenguaje de los dioses en este risueño Edén americano.

Pero no sucede así, porque nuestra sociedad es-

tá todavía más apegada á la sonoridad del verso que á la brillantez y profundidad de los pensamientos. Nosotros, los cubanos, lo sacrificamos todo en poesía al ritmo y cadencia de los vocablos, á las imágenes deslumbradoras y á la armonía del conjunto. Todo para el oído, poco ó nada para la inteligencia. Sucede á la poesía, de nosotros predilecta, lo que con la música italiana que porque halaga más el oído desde las primeras audiciones la ponemos por encima de la alemana, sin disputa la más grandiosa de todas.

Hay, sin embargo, muchos de nosotros, criados lejos del *siboneismo* antiguo, que por desgracia todavía impera en algunas de nuestras familias, y que, depurado su gusto con el consejo y ejemplo de otros hombres y otras costumbres, rechazan el empalagoso abuso de tanta *miel hiblea* como derraman en sus versos ciertos poetas. Y está tan arraigado este mal, que deploramos, que críticos serios no titubean en llamar prosáicas las composiciones poéticas en que no abunde la sonoridad, como cualidad *sine cua non.*

En la infancia de los pueblos, como en la infancia de los hombres, la poesía que halaga al oído y las pasiones, es la que más admiradores cuenta. Sucede, por lo contrario, que á medida que va depurándose el gusto, refinándose el órgano auditivo, y predominando menos en nuestros juicios las impresiones de la imaginación, la poesía se hace más armoniosa y estética, más sencilla y profunda, menos pedante y abundosa, y más digna de la actual civilización. Nosotros, hoy, rechazamos ese fárrago de voces melosas, de imágenes

meteóricas y tropos *ociosos* para expresar un sencillo pensamiento. ¡Cuanto más bello, más breve y halagador es el sistema que va ganando simpatías en nuestros modernos vates: el sistema de la concisión que tanto admiramos en las baladas alemanas.

Nuestros antiguos poetas nos regalaban versos á granel, para describir los ojos ó la boca de una beldad, como si el mérito consistiese en el tamaño *quilométrico* de la composición y en la sonoridad de las dicciones. ¡Error, error crasísimo, que ojalá quede para siempre desterrado de la poesía cubana!

Nosotros creemos que uno de los poetas que más facilidad tiene para las composiciones *becquerianas*, es sin disputa Varona. Ved, sino, la breve y bella *rima* que transcribimos:

PENSAMIENTO

Púseme á contemplar la noche oscura
Y la ciega extensión me dió pavura.
Quise sondar el corazón humano,
Y al entrar en la sombra tenebrosa
De tan profundo arcano,
Me pareció la noche luminosa.

Pasa con los poetas de imaginación *aluviónica* lo que con los árboles de excesivo follaje: mucha hoja y poco fruto. En las poesías de Varona puede decirse lo contrario, mucho fruto y poca hojarasca. Nos atrevemos á suplicar á nuestro dis-

tinguido compatriota que no abandone el campo de la poesía, á donde pudiera acarrear gran número de esos profundos pensamientos poéticos, que en su mente de filósofo hormiguean. A la parte insustancial de nuestra juventud puede que gusten ménos sus composiciones poéticas que las de sendos poetastros á quienes en sus versos (?) se les puede aplicar lo que dijo un vate muy conocido:

Palabra trás palabra colocada
El oído halagar sin decir nada.

Pero la opinión de tan insulsos jueces no debe hacer mella en quien está tan alto por su talento.

Como filósofo, aun raya Varona á mayor altura que como poeta. Pensador profundo y perspícuo, vé con los ojos del genio la pequeñez ó grandiosidad de la humana sabiduría é invade con el potente telescopio de su razón investigadora las nebulosidades á donde no alcanzan los ojos miopes de inteligencias comunes.

Si la índole de nuestro periódico se prestase á disquisiciones abstrusas, ésta sería la ocasión propicia para entrar de lleno en el enmarañado bosque de la filosofía, al apreciar las aptitudes de nuestro distinguido compatriota.

La generalidad de las gentes opina que los estudios filosóficos solo corresponden á los predestinados por su talento é ilustración para saborear ese

poco digerible *manjar de dioses*. La filosofía, por lo contrario, se va vulgarizando, como vulgarizándose ván las ciencias todas. Ningún hombre medianamente ilustrado debe rechazar los conocimientos filosóficos, sin caer en el ridículo por que pasaba el personaje de «Le Bourgeois gentil homme» de Molière que *hacía prosa sin saberlo*. Todos *hacemos* en nuestras discusiones científicas, *filosofía quizás sin saberlo*.

Tres son las escuelas filosóficas que tratan de disputarse el predominio en la sociedad de nuestros días. La escuela positivista de Augusto Compte, reformada por Littré; la psico-física á donde ha ido á parar la parte más granada del kraussismo; y la materialista, francamente materialista, que cada día va ganando más prosélitos entre los hombres de ciencia.

Si Varona dedicara su conspícuo talento en propagar la que, para nosotros, es fuera de toda duda la mejor, por contar con el apoyo de las ciencias experimentales, creemos que no tardaría en arraigar en la inteligencia de la bien dispuesta juventud de nuestra tierra. No obstante, no nos pesa que el positivismo de Littré ó las ideas sociológicas de Herbert Spencer adquieran partidarios entre nosotros, porque entre el positivismo y el materialismo no hay más que un paso.

Varona como orador no brilla en primera línea entre los oradores políticos, porque su elocuencia es más bien académica que tribunicia. Su palabra es persuasiva y suave, su ademán noble y reposado, su frialdad poco exaltadora. Pero está llamado á recoger muchos lauros de los que aman

las verdades filosóficas y el esplendor y pureza del habla castellana.

Como patriota es el joven filósofo modelo acabado de virtudes cívicas: además puede citarse como dechado de costumbres puras, amante sincero del progreso patrio y consecuente con sus ideales políticos que respetamos.

Varona, como poeta *moderno*, prosista correcto, filósofo profundo, orador elocuente y patriota desinteresado, merece, sin duda alguna, bien de la patria y la admiración y el aprecio de sus conciudadanos.

REFLEXIONES

El hombre, ser eminentemente sociable, necesita vivir en comunidad con sus semejantes, para trabajar con provecho en la obra de su mejoramiento físico, moral é intelectual.

Las leyes ineludibles á que se encuentra sometida la materia, impulsan al átomo á buscar otro átomo símil, para formar la molécula; á la molécula á buscar otra molécula; y así sucesivamente hasta llegar al antropomorfismo que es, sin duda alguna, la sublimación de la materia.

Compelidas por los vientos se buscan en la atmósfera dos nubes cargadas de electricidad, chocan, y producen el relámpago que ilumina y el rayo que mata. De igual modo impelidas en el cerebro humano dos corrientes de ideas, producen al chocar el fulgurante relampagueo del raciocinio, y el rayo de la palabra que, llevando la convicción

á nuestros semejantes, aniquila el error y las preocupaciones, rémoras del progreso humano.

La reunión de incalculable número de átomos luminosos da ser á esos soles que hormiguean en la vía láctea. La aglomeración de infinitas gotas de agua forman los mares. Así también, esos radiantes soles de la inteligencia, que llamamos genios, son debidos á un asombroso caudal de ideas.

Esos cerebros previligiados, verdaderos oceanos insondables, se desarrollan con la afluencia contínua de materia fósforica, la cual engendra á su vez los fenómenos que los espiritualistas llaman psicológicos.

Como se suavizan las costumbres, mediantes el trato social, suavízanse así las asperezas intelectuales poniendo nuestra inteligencia en contacto con otras inteligencias.

Jamás por una falsa ó mal entendida modestia, jamás por un temor pueril á que se nos atribuyan pretensiones desmedidas y fuera del alcance de nuestras facultades, jamás, repetimos, por tales futilezas, debemos cohibir el vuelo á nuestras aspiraciones, ni á nuestra indagadora inteligencia, para espigar solamente en el campo de los grandes maestros. Es preciso dejar los andadores, y hacer los primeros pinitos intelectuales, sin vacilaciones ni cobardía.

Como el ave que, en cuanto confía en la fortaleza de sus alas, surca los aires en ráudo vuelo, así la inteligencia osada debe cruzar el eter radiante de la verdad en busca de nuevos y más dilatados horizontes.

No nos detengamos por absurda pusilanimidad

en los umbrales de las ciencias. No creamos como verdad inconcusa, lo que han proclamado hombres eminentes, porque las eminencias intelectuales también suelen equivocarse. Meditemos, pesemos, en la balanza de nuestra razón, cuanto creamos digno de examen.

Desechemos ó aprobemos aquello que nuestra razón apruebe ó deseche, siempre con la añuencia de un recto criterio. Pues, sólo así, daremos pruebas de verdadera independencia.

Cuando nuestra razón desapruebe una *verdad*, admitida como tal por la mayoría de los hombres, no la aceptemos á ciegas, como una imposición á nuestra conciencia.

Lo que no se comprende no debe admitirse sin reflexión.

La libertad de pensamiento, en el hombre de sano criterio y clara inteligencia, es la enemiga mortal de las preocupaciones, y la norma más sagrada de la conducta del género humano.

No pensar en su propia inteligencia, no raciocinar con su propia razón, es negarse á sí mismo el derecho de participar de las grandes verdades. Y el que de ese modo no proceda, debe alejarse por completo de todo comercio intelectual, por incapaz é indigno de lo que más enorgullece al hombre: *la posesión de la razón!*

PLANTELES DOCENTES

I.

La deficiencia de la enseñanza de nuestras escuelas merece llamar la atención de los hombres pensadores, cuyas miras propenden al adelantamiento de nuestro País.

Conviene sobre manera que todas las buenas voluntades converjan á punto de tan capital trascendencia, para elevarnos al nivel de las más cultas poblaciones europeas.

El rutinario sistema de inculcar las nociones más rudimentarias del saber, seguido aún en nuestros días, debe desecharse por absurdo, por contraproducente, por enbrutecedor. Perdónesenos la dureza del vocablo, pero cuadra perfectamente á lo que tratamos de desprestigiar.

La nobilísima misión de enseñar al que no sa-

be de educar á la juventud, y de preparar la infancia á recibir el agua regenadora de la instrucción, debe ser más retribuída, más considerada por los pueblos que deseen ingresar en la comunidad de las naciones cultas. El grado de civilización de un país se aprecia por el estado de los que militan en las filas del magisterio.

Los pueblos que abandonan al maestro al hambre y la miseria, arrastran vida lánguida y miserable ellos también!

Los organismos sociales, que en la noche del oscurantísimo viven, son como las entidades físicas, faltas de luz y calor. La anémia moral é intelectual los consume, ó el raquitismo intelectual y moral los degenera.

Las sociedades que relegan la instrucción popular, y entréganse en brazos de enervadora holganza, están condenadas á ser oprobioso baldón de la raza humana.

Los pueblos que aman el Progreso con todas sus legítimas y trascendentales consecuencias, deben rendir un fervoroso culto á la instrucción.

La felicidad de las naciones estriba en el *desarrollo cerebral y corporal* de sus individualidades. Bajo la presión de la atmósfera de la Moral, se crían sanos y robustos los organismos; y á la luz y calor de la Instrucción, aumenta el volumen de las masas cerebrales, y, por ende, el desenvolvimiento de las llamadas facultades anímicas.

Hoy, que la mayoría de las naciones alienta y renumera con noble entusiasmo los loables esfuerzos del magisterio, los pueblos rezagados se hacen acreedores al desprecio y la ignominia. Pero no

basta solamente alentar á los instructores, es necesario exigirles que con el Progreso vayan, y en el Progreso se inspiren. Quedar estacionarios, apegados á antiguos sistemas, equivale á contribuir inconscientemente á degenerar lo que de regenerar se trata

El acto de inculcar principios absurdos ó nocivos, es tan vituperable, como relegar al olvido la instrucción.

El sistema antíguo de hacer desenvolver la memoria, sin preocuparse de la inteligencia, ha dado, por desgracia, sus frutos en nuestra tierra. El excesivo desenvolvimiento de la imaginación y la memoria, produce un desequilibrio intelectual. En la historia de nuestro País contamos, doloroso es decirlo, con muchos hombres de imaginación, y escasos pensadores profundos. No es la culpa solo de nuestra situación geográfica, éslo, sobre todo, de nuestra deficiente y sistemática instrucción popular.

II

Uno de los sabios más conspícuos de nuestra época, el célebre Herbert Spencer, persiguiendo el ideal de la perfectibilidad humaua, dotaba á los amantes del saber con una obra tan notable y beneficiosa, como agena de pretensiones. Dicha obra «fué publicada, en forma de artículos, en las «*Westminster Review, North British Review y «Quarterly Review*. Mas tarde [en 1861] reuni-«dos en un volumen los susodichos artículos dieron, «en muy corto tiempo, la vuelta al mundo». Hoy

está traducida á casi todas las lenguas, y no hay institutor que la desconozca, y en ella no se inspire.

Herbert Spencer ataca allí al pernicioso sistema de enseñanza que en los planteles docentes de Inglaterra se ha seguido. Con ese tino propio del observador profundo, expone los desaciertos que informaban al arte de enseñar, y aún lo informan, por desgracia, todavía.

Ataca, con desusado brío, el sistema de aprender sólo de memoria, porque, como dijo muy cuerdamente Montaigne: *Savoir par cœur n'est pas savoir.*

Dichosos países aquellos en que los hombres de tan sobresaliente mérito levantan su autorizada voz, para combatir la arraigada rutina y el torpe doctrinarismo!

Filósofos de la talla de Hebert Spencer no pueden abstraerse en las nebulosidades metafísicas.

Desde Platón á Agustín, obispo de Hipona; desde Tomás de Aquino á Balmes y á Cousin, la metafísica perdiéndose en el inextricable laberinto de una fraseología ampulosa, de abstrusas disquisiciones, de escolásticos sofismas, cuidábanse poco ó nada de rendir pleito homenaje á las ideas progresivas.

La filosofía moderna va haciéndose cada vez más práctica, y sus adeptos, por lo tanto, más útiles al progreso de la humanidad.

La gloriosa pléyade de filósofos más ó menos apegados á las doctrinas de Augusto Comte y Littré; á las filosófico-científicas de Darwin y Ernesto Haeckel, y á las más avanzadas del materialismo contemporáneo, á que está afiliada la mayor

parte de los hombres científicos europeos, trabaja incensantemente por reformar la sociedad tan plagada de errores y conducir la enseñanzaa por los senderos de la razón y la verdad.

Pero el digno esfuerzo de tantos sabios tropieza con el poco apego de los gobiernos á difundir las luces del saber, por miras tan bastardas como mezquinas.

En la nación más grandiosa de nuestros días, en la que tantos prodigios se han realizado, en los Estados-Unidos del Norte de Améirca, Horace Mann, trabajando con noble entusiasmo por la reforma de la enseñanza primaria en el Estado de Massachussetts, puso la primera piedra al edificio del engrandecimiento intelectual de su patria. Los filósofos Emerson y Draper no le van en zaga á su digno compatriota.

Francia, despertada de su letargo, pugna por ponerse á la vanguardia de las naciones europeas en la gloriosa cruzada de la civilización. Sus apóstoles del saber predican en pro de la *enseñanza laica, gratuita y obligatoria.* ¡Loados sean sus generosos esfuerzos!

Don José de la Luz Caballero en Cuba y Locbe con sus «Pensamientos sobre la educación de los niños.» Tomás Wyse con su «Treatise con Educatión Reform» Herbert Spencer con su Educación física, intelectual y moral» en Inglaterra; Pestalozzi y Tellenberg, en Suiza; Froebel, en Alemania; Giner de los Rios (D. Francisco,) en España, y tantos otros, que sería largo enumerar, han consagrado su talento y desvelos al mejoramiento de la enseñanza.

Si algo valiera nuestro escaso entendimiento, si hacernos oir pudiéramos con nuestra desautorizada voz, nosotros clamaríamos un día y otro día, para que los hombres de perspícua inteligencia y de acendrado amor patrio nacidos en este Eden americano, trabajen sin tregua ni desaliento en reformar la enseñanza en esta tierra adorada, digna de mejor suerte.

Nosotros, desde este apartado rincón que riega el Sagua caudaloso, y donde vimos por vez primera la luz del día, nosotros labraremos la piedrecita que acarrear nos toca al aún no cimentado edificio de nuestra ansiada Regeneración.

III.

Probado está, con la inflexible lógica de los hechos, que la enseñanza, tal como hasta ahora se practica, carece de eficiencia para conseguir el provechoso fin á que se la ha destinado.

La mayoría del respetable cuerpo docente contemporáneo, ha sabido hacerse digna de su noble misión; pero no en todas partes encuentra el apoyo que ha de menester.

En nuestra isla, particularizando más en este pueblo, contamos con numerosos establecimientos de *soi-disant* enseñanza, y no paramos mientes en que le *nom ne fait pas la chose*. Decimos *sedicente enseñanza* porque (si no estamos mal informados) en casi ninguno de ellos se observan las reglas que en las naciones más cultas sirven de sólido

basamento al arte de la pedagogía.—Entiéndase esta palabra en su sentido etimológico.—

Aún recordamos con tristeza las dos escuelas en que aprendimos aquí, (en Sagua) las nociones de la enseñanza elemental y superior! Jamás olvidaremos el deplorable abandono, el absurdo sistema y la rigorista disciplina de esos establecimientos! Qué afán de recargar la memoria! qué prurito de entorpecer las inquisitivas disposiciones del niño! Esto, que parece propio de aquellos establecimientos, es peculiar también de los subsistentes.

Nosotros creemos con Herbert Spencer, que la enseñanza ha de partir de lo indefinido, á lo definido, de lo concreto á lo abstracto, de lo empírico á lo racional; que ha de ser, en pequeño, una reproducción de la civilización todo lo más expontánea posible, (*self instruction*), y, en fin, que ha de ir acompañada de placer.

«El método de la naturaleza es el arquétipo de los métodos», dice Claudio Martel. «El principio vital de la enseñanza—añade Wyse—es enseñar al alumno á instruirse por sí propio convenientemente».

Los celebrados «Jardines de la infancia» debidos al ingenio froebeliano prestan un concurso inapreciable al progreso intelectual. La antigua, la *displicente escuela*, como decía Milanés, va cambiando de forma á medida que cambia de sistema. Esos edificios antipáticos á los niños que hasta hace muy poco tiempo, eran un asqueroso remedo inquisitorial, porque los buenos de nuestros padres no comprendían que *la letra entra sin sangre*, fueron más bien centina de ciervos y oscurantistas.

Conviene trabajar por que marchen de consuno el desarrollo físico y el desenvolvimiento moral é intelectual.

Es preciso que las escuelas sirvan para formar ciudadanos útiles á su patria, á la humanidad y á sí mismos.

EL JUEGO

El vicio más infando de todos los vicios; el que relaja más fácilmente los vínculos sociales y de la consanguinidad; el que transforma al hombre, y lo conduce inconscientemente al abismo de su perdición, es, por desgracia, el tan arraigado vicio del juego.

¡Cuántos crímenes se fraguan en el inmundo local donde los hombres se despojan mutuamente de sus ahorros y el pan de sus hijos!

¡Y luego se dirá que el jugador no es un ladrón!... No hay juego sin trampa: el que juega con trampa es un fullero, y el jugador fullero es un bandido, un miserable!

Nosotros acostumbramos llamar á las cosas por su verdadero nombre. Quédense, en buen hora, las perífrasis y metáforas, para los asuntos dignos

de flores retóricas, y no para vicios que son la gangrena de las costumbres sociales.

***

Ved aquel hombre de torva mirada y rostro macilento.

Sale de una casa tan oscura por dentro, como su conciencia.

Esa casa es un garito.

En ese garito perdió los escasos restos de su fortuna.

Allí aprendió á apropiarse lo ageno por medio de la astucia y el dolo.

Allí, en aquella atmósfera viciada, empezaron á contaminarse su cuerpo y su conciencia.

Allí se dejó dominar por la enervadora holganza...

Vedle apostarse en la sombría esquina.

Con mano febril acaricia el mango de un instrumento homicida.

Rechina los dientes con furor. Cruje de rabia.

Y espera.

Como el tigre feroz se oculta en las malezas de la India, acechando la indefensa víctima de su insaciable sed de sangre, así aquel hombre aguarda á otro hombre!

Horrible imprecación brota de su boca.

Satánica sonrisa contrae sus exangües labios.

Su mano convulsa comprime el puñal, que esconde entre sus ropas.....

Escuchad!

Se oye ruído de pasos.

Otro hombre se acerca.

Es un padre de familia que va á la farmacia cercana con una prescripción facultativa, para salvar de las garras de la muerte á un hijo de sus entrañas.

Ved!.....

Ya llega!.....ya se acerca!.....

Y, súbito como el rayo, le detienen nervioso brazo y la acerada punta de un puñal.

Una demanda de dinero y una negativa parten respectivamente de uno y otro hombre.

Y, á seguida, óyese un ¡ay! desgarrador y el pesado golpe de un cuerpo que da en la dura tierra.

Un hombre huye despavorido.

Y otro hombre se debate en las ansias de la muerte, balbuceando nombres de seres adorados.

Dos familias desgraciadas lloran al siguiente día.

La una en la orfandad y la miseria!

Y la otra víctima del hambre y la ignominia!

El asesino también era padre!

Tenía esposa é hijos que, aunque le creyeron descarriado, nunca se lo figuraron tan criminal, que despojar osara de la vida á un ser semejante, por un poco de oro.

Y á pesar de que aquellos hijos y esposa sólo recibieron, del jugador y asesino, malos tratamientos, desprecio y abandono, maldiciendo el vicio, tuvieron siempre lágrimas para el vicioso.

* * *

Volved la vista hacia la plazuela inmediata.

¿No veis aquel otro ser desgraciado que tambalea al andar?

Harapienta turba de chiquillos le rodea.

¡Cómo le gritan!

¡Cómo le empujan!

¡Cómo le pegan!

Y todo ¿por qué?

Su faz abogatada, su boca contraída y asquerosa, su mirada incierta, el temblor de sus carnes, su andar vacilante, su anticipada vejez, signos inequívocos son de su deplorable estado.

¡El *delirium tremens* lo llevará al sepulcro!

Ese hombre era un honrado hijo de familia.

Jugó!

Volvió á jugar!.....

Y se envició en el juego!

Privado de dinero por los que le dieron el ser, les robó y maltrató.

Corrió al garito.

Jugó el producto de su vandálico proceder.

Y nuevamente perdió.

Quiso acallar los gritos de su conciencia, saturando de alcohólicas bebidas su organismo.

La idiotez invadió su cerebro.

El delirium tremens lo matará.....

Vedlo.....

Loco furioso lo llevan!

La camisola de fuerza le ponen!

Grita, insulta, arroja inmunda espuma por la boca; ahullidos horribles se escapan de su pecho; se muerde la lengua con furor. La rabia va cediendo paulatinamente; el estertor de la muerte

se escucha, se contrae y sucumbe víctima del alcoholismo!.....

* * *

Y el vicio que á tal estado conduce ¿no ha de merecer las acres censuras de los hombres honrados?

Malhaya, por siempre, el juego, la sociedad que lo tolere y el gobierno que no lo reprima!

INCINERACION DE LOS CADAVERES

Las preocupaciones son la rémora de todas las mejoras y los progresos humanos.

La ignorancia es madre de las preocupaciones.

Desarraigar la ignorancia del seno de las sociedades, es proporcionar á los hombres el dulce goce de saborear los sazonados frutos del Progreso bienhechor.

Pasaron, para no volver, los inquisitoriales tiempos en que era un crimen no doblegarse al infamante *statu quo* que predicaba y defendía la menguada cohorte de ignaros oscurantistas.

Pasaron, para no volver, aquellos tiempos de torpezas y divagaciones.

Tiempos nefandos en que el Pensamiento humano, aherrojado á las plantas de caducas preocupaciones, no osaba, pávido, levantar el vuelo á

las purísimas regiones de la Ciencia, donde brilla esplendoroso el augusto sol de la Verdad.

Mas, por desgracia, todavía nos quedan importantes restos de las añejas torpezas y debilidades que informaban el modo de ser de nuestros pacatos abuelos, y que ellos recibieron á su vez, como triste legado, de los siglos que ya fueron.

Obreros de la inteligencia, hombres de sano corazón y de conciencia inmaculada y recta, á vosotros toca combatir sin tregua en el estadío de la prensa, la estulticia y preocupaciones sociales.

Que así será más rápida y fructífera la marcha del progreso humano.

I

En casi todas las naciones cultas, va ganando terreno la cremación de los cadáveres. En Italia, Francia, Alemania, Bélgica, etc. cuenta con ardentísimos partidarios. ¡Y en pocas partes sería tan beneficiosa, como en este nuestro desventurado país!

Aquí, donde la naturaleza se ostenta henchida de encantos; donde el seno de la madre tierra nos ofrece pródiga tesoros inagotables; donde el vivificante astro del día brilla con toda su magnificencia, azucarando los codiciados frutos de nuestros feraces campos; donde la refrigerante brisa, con hálito perfumado, aplaca los rigores de la estación estival; aquí donde la vida se arrastraría suave y sosegada, como en soñadas regiones paradisiacas; aquí, afortunadamente, por nuestra criminal incuria, vemos convertirse en focos de infección

nuestros hogares, y nuestras plazas, y nuestras calles, y nuestros cementerios!...

Aquí respiramos aire miasmático á todas las horas del día; aquí bebemos aguas en que abundan los microscópicos seres que son causa de mortales enfermedades; aquí nos alimentamos con sustancias emponzoñadas que encierran gérmenes de muerte; aquí, en una palabra, vivimos como vulgarmente se dice, de milagro.

El proverbial abandono con que miramos cuanto á la higiene atañe, sin curarnos de los males sin cuento que al país proporcionamos con nuestro censurable proceder, es la causa factora de la mortandad espantosa que nos diezma, y de la escasa población de esta tierra hospitalaria.

Necesario es que, los que pueden y están en el deber de hacerlo, miren la higiene con más atención, y presten apoyo á toda idea generosa que trate de introducir un bien desterrando las insipientes preocupaciones que se oponen á innúmeros beneficios.

En la cremación de los cadáveres ganaría mucho el estado sanitario de nuestra Isla. Destruiríamos, por lo pronto, el foco más importante de gérmenes morbíficos, y quizás, quizás nos libraríamos algo del tifus icterodes.

II

Hace algunos pocos años escribíamos nosotros, en otro lugar, lo que sigue:

Hoy que tanto se habla de reemplazar la inhumación de los cadáveres humanos por la incinera-

ción, que cada vez más gana nuevos defensores, no creemos inoportuno extractar de un periódico extranjero algunos párrafos referentes á un ingenioso ensayo que acaba de hacerse en Bruselas, en el laboratorio de Mr. Melsen.

«El aparato destinado á la incineración de los cadáveres, se compone de uu tubo metálico, capaz de contener el cuerpo que se quiera incinerar, cubierto de una reja metálica en su parte superior, y resguardado todo por una cubierta metálica en forma de camisa. Una vez llenado el espacio que debe ocupar el fuego, se introduce el cuerpo que se ha de incinerar, por la parte inferior del tubo. Un perro de unos 5 kilógramos fué reducido á cenizas en una hora, quedando solo algunos fragmentos de hueso; otro perro, de 10 kilógramos, fué incinerado en una hora y media, sin que hubiese pasado el humo ni olor al exterior». (Les Mondes).

Posteriormente, el 22 de Enero de 1876, se inauguró en Milán frente al *Cimentero Monumentale* un *edicola crematoria.*

«Forma la edicola un severo templete de estilo dórico puro, y se levanta sobre un basamento de piedra, de un metro de altura, al que da acceso una escalinata de mármol; la bóveda circular descansa en doce columnas laterales, y en el centro se eleva una gran urna de piedra; en el interior de ésta existe la cámara de incineración, con 217 mecheros de gas, que pueden reducir á cenizas un cadáver en el espacio de una hora». (Ilustración Española y Americana, de Marzo de 1876).

Esta edicola crematoria fué construída bajo la

dirección de los profesores Clericetti y Machiacchini, y costeada por el capitalista italiano Alberto Keller, cuyo cadáver fué *cremado é incinerado* en ella el año 1876, «asistiendo á la ceremonia los herederos y amigos del fidado, comisiones de varios cuerpos científicos, y una multitud de curiosos».

De entonces á acá ha aumentado de un modo considerable el número de partidarios de la cremación, y se han perfeccionado los aparatos y sistemas para hacer más rápida, barata é higiénica la incineración.

En París, Roma y otras capitales existen sociedades cuyos individuos se comprometen á legar sus cadáveres, para, que una vez hecha beneficiosa disección de ellos, sean incinerados en bien de sus semejantes. Componen las dichas sociedades jóvenes entusiastas amantes del saber, profesores sabios y, en fin, todos cuantos por el bien de la humanidad se interesan.

III

En el periódico mejor redactado de los que ven la luz pública en nuestra Patria, hemos leído recientemente, en una correspondencia de Méjico, que el diputado Sr. Juan A. Mateos, alarmado por los estragos del vómito negro en territorio de su país, y por los descubrimientos del brasileño Dr. Freire, ha propuesto al Congreso de su patria un proyecto para la cremación de los cadáveres de los víctimas de aquella asoladora enfermedad.

Según el Dr. Freire, la fiebre amarilla es pro-

ducida por el *crypto coccus xanthogenicus*. (Democracia Histórica, diario político de la Habana, número 2).

Y como quiera que los cryptococci se propagan de un modo asombroso, pasan del cadaver á la tierra, y la más ligera ráfaga de aire puede convertirse en vehículo que á nuestros pulmones lleve tan perjudiciales huéspedes, ¿qué más natural que destruirlos con el cuerpo mismo en que se congregan para privarnos de preciosas existencias?

Pero no solo los que mueren del vómito nos contaminan trasmitiendo á la tierra, el agua y el aire los miasmas de las enfermedades de que han sucumbido (Dr. Freire), sino que todos los cadáveres, sin excepción, se convierten al descomponerse en focos miasmáticos, cuyas propiedades nocivas sería de todo punto conveniente anular por medio de la cremación.

Que la inhumación tal como se verifica en nuestros días es antihigiénica, cosa es de todos sabida, y que solo la ignorancia tiende á apoyar.

¿Puede darse nada más antiestético, más contrario á las prescripciones higiénicas, ni menos *civilizado* que esos nichos donde se colocan los cadáveres, como libros en anaqueles de biblioteca?

Quien quiera que visite nuestros cementerios en la estación de los calores se convencerá indudablemente, de que no puede ser sana la población que en sus inmediaciones se encuentre. Y no solo en estos calurosos climas es insoportable la permanencia, durante una hora siquiera, en los campo-santos; pues nosotros, que tan aficionados somos á los sitios solitarios y tristes, no nos olvi-

daremos nunca de una enfermedad contraída á causa de pasar largas horas leyendo en el cementerio del *Montparnasse*, de París, durante el verano del año 1881. Tal era á veces el mal olor que de las tumbas se desprendía!

IV

¿Cuáles son las razones que se aducen en contra de la cremación de los cadáveres? Razón de peso, ninguna; todas son futilezas debidas á las preocupaciones engendradas por la ignorancia de los más, y la ambición de algunas entidades retrógadas, temerosas de que se les escapen de las manos vetustos privilegios adquiridos á la sombra del oscurantismo.

Si llevamos la cuestión al terreno filosófico, y en gracia á la brevedad, analizamos solo los dos polos de sus doctrinas: la espiritualista y la materialista, no encontramos precepto que á la cremación de los cadáveres se oponga. Bajo el punto de vista espiritualista (ó si se quiere religioso) siendo el hombre un compuesto de cuerpo y alma, si ésta se eleva á otras regiones al desprenderse del *barro* que la rodea, ¿qué sacrilegio puede haber en reducir á cenizas aquello *quia pulvis est et in pulvis reverteris?...* Por lo que respecta al materialismo científico, la incineración no es más que un poco usado procedimiento de cambiar de forma la materia que da ser al hombre.

Si no hay más, como hemos dicho repetidas veces, que una torpe preocupación que se oponga á la cremación de los cadáveres humanos, fuerza es

de que nos desprendamos de ella; porque así lo exige el bien de la humanidad, que es nuestro propio bien. La incineración triunfará de las preocupaciones, y ojalá no tarde el día en que desaparezca el rutinario sistema que hoy prevalece, para ceder su puesto á la cremación.

Así lo esperamos.

RECUERDOS DE UNA GIRA

Corría el año de 1873. Comenzaban los calores á reanimar la adormecida naturaleza, cuando una mañanita fresca y sonrosada, como el rostro de virginal beldad, teñido de rubor, partíamos, de una casa conocida por la «Maisón rouge» en la calle de Henri René, de la ciudad de Montpesllier, unos diez ó doce estudiantes de medicina, todos cubanos, á excepción de un solo puerto-riqueño. Bien provistas las alforjas de municiones de boca, con largos cayados á semejanza pastoril, y el corazón rebosando entusiasmo y alegría, andábamos kilómetros como quien no conociera la fatiga.

Ya en plena campiña, espaciábase el alma en muda contemplación de la naturaleza.

El tomillo y el romero nos deleitaban con sus perfumes; el fresco y oxigenado aire de la monta-

na llenaba nuestros pulmones; y el melancólico cantar de los carreros y pedestres labriegos, que pasaban junto á nosotros por la carretera, prestábanos tema para hacer comparaciones entre el campesino francés y el *guajiro* de nuestros campos sin rivales. Así andando, dimos, por fin, con nuestros asendereados cuerpos en un poético molino que levantábase, brindándonos descanso y abrigo, á pocos pasos del nacimiento del río Lez, que atraviesa la ciudad de Montpellier. ¡Habíamos, en breves horas, andando 18 kilómetros.

Uno de nosotros, el más desenvuelto y locuaz, dirigióse á la molinera en demanda de un rincón del hogar, donde condimentar pudiéramos nuestras provisiones. La buena mujer acogiónos con agasajante dulzura, y brindóse á servirnos de guisadora. Con general algazara fué recibido su bondadoso ofrecimiento; pero no contábamos con la huéspeda. Como casi todas nuestras provisiones eran de origen criollo, reclamaban allí criollos guisadores. He aquí por qué no pudimos aceptar la generosa oferta de la amable molinera.

Reunímonos en «congreso marmitonero», y, después de deliberaciones y discursos más ó menos disparatados, nombróse una comisión que pusiese arreglo á la *grave cuestión* que allí se dilucidaba.

De la comisión antedicha, salió una subcomisión con plenos poderes, y fué de ver cómo la bulliciosa turba estudiantil trasformóse, como por arte de encantamiento, en *maîtres* y *garçons* de cocina.

Mientras el uno, por aquí, hervía el filamentoso *tasajo* bruto que más tarde deshilachaba para

freir, en improvisada sarten, con purpurinos tomates; el otro, por allá, preparaba un arroz blanco, mantecosito y desgranado, que estaba diciendo: comedme; acullá otro aderezaba huevos y plátanos machos, cortados éstos en menudas rodajitas que freía en la manteca de unos chicharroncitos dorados como el oro y enroscados como serpientes; más allá, junto al molino, un pinche desertor *pelaba la pava* con la hija de la molinera, muchacha frescota y rozagante, de abiertas espaldas y anchas caderas, y algún tanto pizpireta y de regular palmito. Los demás acarreaban agua de la fuente más próxima, atizaban la lumbre, asaban platanitos, y boniatos, y yucas, abrían las latas y los frascos de conservas y frutas extraídas, sacando á luz la perfumada piña indiana, la sabrosísima jalea de guayaba y el panado casabe.—Todo, regalo de una familia que acababa de llegar de la Martinica.

No hay pluma que describa el entusiasmo y patriótico frenesí con que fueron saludados los criollos y apetitosos platos, cuando, en blanca mesa de oloroso pino y á tantas leguas de los patrios lares, se presentaban á nuestra vista más sabrosos y más incitadores que si fueran riquísimos manjares olímpicos. Un caluroso y prolongado viva á nuestras islas hermanas partió de todos los corazones. Cuba y Puerto-Rico fueron el obligado tema durante el fraternal almuerzo de aquella gira inolvidable. Por Puerto-Rico y Cuba brindamos repetidas veces, henchidos los vasos de espumosa cerveza, de lágrimas de alegría los ojos, de bullente regocijo nuestras almas y de patriótico amor nuestros corazones.

El rubicundo Febo comenzaba á asestarnos sus ígneos rayos al través de las verdinegras hojas de la hermosa parra, que nos cobijaba con su rústico artesonado dosel de esmeralda y el calor y el cansancio nos invitaban á dulce y reparadora siesta, bajo la fresca fronda de añosos robles y seculares encinas. Un brindis postrero y general dió fin al almuerzo y principio á la dispersión, yéndonos todos á echarnos en los suaves brazos de Morfeo, para soñar con la adorada Patria.

Al caer de la tarde volvimos cansados, pero alegres y bulliciosos, á nuestras respectivas moradas, acariciando la idea de volver á reunirnos en otra gira tan agradable como aquella, que aún recordamos con verdadero placer.

LA TISIS EN SACUA

CONSEJOS Á LAS SAGÜERAS

Llama la atención de los discípulos de Galeno, y hasta de los no iniciados en las Ciencias médicas, el número deplorable de víctimas que la tisis, en esta villa, ocasiona.

Sin internarnos en el laberíntico terreno de la ciencia, y sin abusar del ampuloso tecnicismo médico, vamos á permitirnos hacer algunas observaciones sobre tan importante asunto.

El crasísimo error en que viven algunos de que la tisis no es contagiosa, y que se puede, por lo tanto, arrostrar, impunemente el íntimo contacto con los afectados de aquel mal y despreciar otras concausas de su contagibilidad, conduce indudablemente á que las dos terceras partes de los tísicos los sean por inmediato contagio.

La *miseria fisiológica*, según la gráfica frase del sabio Bouchardat, contribuye no menos al desarrollo de tan temible enfermedad; así como la falta de ejercicio corporal y las depresiones del ánimo.

No cabe duda de que Sagua es una de las poblaciones más húmedas y más anti-higiénicas de la Isla. Con un río caudaloso por un lado, y una miasmática laguna por otro; con calles que son inmundos lodazales, y en cuyos baches se corrompen las materias orgánicas que algunos vecinos abandonados arrojan allí, contraviniendo el bando municipal y las prescripciones higiénicas; con plazas que, como la del Mercado y la de la Iglesia, son más que plazas, estercoleros y muladares; y, en una palabra, con el apático abandono de la inmensa mayoría de sus habitantes, vemos convertida esta población en un foco perenne de miasmas putrebundos y mortíferos.

¿Qué mucho, pues, que la tisis haya aquí sentado sus reales, y se cebe impunemente en lo más granado y más querido de nuestra juventud? ¿Qué mucho, pues, que la mortandad arroje aquí una cifra relativamente espantosa?....

Las fiebres tifoideas y palúdicas, abundan aquí en grado tal, que no cabe comparación con otras poblaciones.

Pero concretémonos á la tisis, que, por hoy, es el único tema que mueve nuestra pluma.

Jóvenes sagüeras, vosotras las que vivís en la primavera de la vida, como los pájaros en las selvas, como las flores en los jardines, llenas de encantos y gallardía, ah! vosotras quizás ignoráis que á cada paso os puede asaltar, como emboscado ene-

migo, ese mal terrible y traidor que se mofa de las ciencias médicas: la tisis!

Cuando asistís á bailes y saraos, á parques y excursiones aprisionados *inquisitorialmente* el menudo piececito y el torneado talle; cuando os agitáis con ansia febril en vertiginoso wals ó excitadora danza; cuando contrariadas en vuestros amores, en vuestros deseos y (¿por qué no decirlo también?) en vuestros caprichitos, castigáis al pobre cuerpo por pecadillos del alma, decidme ¿ignaráis por ventura, que os asecha insidiosamente, como la sierpe asecha á la inocente tortolita, la incurable, sí, la incurable *tisis galopante?*

Cuando os sentís apenadas por esa ligera indisposición que el vulgo supone en íntima correlación con las apariciones de la casta Diana, y humedecéis vuestras lindas plantas, ó ingerís golosamente nectáreos sorbetes; cuando sentís en la mórvida espalda, un pertinaz y ligero dolorcito, y en rosada espuma sentís subir de vuestro pecho algo que afluye á vuestra linda boca, cual nuncio precursor de un siniestro huésped ¿ignoráis, por ventura, que podéis fácilmente caer en la celada de ese mónstruo devorador de existencias, que se llama tuberculosis?

Cuando por escasez de recursos, indiferencia insólita, ó vituperable abandono, vivís en húmedas habitaciones no lejos de fétidos albañales ú otro lugar inmundo, y aspiráis involuntariamente miasmas morbíficos un día y otro día, ¿ignoráis, por ventura, que puede llamar á la puerta de vuestro organismo, bien el mortífero viajero del Gánges, ó bien tras inevitables complicaciones orgá-

nicas, la tarasca horrenda que tisis se apellida?....

Ah! lindas sagüeras, pues que á vosotras me dirijo, sabed, tened entendido que la tisis admite curación (Jaccoud) cuando se acude con tiempo y no es hereditaria; pero que si tardáis en poneros en manos de la Ciencia, cuando os sintáis aquejadas de tan funesto mal, puede que la Ciencia os diga la terrible frase del infierno del Dante:

«*¡Lasciate ogni speranza voi qui entrate!*»

LA CUBANA

Síntesis de todo lo bello: encarnación misteriosa de la encarnación relativa; *física idealidad* venida al mundo de lo material, para atractivo de la vida humana y encanto y regocijo de los seres; mujer incomparable, en fin, y mujer nacida bajo el fecundante sol de esta tierra tropical: ¡tal es la cubana!

Las flores que esmaltan los campos y jardines; los pájaros que cantando cruzan los aires; las brisas, que refrigerando la atmósfera, susurran entre las frondas; los mil ensueños que revolotean en la mente creadora del artista y del poeta; el eterno sollozar de las olas; los mágicos arreboles de que se tiñen las nubes; el cadencioso murmurar de fuentes y arroyuelos; los aljófares de la mañana; los cambiantes de luz de la aurora... nada, nada

hay en la tierra ni en los cielos comparable en poesía con la mujer nacida en este paradisiaco confín americano!

La Venus de los griegos, en sus múltiples manifestaciones; la beldad ideal que inspiró á Rafael, sus madonas y sus vírgenes á Murillo; la Laura de Petrarca y la *Beatrice* del Dante; la Juana Darc tan notable por su belleza física y moral; la célebre Cornelia Szekely que, en nuestros días, llevóse un premio por ser la más preciosa doncella de la nación austro-húngara... ninguna de ellas, ninguna se ha acercado tanto á la perfección estética, como la vírgen criolla nacida al rumor de los plátanos, y cañas, y palmares, en esta tiera que *otra más hermosa no vieron jamás ojos humanos.*

La cubana es flor que perfuma con los aromas de su corazón nuestra existencia; es astro fulgurante de donde irradia la increada luz de las más nobles virtudes; es tierna tortolita, si cariñosa ama; es mar alborotada, si amante se apasiona; es águila caudal que cruza el mundo de la vida con Magestuoso vuelo: es delicioso panal de rica miel hiblea, si con sus lábios rojos brinda inefables dulzuras; es arpa eólica que produce notas de armonía deleitable; es hada encantadora que poetisa y trasforma en edén el hogar de la familia; es en suma, la más dulce y más santa compañera del hombre sobre la tierra.

La cubana posee entendimiento conspícuo; imaginación ardorosa y soñadora; corazón abierto, sencillo y leal, y costumbres que, aunque en general no siempre están en consonancia con las doctrinas que hoy informan al progreso, son, sin em-

bargo, puras, y santificadoras de todas las tiernas manifestaciones del amor.

La tan censurada indolencia de la cubana, no es más que una exageración de un vicio social que radica en un crimen de lesa humanidad: en la esclavitud. El día en que ésta desaparezca para bien y honra de la adorada patria, aquella se irá extinguiendo paulatinamente del seno de nuestra sociedad.

La cubana, conjunto bello y armónico de formas esculturales; compendio de todo lo sublime en el orden moral; efluvio perenne de amor y de ternura, no tiene que envidiar nada á ninguna otra mujer de cuantas contribuyen á labrar la felicidad del hombre en todas las latitudes de la tierra.

La cubana posee la morbidez de carnes y suave curvatura de las líneas del cuerpo de la circasiana; los pies tan pequeños como los de las chinas, pero más lindos; cabellos tan abundantes y sedosos, como los de las suizas; la gracia de la andaluza; la boca fresca, menuda y purpurina de la valenciana; la espiritualidad de la parisiense; el fuego de la mirada y la hermosura de los ojos de la mora y la argelina; el apasionado corazón de la napolitana; la fidelidad y circunspección de la inglesa; el donaire de la limeña; el gracioso andar de la chilena y el dulce y suave timbre de la voz, sólo comparable al de los ángeles y serafines, tal como lo ensalzan las bíblicas descripciones.

¡Así es la cubana, como mujer! Como esposa y como madre no tiene igual en el mundo entero!

CRITICA LITERARIA

Publicada en «La Democracia Histórica» de la Habana

POESÍAS DE MENDIVE

I

Pocos países hay donde se rinda tan fervoroso culto á la Poesía, como en este risueño edén americano. Bien es verdad que, bajo este encantado cielo tropical, donde la naturaleza es tan espléndida y exuberante, donde las mujeres son tan dulces, amorosas y bellas, donde las imaginaciones son tan ardientes y soñadoras.... es imposible, de todo punto imposible no sentirse, á veces, poseído de la inspiración creadora del poeta y del numen procreador que informa los ensueños y visiones del artista. Esta es la tierra de la poesía; esta es la tierra de los poetas!.....

Y, cosa que ha llamado siempre nuestra atención, no contamos aquí con un verdadero pintor de sobresaliente mérito. En esta hermosa patria de Heredia, Plácido, la Avellaneda, Milanés, Luaces y Mendive, parece que la pintura huye avergonzada de no poder competir con la lujuriosa naturaleza. Mas quizás la juventud de nuestros días se encargue de demostrarnos, en no lejano tiempo, que la Pintura puede desarrollarse en este suelo, como su hermana primogénita la Poesía.

Las letras cubanas han alcanzado tal grado de esplendor en lo que llevamos del siglo, que de admiración es causa en el mundo literario. Pero no todas las épocas son propicias para la formación de esos genios creadores que designamos con el nombre de poetas. Pues á semejanza de lo que pasa con las plantas, cuando la tierra no está en condiciones favorables á la germinación, que crecen raquíticas y poco fecundas, sucede así con los poetas.

La época que atravesamos éslo de transición, es cierto; y por esa razón es poco fecunda en verdaderos poetas. Pero en tiempos no distantes, cuando la odiosa sombra de la tiranía nos velaba el sol de la libertad; cuando era un crimen, crimen nefando, el pensar, y el pensamiento libre, por ende, no osaba levantar demasiado el vuelo por temor á los halcones del despotismo, entonces hubo almas viriles, inteligencias exímias que demostraron al mundo que la Poesía contaba aquí con talentos dignos de parangonarse con los mejores de otros países. A esa notabilísima pléyade pertenece el Sr Mendive, anciano venerable

y, sin duda, el «primer poeta cubano de la época presente». No hemos tenido un Dante, un Shakespeare, un Víctor Hugo, &c., pero no obsta el que todas las estrellas no sean de primera magnitud para que brillen como los demás soles.

También hubo aquí, como los hay en todas partes, muy malos versificadores con muy grandes pretensiones, y que el vulgo de los inteligéntes, así como los ignorantes, pretendieron hacer pasar por poetas. Y lo doloroso es que, para desprestigio de nuestra literatura, todavía nos queda algún vetusto ejemplar de ese género bizarramente clasificado por nuestros chispeantes críticos modernos. Deponiendo la benignidad, que en nosotros es característica, osaríamos sacar á á la vergüenza pública á esos falsos apóstoles de la Poesía, si no fuera porque no queremos conscientemente contribuír á dar importancia á quienes de ella carecen.

No basta escribir versos á granel dando varapalos al sentido común, estrujando la gramática, arañando la retórica y poética, encuñando consonantes y prostituyendo, en una palabra, la literatura patria; porque, á la postre, eso no revelaría más que una ignorancia supina y una soberbia descomedida.

Hay algunos críticos de verdadero valer (aunque muy contados por cierto), que, cegados por la amistad y los impulsos de sus generosos corazones, no titubean en llamar poetas, así á la pata la llana, á individuos á quienes se les hace demasiado favor intitulándoles versificadores; y de aquí que, los que no tienen criterio propio, sos-

tengan á su vez que tales ó cuales individualidades son dignos intérpretes del lenguaje de las musas. Con esto y con que un falso Mecenas, lleno de vanidad y ensoberbecido por inmerecidas distinciones, los acoja bajo su égida, cataos ahí convertidos en celebridades locales, ramplones copleros sin capacidad para alternar con las gentes literatas.

El verdadero talento se impone; no ha menester de complacencias de críticos notables, ni de versátiles, aunque halagüeñas distinciones de imberbes escritores en estado de merecer, ni de protectores venáticos é ignaros. El verdadero talentos brilla, como el sol rasgando las nubes que se opongan á su paso, y hasta los ciegos de inteligencia *sienten* ó perciben su diafano brillo. Dígalo si nó el Sr. Rafael María Mendive, poeta tan notable, como justamente apreciado de propios y de extraños.

II

Prometimos en un periódo que bajo nuestra dirección, vió no ha mucho la luz pública en esta capital, y que por causas que no son de este lugar pasó á «mejor vída», prometimos ocuparnos con extensión de las poesías del Sr. Mendive; pero motivos fortuítos nos han impedido saldar antes de ahora nuestra deuda. Bien dice el adagio; «no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague». Paguemos la nuestra.

Plumas muy celebradas se han ocupado á la hora presente de la obra del Sr. Mendive, y no implica pretensión de nuestra parte el manifestar

nuestro franco parecer con respecto al mérito de las poesías de tan esclarecido vate, después de haber hablado jueces competentes en la materia.

Un crítico muy notable por su talento, erudición é imparcialidad, el malogrado Revilla, hablando de un poeta respetable por su conspícua inteligencia y sabiduría, se expresa en términos que nosotros podemos, con muy ligera variante, aplicar al dulce cantor y venerable amigo Sr. Mendive.

«Hartzenbusch (léase Mendive) es poeta y no como se quiera, sino poeta que ha sabido levantarse de un vuelo hasta las alturas de lo sublime..... y no se cree obligado á ensordecer el mundo con sus alabanzas ni á llevar retratado en el semblante el sello fatal de la inspiración melenuda, ni á pasar la vida en devorar reputaciones agenas y roer el hueso de la envidia, ni á molestar al público y á las empresas con comedias, ni *dársela de Tenorio de café ó Lovelace de salón*, ni á confundir la inspiración con el *delirium tremens*, ó *la discreción con el encogimiento de los espíritus medianos*, &. (Bocetos literarios de Revilla, pag. 32).

Este es en verdad nuestro Hartzenbusch, es decir, nuestro Mendive. La pintura es de mano maestra, y tal parece que el crítico tomó por modelo de sus antítesis á algunos de por acá.

Nosotros hasta hace poco no conocíamos al *hombre*, aunque el *poeta* nos era familiar; pero «el hombre vale en él tanto ó más que el escritor», diremos apropiándonos la frase de Revilla; pero no nos atrevemos á aplicar la de Cañete

en el Prólogo que á las poesías de Mendive precede, de que «el poeta vale más que la poesía», si bien comprendemos su alcance. Pues poeta como el Sr. Mendive no puede escribir nada que no esté á la altura de su talento perspícuo.

Franco sin hipocresía, sencillo y cariñoso por genialidad, de vasta y profunda instrucción, de ática y facil palabra y con un alma y corazón de niño por lo bondadoso y sincero. No es posible tratar al Sr. Mendive, sin quererle, como no es posible leer sus poesías, sin admirarle. Nuestro poeta siente con tal ternura, que en nuestro parnaso no hay quien le supere en este terreno.

Un crítico distinguido, y sin duda el primero de los nuestros, al ocuparse en extenso y erudito juicio de las poesías del Sr. Mendive hace algunas aseveraciones con las que estamos en completo desacuerdo. Nosotros creémos que para juzgar á un poeta, no basta examinar sus poesías fijando sólo mientes en los conceptos que con ellas han emitido su autor, y ofuscado por la brillantez del estilo no penetrar hasta las entrañas, por decirlo así, de las composiciones, como quien pretende buscar pepitas de oro entre las espumas de las aguas y no entre las arenas que forman lecho al aurífero río.

Es de todo punto indispensable, cuando juzguemos á un poeta, no olvidar la época y el país en que vive, porque éste y aquélla ejercen una influencia notabilísima en el modo de ser de esos músicos del alma. Hay circunstancia en la vida de los hombres en que no es factible dar libre vuelo á las inspiraciones sin arrollar sagrados y cordiales sen-

timientos. En la efervescencia de los primeros años no hay valladar que contenga los impulsos de las almas sensibles y apasionadas. Pero cuando llegan la reflexión, los inevitables lazos sociales y el ánimo mejor templado se debilita en la pugna incesante de ideales y aspiraciones generosas con lo que, sin ser fatalistas, nos permitiremos llamar fatalidad por no darle otro nombre más gráfico: ¿qué mucho, pues, que calle el labio, que la lira del poeta gima con mudo gemir, y se pierdan para los profanos, sonidos y armonías que no pueden ser trasmitidas al papel; pero que van repercutiendo de alma en alma, de corazón en corazón, entre los predestinados?..... No basta, no, juzgar al poeta por lo que públicamente dice; es preciso *saber leer entre versos*, y adivinar lo que se esconde ó calla. El poeta, como las arpas eólicas, encierra armonías que no todos pueden comprender. ¿Cuántas ondas sonoras dejamos de percibir por la imperfección de nuestros órganos auditivos?

El poeta no está obligado, como el publicista, como el historiador, como el hombre público, á invadir el resbaladizo terreno de la política y reflejar sus impresiones particulares, ó las de la sociedad en que vive, rompiendo lanzas por políticos ideales.

Discutiendo nosotros sobre este punto en una ocasión con el Sr. Mendive, recordamos que nos dijo con acertado criterio, que la poesía política, como *asunto de actualidad*, tiene muy limitada vida y no convenía dedicarse á ella, sino en determinadas circunstancias. Así es en rigor. La propaganda política por medio de la poesía no suele llenar

sus generosos fines; y escribir versos para que reposen en el fondo de una gaveta, es cosa que á nadie puede agradar. La modestia de los hombres tiene su límite. El que escribe; no lo hace solo por la satisfacción que en sí propio experimenta, sino para proporcionar un placer ó beneficio á sus semejantes, placer y beneficio que vienen á parar en honra y provecho del escritor. Escribir versos, para que nadie los lea, es lo mismo que acicalarse para encerrarse en solitaria alcoba. Y esto que pudiera achacarse á presunción no es más que un lejítimo y plausible deseo de buscar en la aprobación de los demás el premio de nuestros nobles afanes.

III

Aún no hay tres meses que vió la luz pública la tercera edición de las «Poesías de D. Rafael María Mendive», precedidas de un Prólogo de Don Manuel Cañete, de la Academia española, y una biografía del autor por el Dr. D. Vidal Morales y Morales, publicada por la casa editorial de don Miguel Villa; y ya está casi agotada la edición. Otro conocido librero de la Habana, ha hecho proposiciones ventajosas al Sr. Mendive para publicar una cuarta edición de lujo, con grabados debidos á notables artistas. Esto habla muy alto en favor del poeta y sus composiciones. Este hecho bastaba por sí solo para ameritar á un poeta, y más en un país como el nuestro, donde el absorvente mercantilísimo mira con desdén cuanto se aparta del rutinario y positivista tánto por ciento.

Pero, como han dicho los críticos que hasta ahora han juzgado al Sr. Mendive, su reputación está ya tan reconocida que el nombre de nuestro poeta es célebre dentro y fuera del país. ¡Glorioso privilegio del talento!

Comienza el tomo de poesías de nuestro distinguido vate con una composición «A un arroyo», que ha sido muy celebrada por competentes críticos de reconocida intransigencia, y cuyo voto favorable es, por aquella causa, una garantía del mérito de la dicha composición. Síguela otra, dedicada «A Italia: en la muerte de Cavour», que en unión de la intitulada «Benito Juárez,» vamos á analizar. No sabemos qué admirar más en ambas composiciones, si la magestad y tersura del estilo ó la belleza de las imágenes y pensamientos. En la primera no se eleva á tanta altura, como en la segunda, y nosotros nos lo explicamos con estas razones: Cavour y Juárez son dos celebridades dignas de ser cantadas por los poetas; pero el segundo, para el cantor nacido en tierras americanas, ha de gozar de más halagüeña simpatía y de arrancar á la inspiración más íntimas y expontáneas manifestaciones.

Juárez, arrojando de su patria las obcecadas huestes napoleónicas; quebrando el cetro del mal aconsejado príncipe; enseñando al mundo de lo que son capaces los que luchan por la libertad é independencia patrias contra invasores y extranjeros enemigos; restituyendo á su país las libertades republicanas, de que antes disfrutaba; proclamando á la faz del orbe entero que el suelo de América no soporta ni soportará jamás la exótica

planta de regias instituciones, elevóse á tan grande altura, que es sin disputa, unas de las figuras más colosales del presente siglo. ¿Qué mucho, pues, que nuestro gran Méndive arrancára de su estro verso que por su cadencia, su vigor, su fluidez, su belleza, en suma, dignos son, en verdad, del grande hombre que se los inspirara.

En la composición «A Italia», no podemos prescindir de citar con encomio los siguientes versos:

«Fija en su mente la fecunda idea,
Se agita y lucha, infatigable obrero;
Nuevos triunfos demanda á la fortuna;
Al pueblo exalta impávido y severo
Con su elocuente voz en la tribuna;
Y, á las armas también, libertadoras,
Con palmas de la groria, merecidas,
Alienta su valor,—si vencedoras,
Consuela su infortunio,—si vencidas!...»

Por este estilo son todos los versos que forman tan bella poesía.

Ni uno solo, de los que han juzgado las poesías del Sr. Mendive, han dejado de ensalzar los magníficos «Sáficos» á Paulina. Después de aquellos delicadísimos de Villegas, que empiezan así:

«Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del Abril florido,
Vital aliento de la madre Venus,
Céfiro blando;»

no conocemos en castellano otros que puedan competir con los tan celebrados de nuestro tan distin-

guido vate. El gran Heredia jamás pudo conseguir hacer unos sáficos regulares, y eso que pocos poetas pueden igualarle en facilidad é inspiración: los sáficos de Heredia son detestables. No citamos de los de Mendive ninguna estrofa, porque gustándonos todas á cual más, difícil nos sería la elección. Los recomendamos encarecidamente á nuestros lectores.

En el detenido estudio que de las poesías del Sr. Mendive hemos hecho, notamos con gusto la grandísima facilidad que para el romance posée nuestro abundante bardo. De entre los nuestros, los que mejor han manejado esa clase de composiciones en que han sobresalido, Plácido, Domingo del Monte, Velez Herrera y un joven poeta á quien vemos con pena perder la inspiración á medida que avanza en años, ninguno puede hombrearse en el romance, decimos, con el Sr. Mendive.

Dos de las composiciones del tomo que estamos analizando son los notables romances «Yumurí» y «Bajo los lirios azules», en que la belleza de la forma corre parejas con la delicadeza de imásgenes y pensamientos. En el primero hay versos tan tiernos y sentimentales como éstos:

«A donde quiera que vuelvo
Mis ojos, miro tus ondas,
Y del alma se me escapan,
En lucha atormentadora,
Suspiros, que por ardientes
No hay pecho que los recoja,
Ni labio que los repita,
Ni corazón que lo oiga...»

Así son todos los de este romance, y por el mismo modelo los de «Bajo los lirios azules». Bonito es, sin duda, aquel otro intitulado «Bendita seas», pag. 221.

¡Cuánto ganaría nuestra literatura si el Sr. Mendive escribiera algunos romances más, para los que tiene indisputable facilidad y talento! ¡Cuántos sucesos de nuestra historia contemporánea le están brindando al distinguido poeta asunto plausible para un romance histórico!

Tejera, para el romance descriptivo demostró felices disposiciones; pero parece que se ha apartatado definitivamente de ese camino. El Sr. Mendive, dotado de mejores facultades que Tejera, haría un bien á nuestra poesía si nos dejara aunque fuese un par de romances más, como «Yumurí» y «Bajo los lirios azules».

Sin la petulante vocinglería de esos versificadores cursis y patrioteros que para salvar sus malos versos del diente de la crítica mordaz apelan al gastado recurso de indigestarnos con su mentido amor patrio, nuestro poeta Mendive nos dá á menudo, en sus poesías, pruebas de su cariño entrañable á la tierra en que vió la luz primera. Y, para que se vea de qué manera tan magistral habla de la patria siempre que halla para ello oportunidad, léase la deliciosa composición intitulada «Desde Europa» dedicada al poeta Roldán y que empieza con estos sentidos versos:

«¡Cuán grato llega al corazón herido
Que ausente de la patria sufre y llora!....

«¡Bellísima, incomparablemente bella es la poesía en cuestión. Puede darse nada más tierno, más patrióticamente sentimental, más dulce, más melancólico que los versos que vamos ahora á trascribir y que el poeta inspirara el amor de la patria, cuando proscripto, errando por extranjeros lares abría su corazón á la consoladora amistad! ¡Pobre amigo, cuánto debió sufrir en esas amargas horas de destierro!

«Mil veces ¡ay! ausente de mis lares,
Ave de paso en apartado suelo
Así exclamára yo bajo otro cielo
En horas de dolor:

.....

¡Yo que otros dones, ni otro bien ansiaba,
Yo que otra gloria, ni laurel quería,
sino un recuerdo de la patria mía,
Un recuerdo no más!

.....

Mis ojos ven la palma á cuya sombra
Soñando amores suspiré á la luna,
La choza de mi padre, y la cuna
Humilde en que nací.

.....

No extrañes, no, si al escuchar tu canto
Sólo en Cuba pensé, tan sólo en ella,
Y embelesado con su imagen bella
Me puse á suspirar.....!

¡Cuánta ternura, cuánto sentimiento, cuántas bellezas encierra esta seductora composición! A quien, que se haya visto forzado á vivir lejos del

patrio suelo, ausente de cuantos amores hacen deliciosa la vida? ¿á quién no habrá arrancado lágrimas de ternura y dolor al querelloso tono de tan meloncólica composición? ¡Así se escribe; así se siente; así se ama á la Patria!

«Desde el Campo» y «A Elodia» son dos composiciones bien pensadas, bien sentidas y correctísimas. En la primera después de describir con soberbias pinceladas las innúmeras bellezas que atesoran nuestras pintorescas campiñas, el alma sensible del poeta tiene un recuerdo para

«La pobre tribu que nació africana....»

En la segunda («A Elodia») el pensador, el jefe de familia, el hombre íntegro, el cristiano, el escritor maduro, oscurecen al soñador.

«A la juventud», *fragmentos* de viril energía y de patriótico fuego, es un apóstrofe de grandilocuencia, de elevación y de entereza. Este es el lenguaje que se debe usar cuando el asunto lo requiere. La torpe adulación y la servil lisonja son un crímen de lesa-patria cuando se emplean para encubrir vicios ó torpezas de juveniles compatriotas. A la patria se le debe toda verdad, así como se le debe todo honor.

«Mis versos», acabadas octavas en que también brilla en vívidas llamaradas el fuego del amor patrio, merecen bien de la crítica justa y razonadora. Estamos de acuerdo con el poeta en las ideas vertidas en esta composición:

«Antes que dar al mundo mi lamento,
Cual pobre esclavo su doliente pena;

Antes que profanar el sentimiento
Cuando la patria no mentir me ordena;
Yo prefiero cantar del firmamento,
En noche clara, espléndida y serena,
El tibio resplandor de las estrellas,
Y en horas tristes meditar con ellas!

Los magníficos tercetos intitulados «Lamento», son de los mejores escritos en habla castellana. No nos detenemos en ellos, porque la mayoría de los críticos que han emitido sus juicios sobre las poesías del Sr. Mendive, los han celebrado tanto, que todo lo que nosotros dijéramos parecería opaco y tardío.

«La Gota de rocío» es sin duda una de las mejores composiciones del tomo. Nosotros no conocemos versos más dulces, más armoniosos, que más facilmente se peguen al oído y produzcan en el alma más suave impresión. ¡Qué suavidad, qué ternura, qué cadenciosa melodía, que imágenes más tiernas, que riqueza de vocablos poéticos!... No hay allí abundancia de pensamientos, es verdad; pero hay exhuberancia de.... poesía. Apuntamos con timidez dos versos, los únicos de esta composición que rogamos á nuestro complaciente amigo que reforme, porque desmerecen de los demás:

«*Oh! como gozoso en las noches de Mayo....*
Tú al ménos podrás en gélida losa»....

«La Oración de la tarde» es una composición magnífica, llena de delicados pensamientos, de arrobadoras imágenes, y en ese estilo tan peculiar

á nuestro tiernísimo poeta. Y, en prueba de nuestra imparcialidad, debemos manifestar nuestro disentimiento con la idea que informa tan bellísima poesía. En ésta, como en la mayor parte de las composiciones del Sr. Mendive, se echa de ver un tinte melancólico que gusta mucho á las almas soñadoras, y que por lo que á nosotros respecta podemos decir que nos encanta. El que dijo que la lira del Sr. Mendive no tiene más que una cuerda, no conoce á nuestro esclarecido bardo, ni ha leído todas sus lucubraciones. Algunos críticos tienen la perniciosa costumbre de no analizar concienzudamente las obras que juzgan, y con solo fijar su atención en dos ó tres composiciones ó hechos culminantes, sacan, con ligereza notoria, deducciones y sientan principios que distan mucho de lo real y positivo. A ésta se deben más de cuatro aseveraciones que corren válidas entre los que cultivan la literatura. Quizás tratemos de esto en una obrita que pensamos llevar á completa realización. Por ahora basta y sobra con lo apuntado.

Por no pecar de prolijos señalaremos como dignas de especial y laudatoria mensión el Soneto «La Indiferente», «Una Flor», «La música de las Palmas», «Ideal», «Sine ira» y «La Flor marchita» en que hay versos como éste:

«Hubo toros....? Allí la guapa chica
Luciendo airosa la gentil y rica
Mantilla nacional,—con una rosa
Prendida en sus cabellos:
Y á la moderna usanza el abanico

Formando rejas á sus ojos bellos,
Tal vez para ocultar los tintes rojos
Con que el pudor colora su mejilla,
O acaso alguna lágrima que brilla
En la profunda noche de sus ojos!»

versos que son muy bellos, sobre todo el último, que á más de novedad, encierra un poema de misterios y de inefables sentimientos.—El «Canto fúnebre», «Cuentos de amores», «La Estrella de mi hogar» y... pero vemos que las vamos á citar todas, porque todas nos gustan, y no desmerecen, en mérito, de las citadas.

En los pequeños poemas sobresale el Sr. Mendive: tiene para ellos suma facilidad y gusto, por lo cual podemos decir que deja muy por detrás á todos los que hasta aquí, entre nosotros, han cultivado ese género poético; al Sr Varona, inclusive.

Hora es ya de que juzguemos al Sr. Mendive como traductor. Deliberadamente hemos dejado para el fin nuestras observaciones sobre las bien traducidas poesías con que el Sr. Mendive engalana su tomo de magníficos versos. Cuatro son sus autores favoritos, á lo que parece: Moore, Byron, Víctor Hugo y Lamartine, aunque los que más debe haber estudiado son el primero y el último. Digno de aplauso es el traductor por sus elegantes versiones.

Nada hay más difícil que traducir á conciencia y literalmente las producciones poéticas que son gala y orgullo de parnasos extranjeros; por eso creemos más convenientes las *imitaciones*.

El Sr. Mendive ha estado acertado en darle este título á sus traducciones. El querer esforzarse en traducir al pie de la letra una poesía, y pretender conservar la belleza de la original, es luchar con lo imposible. Las bellezas de la forma no pueden trasladarse de un idioma á otro, porque los giros y vocablos de una lengua, pierden su gracia primitiva en otro idioma. ¿Cuántas voces hay que son muy armoniosas y poéticas y hasta onomatópicas en castellano, por ejemplo, y no poseen ninguna de las dichas cualidades al ser trasladadas al francés, alemán, inglés ó cualquiera otro idioma extraño? Y los giros son intraductibles. ¿Quién que haya leído el Quijote traducido al inglés, alemán, francés, etc., no se convencerá de lo que aseveramos? En las poesías es mayor la dificultad. Nosotros recordamos haber leído en una traducción francesa de las poesías de nuestro inolvidable Plácido, aquel equívoco *nada* que gritaba un loco á la orilla del mar, expresado por *rien*, que no explica el chiste en que está basado el lindo soneto intitulado «El Loco Cuerdo» del infortunado poeta cubano.

El Sr. Antonio Sellén, que es juez competente en materia de traducciones, no titubearía en colocar á nuestro distinguido poeta Sr. Mendive, á la cabeza de cuantos entre nosotros se han dedicado á la ingrata tarea de verter á nuestra rica lengua las lucubraciones de los más notables poetas extranjeros. Y eso que el autor de los «Ecos del Sena» es, dentro y fuera del país, reputado entre los más notables traductores en verso.

Creemos haber abusado demasiado de la bene-

volencia de nuestros lectores, por cuya razon diremos solo dos palabras para terminar.

Hemos procurado juzgar al Sr. Mendive, como poeta original y como traductor; pero sobresale indubitablemente en lo primero por su talento compiscuo, su imaginación exhuberante, su conocimiento del habla castellana y su exquisita sensibilidad y gusto refinado, cualidades por las cuales la crítica indistinta y paladinamente le ha asignado el calificativo de *primer poeta cubano de la época presente.*

Después de esto, solo nos resta felicitar á las letras cubanas que están de enhorabuena con la publicación del libro incomparable del señor Mendive, y dar al poeta y amigo una prueba más de nuestro testimonio de admiración y cariño.

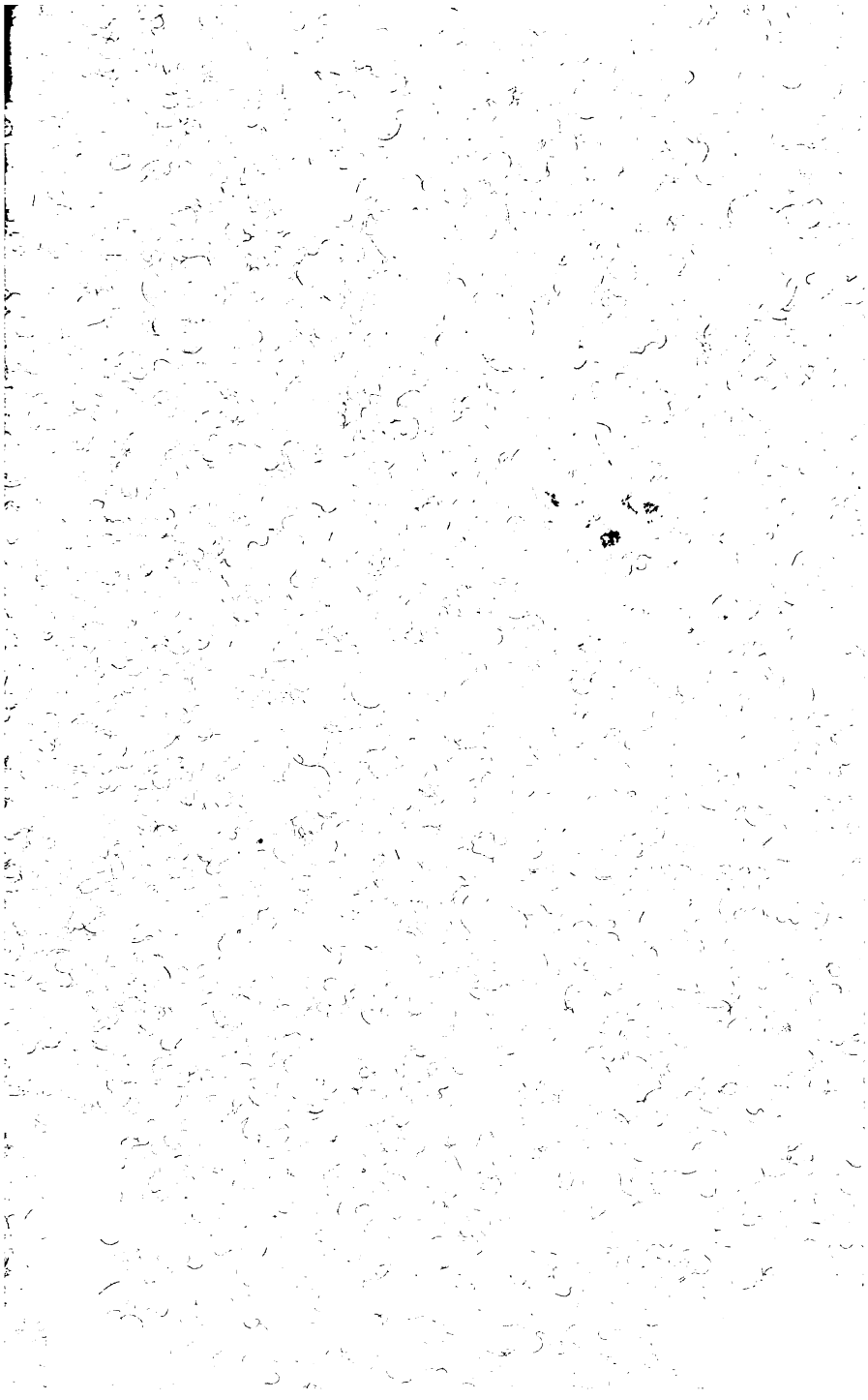
(Noviembre 24 de 1883).

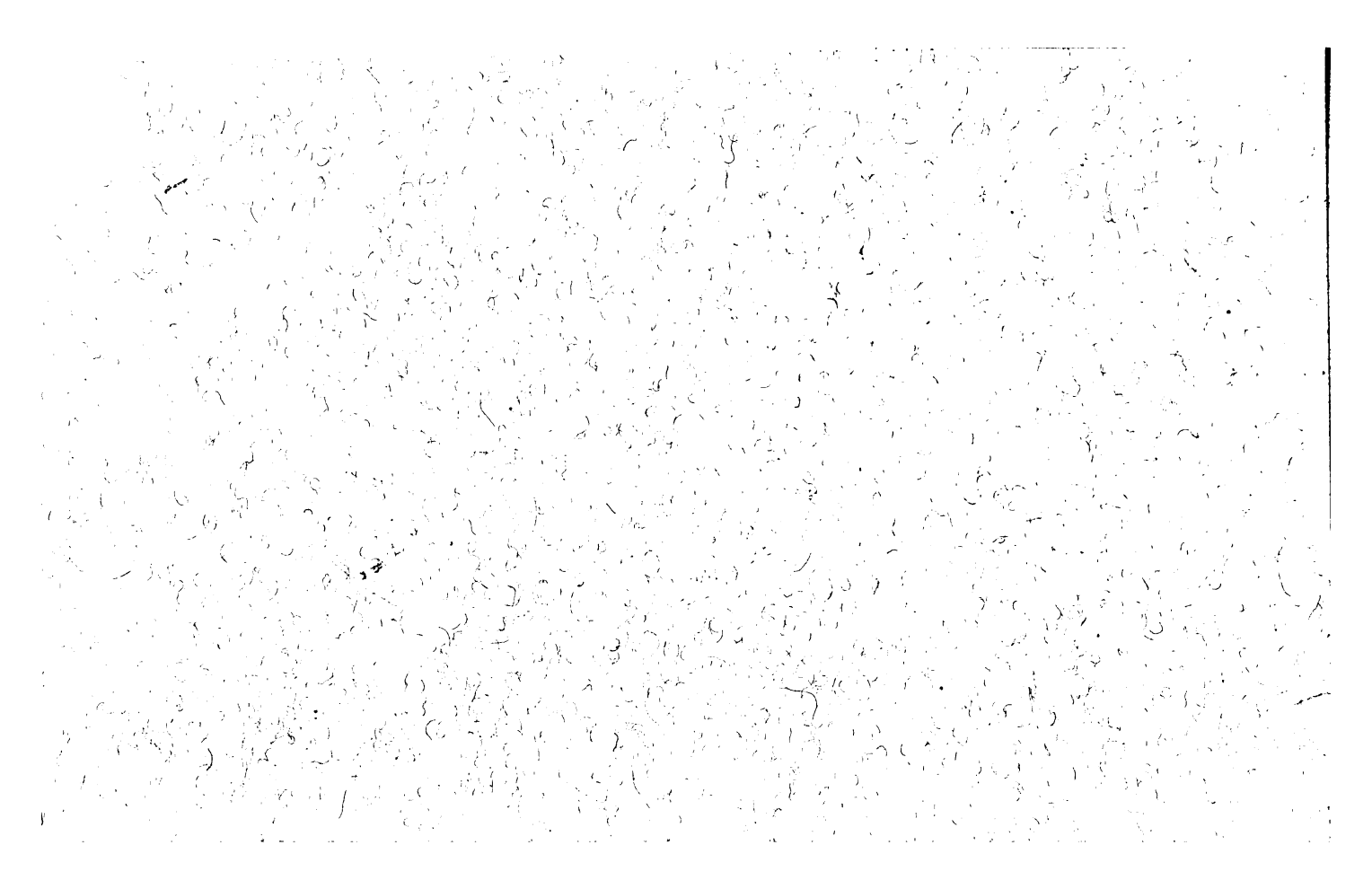
FIN

INDICE

Páginas

La Patria	113
No debe morir	123
Discurso	127
Carta de un guajiro (1ª)	133
Carta de un guajiro (2ª)	137
Cuba y sus jueces	141
La conciencia en el bolsillo	151
La gente nueva	153
Reflexiones	161
Planteles docentes	165
El juego	173
Incineración de los cadáveres	179
Recuerdos de una gira	187
La tisis en Sagua	191
La cubana	195
Crítica literaria	199





This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.